

11

NSGIENK

INTIN

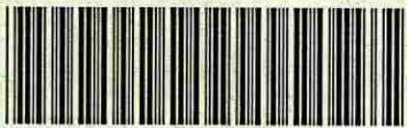
METSYG

LA

REFAN

PT6411  
Q58

R. Q.



1020028902

H. CONSCIENCE.

QUINTIN METSYS.

LA MODERNA NIOBE.

Traducción de F. G. Alatorre.

Edición de "El Regional."

GUADALAJARA.

Tip. de "El Regional" Esq. D. Juan Manuel y Alhóndiga

- 1908. -

098396

29846

843

C



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

Exemplar No.

PTO 411

Q 58

Mano-

CAPILLA ALFONSO X

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

## Quintín Metsys.

Hacia el año de 1480, en el barrio del Hospital, de la ciudad de Amberes, se elevaban muchas casitas que pertenecían al convento de las Hermanas consagradas al cuidado de los enfermos, y estaban alquiladas á gentes pobres. La mayor parte de estas casas estaban habitadas por artesanos que de su salario hacían economías, sujetándose á muchas privaciones para poder pagar el alquiler de la semana; y el resto de las casas se hallaba ocupado por personas de edad avanzada, que con el dinero que habían podido ganar en sus juveniles años, estaban reducidas á vivir con la más estricta economía.

En la época á que me refiero, habitaba en una de las mejores de estas casas una viuda con su hijo único. Aunque nada en el mundo poseía esta mujer, la alegría y la felicidad la habían acompañado siempre; soportaba su pobreza con la paciencia más grande, y no hubiera cambiado su humilde condición por otra mejor en apariencia. La laboriosa actividad de su hijo y el dulce afecto que él la profesaba, era la única fuente de su felicidad. Como ella había concentrado todos los sentimientos de su amante corazón en el amor que profesaba á su hijo, sólo bastaba á su dicha el tierno amor y la santa veneración que él la consagraba. En todas sus oraciones y plegarias se mezclaba el

nombre de su hijo, y el amor que le había consagrado era tan inmenso, que su propia personalidad se abismaba, por decirlo así, entera y absolutamente en él. El hijo, que correspondía á su madre con una ternura igual, trabajaba día y noche á fin de que á ella nada le faltara; y cuando llegaba á sorprender en ella el menor deseo, redoblaba su actividad y trabajaba sin descanso, hasta llegar á reunir lo bastante para darle el objeto deseado. El ardor con que trabajaba el joven en su oficio de herrero le había hecho tan hábil, que nadie le sobrepujaba ni podía vanagloriarse de hacer mejores trabajos ni obtener mayores éxitos y ganancias que él. Esa era una de las razones por las que la habitación de la viuda estaba adornada con más gusto que las otras, siendo considerada la excelente mujer como una de las inquilinas más contentas de vivir en las casuchas pertenecientes al convento de las Hermanas de la caridad. El joven, que todos los días llevaba al trabajo un placer extremo, siempre estaba contento y cantaba sin cesar, por lo que llegó á olvidarse su verdadero nombre para darle el de «herrero feliz.»

Hacia ya algunos meses que toda aquella alegría y felicidad habían desaparecido de la casa de la anciana viuda: ahora allí sólo se vertían lágrimas, se oían tristes suspiros, y los vecinos no se acordaban más de las canciones del joven herrero sino sólo para hacer recuerdos de otros días más felices.

Era un lunes. La viuda, con las mejillas bañadas en lágrimas, estaba sentada cerca del lecho en que se hallaba enfermo su hijo. El robusto joven que durante tantos años había manejado el martillo con destreza y habilidad, y que por su madre había derramado tantos sudores, no era ya más que un descarnado esqueleto. En su desnudo cuello se podía observar el juego de sus enflaquecidos músculos; las clavículas eran tan visibles bajo la piel, como si no estuvieran cubiertas más que por un velo

transparente; todo su cuerpo estaba consumido por la enfermedad. En su rostro no se veía la menor señal de sufrimiento; solamente una profunda tristeza se notaba en su semblante, y se podían leer mil palabras desgarradoras en sus ojos, que tenía fijos constantemente en su madre. Algunas veces una expresión de felicidad llegaba á iluminar su pálido rostro: no era ésta una sonrisa, sino algo incomprensible, acaso un secreto pensamiento que daba más brillo á su mirada y parecía alejarle de la tumba, abierta delante de él; entonces la affigida madre, viendo el rudo combate empeñado en el alma de su hijo, entre la esperanza, el amor y los mortales tormentos que lo aniquilaban, estrechaba su mano huesosa y suspiraba llena de inquietud; una sola palabra se escapaba de sus labios: el nombre de su hijo agonizante:

—¡Quintín!.....¡hijo mío!.....

Después de que ambos quedaron contemplándose por mucho tiempo, la viuda volvió de nuevo á derramar abundantes lágrimas, y al fin dijo con voz ahogada:

—Quintín, mi pobre hijo, ¿no deseas nada?.....¿no tienes sed?

—No, madre mía. ¿Y vos?.....No os veo comer nada... Durante muchos días habéis llorado conmigo, y de ese modo quebrantáis vuestra salud. ¡Oh, qué desdichado soy!..... Moriré, bien lo conozco, pero no de la enfermedad del cuerpo: ésta podrá tal vez acabar con mi vida. Pero hay una cosa ¡Dios mío!..... una cosa que desde hace largo tiempo me va acercando con rapidez hacia la tumba, que me quita todo reposo durante la noche, que me hace durante el día desear la muerte..... ¡Oh, madre mía!..... ¡madre mía!.....

Y un torrente de lágrimas corrió por sus mejillas enjutas por la fiebre.

La viuda se levantó, y haciéndose violencia para disimular su tristeza, rodeó con sus brazos el extenuado cuerpo de su hijo, y contuvo con sus besos la corriente de lágrimas que ha-

hía seguido corriendo de los ojos del pobre joven.

—Quintín,—le dijo,—dime lo que de tal manera destroza tu corazón..... Corría tu secreto á tu madre..... Quizás yo sabré curar la amargura que te está matando, y entonces, Quintín, acaso no llegaré á perderte..... ¡Ah, si yo pudiese lograrlo!.....

Quintín guardó silencio; solamente su mirada se fijó más en los ojos de su madre, sin que las lágrimas cesaran de correr por sus mejillas.

—Dime, pues,—replicó la madre,—dime el secreto que guarda tu corazón..... Te lo ruego, habla, en nombre de Dios!.....

Un suspiro, triste como un lamento, se escapó del pecho de Quintín, que se cubrió el rostro con ambas manos, y dijo con una emoción tan violenta, que podía causar serios temores por su vida:

—¡Vos, madre mía, tenéis hambre! Hace tres días que no habéis comido..... ¿Creéis que no lo sé?..... Oh! yo moriré seguramente..... Veo que os vais desmejorando; ya no sois más que una sombra..... ¡y es por mí por quien sufrís, por mí sólo!.....

—¿Qué es eso?—respondió la madre con valor y con un feliz orgullo:—Consuélate entonces, y no aumentes más tus padecimientos. ¡Sufrir el hambre por tí, mi Quintín! ¡por tí!.... Oh! Dios me es testigo de que el sólo consuelo que me queda sobre la tierra, es sufrir por mi hijo!.....

—¡Esto de tener brazos que aún están buenos para hacer alguna cosa,—exclamó Quintín con desesperación;—suspirar por el trabajo como por la felicidad, y saber que nuestra madre perece de hambre, sin poder ganar para ella un miserable pedazo de pan!..... ¡Oh, Dios mío! ¡sería yo indigno de vuestra misericordia, si no dejara hoy mismo de existir!....

Estas palabras fatigaron mucho al enfermo; su cabeza, sostenida un instante por la exal-

tación, se inclinó desfallecida. Pasado un momento, pudo hablar con más calma:

—¿No nos queda, madre mía, nada que tenga algún valor?..... ¿nada que pueda cambiarse por un pedazo de pan?.....

—Nada, hijo mío,—respondió tristemente la anciana;—todo lo he vendido; no hay que pensar más en ese recurso.

El infortunado Quintín se torcía en su lecho con tan violenta desesperación, que se oían crujir sus huesos.

—¡Vos, pues, madre mía, os morís de hambre!—exclamó con una especie de rabia:—¡Y yo, que ya voy acercándome al sepulcro, tendré que veros sucumbir junto á mi lecho!..... ¡Oh, no, eso no será!..... Voy á levantarme y á mostraros lo que puede por su madre un hijo que en ella tiene todo su amor..... Dadme mis vestidos, y si antes de dos horas no habéis comido, que Dios me castigue con el fuego eterno..... ¡Oh, madre mía, madre mía, el dulce Jesús no se ha irritado por mis culpables palabras!..... Me siento con fuerzas; renazco á la vida!.....

Se hubiera dicho, en efecto, que el joven Quintín acababa de escapar repentinamente del grave peligro de la enfermedad; movió los brazos como un hombre que se prepara á un fuerte trabajo, y sus movimientos eran tan libres, tan enérgicos, que su madre no sabía qué pensar de semejante cambio; la buena mujer no se sentía con valor para abandonarse enteramente á la esperanza de ver que un milagro se verificase en su hijo, y permanecía estupefacta, dudosa, mirándole con ojos sorprendidos. Quintín, sin embargo, se había puesto sus vestidos con una prontitud extraordinaria; pero si había hecho un esfuerzo para dominar la debilidad de su cuerpo, bien se veía que el cambio que se había operado en su estado era muy poco. Pronto, en efecto, sus movimientos se hicieron más lentos y su respiración fué más fatigada; vencido, sin fuerzas, temblando abrazó de nue-

vo á su madre, y arrojando un «¡ay!» de desesperación, se dejó caer desfallecido sobre una silla.

—¡Oh, querida madre mía!—exclamó:— ¡quería trabajar para vos, pero.... no puedo!...

En este momento la puerta de la casa se abrió, y una Religiosa del convento entró llevando una canasta colgada de un brazo.

—Madre Metsys, —dijo al entrar, —aquí traigo una cosa para nuestro enfermo Quintín. Pero, ¿qué es esto, mis buenas gentes? ¿Qué desgracia ha sucedido aquí, que allí os veo llorar á los dos?

Ni la madre ni el hijo respondieron á esta pregunta. Como gentes honradas que eran, y que jamás habían implorado los socorros de otras personas, la vergüenza les había impedido dar á conocer sus desgraciadas circunstancias. ¿Cuándo se ha oído al artesano, al obrero trabajador exclamar, sin experimentar un hondo sufrimiento, con una voz suplicante:—Tengo hambre.....?

La Hermana no pareció fijarse en el silencio de aquellos infortunados; colocó sobre una mesa la canasta que llevaba, y sacó de ésta una botella; despues vertió en un vaso una gran cantidad de vino rojo.

—Quintín, —dijo con alegría, — hé aquí lo que os dará valor y os fortalecerá: tomad, bebed lo que os ofrezco.

—Si mi madre bebe de este vaso, —dijo Quintín con una fisonomía suplicante, —prometo oír diez misas por vos, hermana Ursula.

—Bebed, —replicó la Hermana; —también daré un vaso á vuestra madre.

—Oh! en ese caso, oíré veinte misas! —exclamó el jóven emocionado y con los ojos llenos de lágrimas.

Cuando la anciana y su hijo, obligados por tantas instancias, hubieron cada uno bebido un vaso de vino, la hermana llevó su canasta y presentándola á Quintín, dijo á éste:

—Mirad, aún tengo aquí otra cosa.....

Apenas Quintín miró al fondo de la canasta, levantó los ojos al cielo, y exclamó:

—Buena Ursula, no sabéis lo que nos habéis traído. Sólo á vos me atrevo á decirlo, á vos, que, como un ángel de misericordia, habéis venido á consolarnos..... Hermana mía..... hermana mía, hace ya tres días que nada ha comido mi anciana madre, y se muere de hambre!.....

—¡Oh!..... ¡Señor Dios!..... ¿es posible? —exclamó la Religiosa. — Despachaos, pues; aquí tenéis un pan de trigo y un buen pedazo de carne.

La emoción de la viuda era tan grande, que no pudo tocar el pan: quizá éste no le era tan necesario, porque el vino que había bebido la había dado algunas fuerzas. Mientras que la Religiosa la obligaba á comer, Quintín había llevado insensiblemente hacia él una de las manos de la Hermana Ursula, sin que ésta se hubiera dado cuenta de ello. Mas al cabo de algunos instantes, la hermana retiró vivamente su mano, exclamando:

—Pero, Quintín, ¿qué es lo que hacéis?

—Perdonadme, hermana mía, —dijo el jóven; —oh! no os enfadéis si he mojado vuestra mano con mis lágrimas: son lágrimas de respeto y de gratitud.

La Religiosa se ruborizó, poseída de un sentimiento de confusión, porque la mirada de Quintín se fijaba en ella, animada de un fuego extraordinario; se hubiera dicho que el jóven estaba en adoración delante de ella. Para salir de esta situación embarazosa, se puso á hablar luego de otras cosas.

—Sí, madre Metsys, —dijo; —hay muchas gentes enfermas ahora; aquí mismo, en la vecindad, hay tres que se hallan sufriendo terriblemente: Veken el tejedor, el carpintero Balens y Hans el tapicero. A los dos primeros llevo algunas cosas cuando logro obtenerlas; pero el tapicero Hans trabaja en su lecho para nuestro convento.....



—¿Qué hace Hans para vuestro convento, hermana mía?—dijo Quintín interrumpiéndola precipitadamente.

—Da color á las imágenes,—respondió la Hermana;—no lo hará acaso muy bien, pero como está enfermo, no nos fijamos mucho en esto. Tomad, aquí traigo justamente lo que acabo de recoger de él.

Y sacó de su canasta un paquete de imágenes, que dió á Quintín, quien se puso á examinarlas una por una atentamente.

—Hermana mía,—dijo el joven después de un momento,—me parece que yo podré iluminar imágenes mejor de lo que están éstas.

—Oh! ¿queréis reiros, Quintín!..... Hans el tapicero todos los días da color en sus tapices; por consiguiente, si ahora hace esto, es porque tiene algunos conocimientos en Pintura; pero vos, que sois herrero, ¿cómo queréis ejecutar esa clase de trabajo?

Quintín se levantó vivamente, y dirigiéndose á la Hermana le dijo:

—Hermana Ursula, aquí no hay ni herrero, ni tapicero, ni pintor que sepa hacer una máquina como la que Quintín Metsys ha hecho en el Mercado de Zapatos..... Es verdad, jamás he hecho uso de los colores, y acaso al principio podría echar á perder algunas imágenes; pero no olvidéis, hermana mía, que un hijo que trabaja para su madre no es un obrero ordinario. Tal vez pueda lograr lo que deseo, y alguien me lo dice así en el fondo de mi alma.

—Y bien, Quintín, aquí tenéis imágenes. Tratad de hacer lo que podáis. Que vuestra madre me acompañe al convento para darle colores y pinceles.

—Id, madre mía, id pronto,—exclamó Quintín transportado.—Oh! al fin voy á trabajar, y si mis esperanzas son premiadas, sanaré, estoy seguro, y no sufriréis más hambre por culpa mía..... Id pronto!.....

Quando su madre salió con la Hermana, tomó el joven las imágenes una después de otra,

pensando en los colores de que debía hacer uso en las diferentes partes de cada una de ellas: aquí del azul, allá del amarillo, acá del rojo ó del verde. Con estos pensamientos sintió tal excitación, que sus amarillentas y enflaquecidas mejillas se encendieron con el color de una sangre generosa. Recorría con su dedo sobre las figuras, como si ya estuviera ocupado en pintarlas. Las imágenes que tenía á su vista estaban muy lejos de ser buenas y sus defectos no escapaban á Quintín, porque durante los años de su aprendizaje se había familiarizado con el dibujo; los trabajos de arte que había ejecutado en su oficio, eran un testimonio de su experiencia y su buen gusto.

Quando su madre estuvo de vuelta con los colores, el joven se volvió á su lecho, colocó delante de él una tabla cuadrada, y casi sentado comenzó á trabajar. La anciana estaba de tal manera curiosa por ver el resultado del trabajo de este hijo tan empeñoso, que seguía con una atención llena de ansiedad todos los movimientos del pincel. Aunque Quintín trabajaba con bastante lentitud, al cabo de una hora había ya iluminado una imagen con los más bellos colores, dándole los tintes más delicados. Orgullosa de su propia obra, exclamó:

—¡Oh, madre mía!..... mirad..... pronto estará curado; esto sobrepuja á mi esperanza.

La anciana no conocía nada del arte sobre el que Quintín parecía consultar su juicio; pero se dejó seducir por el brillo de los colores, y se detuvo estupefacta y muda de admiración ante la imagen iluminada.

—Quintín,—dijo de repente,—si yo le llevase al convento para que la vieran.....?

—Esperad, madre mía, á que haya hecho otras. Prestadme esa para iluminarla.

—¿Vas á pintarlas todas de la misma manera, Quintín?

—No, madre mía; pero ésta tiene muchos defectos, y quiero verlos, para corregirlos al iluminar la segunda.

La anciana estaba tan alegre, como si una increíble felicidad le hubiera sobrevenido; lo que la encantaba, no era el ver que su hijo supiera dar tan bien colorido á las imágenes, de cuyo trabajo apenas se prometía algunos francos, suponiendo que fuera aceptado: lo que la regocijaba era el ver el contento de su hijo que, sostenido por la pasión al trabajo, parecía encontrarse mucho mejor, y después de haber concluido la tercera imagen, había dejado oír, á manera de exclamación, las primeras palabras de una de sus canciones hasta entonces olvidadas. De cuando en cuando, en su enagenamiento, la anciana interrumpía la ansiedad del pintor para abrazarle, y éste decía sonriendo:

—Dejadme trabajar, madre mía: así me impedís continuar.

Cuando la cuarta imagen fué terminada, la buena mujer insistió de tal manera en llevarlas todas á la hermana Ursula, que el joven acabó por consentir en ello, y la madre Metsys corrió lo más de prisa que le fué posible, al convento. Llamó á la puerta con precipitación, y esperó, con el corazón palpitante, que viniesen á abrirle.

Una Hermana de edad avanzada se asomó por el postigo, y viendo que era una mujer pobre la que había llamado, abrió lentamente, y preguntó:

—¿Qué queréis, buena mujer?

—¿Está la hermana Ursula en el convento?

—No, ha salido; volved mañana.

A estas palabras, tomó la puerta, é hizo á la anciana una señal que quería decir:—Retiraos, que voy á cerrar.

La madre Metsys sintió un vivo pesar al no encontrar á la hermana Ursula, y, como detenida por un sentimiento más fuerte que ella, no pudo dar un paso para alejarse del convento.

—¿Tenéis todavía algo que decir?—preguntó la Hermana.

—Sí, hermana mía,—respondió la anciana sacando las imágenes de bajo del brazo que las cubría:—tened la bondad de entregar estas imágenes á la hermana Ursula, y decirle que ha sido Quintín Metsys, el herrero, quien las ha.....

—¡Ah, Dios mío! ¡qué horribles imágenes!—interrumpió la Hermana:—Esto causa mal á la vista.....Ni por todo el oro del mundo quisiera tener una imagen semejante en mi libro de oraciones... Sin embargo, yo las entregaré á la hermana Ursula.....

—¿Es que no están buenas, Hermana mía?—preguntó la anciana madre con inquietud.

—¡Ah, qué horror!—respondió bruscamente la Hermana.

Después de esta exclamación, ¿qué esperaba aquella pobre madre? Fué necesario resignarse á partir.

Con el corazón desgarrado y el alma llena de tristeza, volvió al lado de su hijo. ¿Le diría el resultado de sus pasos, arrojándole así en una mortal desesperación? ¿Y podría contener sus lágrimas y permanecer bastante dueña de sí misma, para no dar á conocer la acogida con que había sido recibida? Empero, muy sin razón se afligía por las duras palabras de la Hermana, porque éstas habían tenido enteramente otro sentido del que les atribuía la madre Metsys. Para comprender su error, es preciso saber que las imágenes iluminadas por Quintín representaban leprosos, tullidos y apestados: el joven herrero había puesto tanta naturalidad en los colores,—acaso aun había exagerado la naturaleza por exceso de sentimiento,—que la Hermana, viendo escenas tan espantosas, y conmovida por tanta verdad, había sentido disgusto y dejado escapar la exclamación: ¡qué horror!

La madre de Quintín, ignorando el motivo de esta exclamación, había comprendido que la Religiosa encontraba malas las pinturas. Apenas había entrado á su habitación, cuando ya su hijo había exclamado:

—Y bien, madre, ¿qué os ha dicho?

La pobre mujer cayó, deshecha en llanto, en los brazos de su hijo, sin poder pronunciar una sola palabra; en medio de sus lágrimas, llenaba de apasionadas caricias á su pobre hijo, que ocultaba su cabeza en el seno de su madre. Cuando más intolerables eran las desgracias para estos seres infortunados, más se exaltaba su amor. Si sus ahogados suspiros no revelaran su sufrimiento, se hubiera creído fácilmente que estaban arrebatados de alegría, porque mutuamente se daban las pruebas más vivas de una ardiente ternura. El íntimo dolor que los martirizaba, les hacía consolarse recíprocamente, porque ambos comprendían la extensión de su miseria. Al fin Quintín habló:

—Madre, mi querida madre, ¿qué hacer?..... Todo nos engaña, todo es en contra nuestra.....

—Hijo mío,—exclamó con desesperación la anciana:—yo te he nutrido con mi leche, he trabajado siempre por tí como una esclava, desde que eras muy niño. Tú también me has amado como un buen hijo, y por medio de un penoso y continuo trabajo has satisfecho las necesidades de tu anciana madre. Y bien, Quintín, si es necesario..... si es preciso que muramos, si la muerte te lleva al sepulcro, si yo perezco de hambre..... oh! nos queda á lo menos una feliz certidumbre: los dos moriremos juntos!.....

Un prolongado y estrecho abrazo siguió á estas palabras; no se oía en la habitación más que las penosas respiraciones de dos pechos oprimidos por el dolor, y algunas veces una voz apagada que murmuraba:

—¡Oh, madre mía!..... ¡querida madre mía!.....

Hacía ya mucho rato que se hallaban estrechamente abrazados, silenciosos y llorando, cuando oyeron repentinamente una voz que preguntaba desde la puerta:

—¿Aquí vive el herrero Quintín Metsys?

La anciana se apresuró á secar sus mejillas

empapadas de lágrimas, y se dirigió á abrir la puerta; pero antes de que hubiera hecho esto, cuatro personas penetraron á la vez en la habitación. Las dos primeras eran la señora Abadesa del convento de las Hermanas de la Caridad y un sacerdote que la acompañaba; en seguida venía la hermana Ursula, y tras de ésta otra religiosa llevando un libro bastante grande. Estas cuatro personas fijaron con admiración los ojos en Quintín, quien había arrojado al suelo su pincel, y que, inquieto y avergonzado, esperaba una severa reprimenda.

La Abadesa se le aproximó, y mostrándole las primeras imágenes á que él había dado color, le preguntó con una voz que revelaba una grande benevolencia:

—¿Sois vos, joven, quien ha dado color á estas imágenes?

—Sí, señora Abadesa,—respondió Quintín con el corazón oprimido:—mas yo espero que, si tengo la dicha de obtener vuestros bondadosos favores, podré, con el tiempo, adquirir más habilidad..... Perdonadme, venerable señora, el haber echado á perder esas imágenes..... ¡perdonádmelo, en nombre de mi desgraciada madre!.....

—¿Qué decís?—exclamó la Abadesa con admiración.—Sois muy modesto, joven. He venido para deciros que jamás hemos visto más hermosas imágenes que las que vos habéis iluminado.

Estas palabras hirieron como un rayo á Quintín; su rostro, ya pálido, se tornó lívido; todo su cuerpo temblaba, como poseído de un mal repentino. De súbito tendió los brazos á su madre, exclamando:

—¡Oh..... madre...querida madre mía!.....

La feliz anciana le comprendió: con un arranque apasionado, se precipitó y cayó sollozando sobre el pecho de su hijo. Ante este conmovedor espectáculo de amor y felicidad, las cuatro personas que allí se hallaban se sintieron

tan vivamente emocionadas, que las lágrimas brotaron de sus ojos.

—Quintín Metsys,—dijo la Abadesa,—¿queríais hacer alguna cosa para mí?

Al oír la voz de la Abadesa, la anciana dejó de estrechar las manos de su hijo. Quintín, sumergido en una especie de éxtasis, respondió:

—Hablad, señora; soy vuestro obediente servidor.

La Abadesa tomó el libro de las manos de la Religiosa, y mostrándolo al joven, preguntó á éste si quería dar color á las imágenes de la Pasión de Nuestro Señor que allí se encontraban. Quintín respondió que no se atrevía á emprender este trabajo, por el temor de echar á perder el precioso misal; pero los elogios que le fueron prodigados por la Abadesa y por el sacerdote, le dieron valor para aceptar tan delicado trabajo. Desde el momento en que el joven así lo prometió, las cuatro personas que allí habían ido se prepararon á salir; pero antes de hacer esto, la hermana Ursula se acercó á Quintín, y le dijo al oído:

—Continuad, joven. La señora Abadesa está satisfecha al más alto grado de vuestros trabajos, y hará conocer el mérito de ellos.

Y con una voz más dulce añadió:

—Vuestra madre ya no sufrirá ninguna privación; tened valor!.....

No podría imaginarse la dulce sensación que estas palabras llevaron al corazón de Quintín: dirigió una mirada de gratitud á la Hermana Ursula, y dijo con voz muy conmovida:

—Yo siempre rogaré por vos, y mi madre lo hará también!

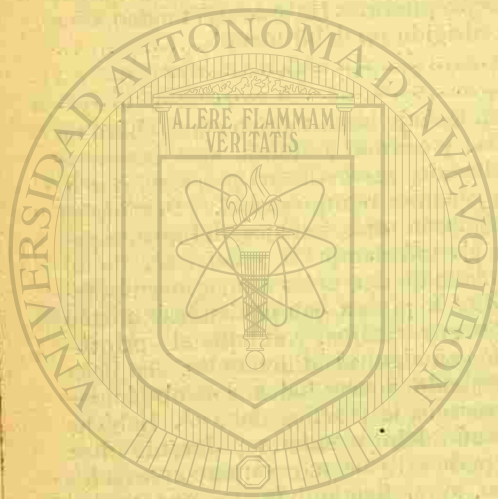
Luego que la Abadesa salió de allí con las demás personas que la habían acompañado, la venturosa madre corrió hacia su hijo, y arrojando dos florines de oro sobre la paleta, exclamó:

—Mira, Quintín, mira lo que la Abadesa me ha dado como precio de tu trabajo. ¡Somos ri-

cos, hijo mío, inmensamente ricos!..... Pronto voy á buscar todo lo que te ha faltado en tu enfermedad..... Y sanarás, mi querido hijo..... Nuestros males han pasado ya, y al fin vamos de nuevo á vivir felices!.....

—¿No os he dicho que un hijo que trabaja para su madre, no es un obrero ordinario?..... Oh! sí: el dolor que he sentido al veros sufrir, me ha hecho pintor. Ha sido el mismo Dios quien ha dirigido mi débil mano!.....

Quintín trabajó largo tiempo en el libro de la Abadesa, y cuando terminó sus tareas, se notó en ellas un maravilloso progreso, que le valió una generosa remuneración. Después se le encomendaron otros trabajos del mismo género, que ejecutó siempre á satisfacción de todos. Enfadado de dar color á imágenes impresas, se dedicó á pintar, componiendo él mismo el asunto de sus cuadros; y aunque al principio tropezó con algunas dificultades, en poco tiempo consiguió vencer todos los obstáculos que le presentaba la práctica del arte. Habiendo durado aún débil y enfermo, durante diez meses, no pudo salir de su casa; pero aprovechó ese tiempo, aprendiendo todo lo que pudo. Cuando salió por primera vez, por todas partes fué saludado como un pintor célebre. El dinero no llegó ya á faltarle, y fué á habitar con su anciana madre una linda y elegante casa. Ya establecido en ésta, siguió siempre cuidando á la que le dió el ser, con el amor y la ternura con que siempre lo había hecho; hasta que, feliz esta madre de haber visto que su hijo había llegado á ser la gloria de su patria, tranquila y dichosa cerró los ojos para siempre.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



## LA MODERNA NIOBE.

Dios quebranta lo que no quiere doblegarse bajo su mano.—J. CATS.

A mediados de 1832, vivía en Amberes una viuda rica llamada Clotilde de Valburg. Como era de una notable hermosura y no carecía de eso que se ha convenido en llamar *sprit*, se creía—¡rara pretensión!—llamada excepcionalmente á gozar de todos los placeres y alegrías de este mundo. Como todas aquellas mujeres que han pensado de este modo, á Clotilde le causaban miedo los pensamientos serios y las generosas emociones, como si éstos fueran enemigos de una vida dulce y apacible; por el mismo motivo permanecía insensible á todo lo que no tocaba directamente á su felicidad, tal como ella la concebía. Un desgraciado era para la viuda un objeto de indiferencia, si no de aversión; para sus propios hijos no tenía, aunque éstos eran tan bellos como unos ángeles, esa viva afección maternal, último sentimiento que abandona al corazón de una mujer. Pero un vestido que no estuviera hecho á su gusto, la vista de una joya en el cuello de otra mujer, ú otra frivolidad cualquiera del mismo género, ejercían sobre ella tal influencia, que muchas veces se la hubiera creído víctima del más grande infortunio.

Se hallaba un día esta mujer en un salonci-

to de su espléndido palacio. Reecostada sobre un diván de damasco color de fuego, fijaba negligentemente los ojos en las páginas de una novela cuyas lecciones podían ser ó no morales. ¿Leía? Tal vez; pero quien la hubiera visto sin conocerla, hubiera podido creer que la indolencia la impedía abrir enteramente los ojos.

Todo en el saloncito revelaba la riqueza y los gustos frívolos de la que lo habitaba; la chimenea y las tablillas de las ventanas estaban cargadas de esos objetos frágiles cuyo uso es un enigma para los que los poseen como para los que sólo los ven, y que con más frecuencia no se diferencian de los juguetes de los niños, más que por su precio. La luz que penetraba á esta voluptuosa estancia, no era pura y viva como la luz del sol, porque al cruzar por los vaporosos cortinajes se trasformaba en un tinte rosado que daba á todos los objetos un matiz suave é indeciso. Este salón estaba, sin embargo, animado con la presencia de seis encantadores niños que, temiendo hacer el menor ruido, estaban sentados sobre la alfombra, ocupados en ver las pinturas de un libro de grandes dimensiones. No se atrevían á hablar ni á expresar su alegría ó su animación, más que por señas y gestos: sabían que al menor desorden, su madre los enviaría inmediatamente á otra habitación. El mayor de estos hermosos niños podía tener doce años, mientras que el más pequeño apenas contaría tres. Tres de estos niños eran hombres, y mujeres los otros tres; parecían amarse tiernamente, porque una dulce y cariñosa sonrisa iluminaba sus rostros, y sus manecitas se buscaban con frecuencia.

Muchas veces he visto escenas como ésta, reproducidas por el pincel: un grupo de niños hermosos como los ángeles, emblema de los placeres puros é inocentes. Sí: en estos rostros serenos que no han sido marchitados por ninguna inquietud; en estos cabellos rubios que la edad ni el trabajo han cambiado; en estos

bracitos y estos miembros delicados que los trabajos no han fatigado, que no han consumido los excesos..... sí, allí está la naturaleza humana con toda su frescura, encantadora y llena de vida, como las hojas y las flores con que comienza á sonreír la primavera!.....

¿Y creéis que la mirada de la madre se fija con preferencia en estos ángeles adorables, que en el libro de un escritor inmoral?..... No, su mirada no es para sus hijos..... Y sin embargo, su corazón no carece enteramente de sentimiento maternal; pero ocupan en él más lugar los encantos y las seducciones de la vida mundana.

Cerca de una hora hacía que estaba sentada en el diván, sin haber hecho ningún movimiento, cuando llamaron suavemente á la puerta. Un criado entró en el salón, y dijo inclinándose:

—Señora, desde hace algunos días ha venido cuatro veces una mujer que quiere veros. Yo la he despedido siempre..... parece una mujer del pueblo.....

—Has hecho bien, Pedro: que se me deje en paz; no estoy visible para tales gentes. Pero si M. Eugenio de Valenge se presenta, introducidle y mostraos muy deferente con él. Ya lo sabéis, es el joven que ayer me acompañó al volver del concierto.

El criado hizo con la cabeza una señal afirmativa, y replicó:

—Olvidaba deciros, señora, que la mujer de que os he acabado de hablar, espera vuestra contestación en la antecámara. Lloro que parte el corazón, y parece que quiere implorar una gracia de vuestra bondad.

La señora de Valburg se levantó del diván, y golpeó con su pié dos ó tres veces sobre la alfombra, manifestando una grande impaciencia. En seguida exclamó:

—¿No podré nunca descansar?..... ¿Y qué especie de mujer es esa? ¿Cómo se llama?

—Señora, está pobremente vestida, y se ha

hecho anunciar con el nombre de Carolina Soetveld: dice que es vuestra cuñada.

Apenas habían sido pronunciadas por el criado estas últimas palabras, la sangre afluyó violentamente al rostro de Madame de Valburg, quien, extendiendo luego imperiosamente la mano, respondió con cólera:

—Pedro, os he prohibido dejar entrar á esa mujer; id y decidle que no estoy en casa.

Pero apenas el criado había salido, cuando se oyeron en la antecámara gritos desesperados y como el ruido producido por una lucha. La puerta del salón se abrió de repente, y una mujer, joven aún, se precipitó en la estancia y fué á caer á los pies de Madame de Valburg. Esta enrojació de cólera ó de confusión, acaso de ambos sentimientos á la vez; levantó orgullosamente la cabeza y lanzó una mirada de menosprecio á la infortunada que tendía hacia ella sus manos suplicantes.

Madame de Valburg hizo una seña á sus hijos para que salieran de allí, después de lo cual, dijo volviéndose hacia la mujer arrodillada:

—Y bien, ¿qué significa esto?..... ¿á qué viene esta comedia?..... Decid pronto: ¿qué queréis de mí?

La joven dirigió una mirada suplicante á Madame de Valburg, y exclamó sollozando:

—¡Oh, señora, no me habléis así! Soy muy desgraciada y tengo una congoja mortal. ¡Tened piedad de una infortunada que implora de rodillas vuestro socorro!.....

La insensible Clotilde, dejando arrodillada á la pobre joven, se alejó de ella algunos pasos; volvió luego á tomar su libro, y respondió con fingida calma:

—No tengo tiempo para escuchar todas esas lamentaciones..... Si deseáis alguna cosa de mí, no es esta manera dramática de entrar en materia la que os llevará á vuestro objeto; pero ya que no es posible dajar de oír vuestra historia, seguid, y hacedla lo más breve que podáis.

Fácil era ver que estas palabras, pronuncia-

das con un tono agrio, herían vivamente á la joven; pero sin duda un motivo secreto la obligaba á soportarlas, porque torcía sus brazos con angustia, y la expresión de su rostro parecía decir: ¡Dios mío! ¿es posible que pueda yo devorar esta afrenta!... En seguida se levantó, y dijo con una voz mal segura:

—Señora, una imperiosa necesidad me ha obligado á dar este paso, porque sé que los lazos de sangre que nos unen, son para vos más bien un motivo de odio que de afecto. Pero tened piedad de nosotros, ¡os lo suplico! ¡Salvadnos del deshonor y de la miseria! ¡No seáis insensible á mi ruego, y siempre bendeciré vuestro nombre!

Por toda respuesta Madame de Valburg tomó de la mesa una campanilla de plata y la agitó dos ó tres veces.

—Pedro, —dijo al criado que vino á recibir sus órdenes, —decid que enganchen mi carruaje.....

Y volviéndose hacia la llorosa joven:

—Mirad bien, —le dijo, —que si continuáis así, no tendré tiempo de escucharos hasta el fin. Una vez más, os pido que seáis breve.

Un ligero rubor, indicio de una sorda indignación, encendió las mejillas de la infortunada; pero se contuvo de nuevo, y dijo con voz rápida:

—Señora..... hermana mía..... Bien sabéis que aunque hemos vivido llenos de necesidades, nunca, hasta ahora, hemos acudido á vuestra ayuda; mi marido es activo, trabajador, y sabemos contentarnos con poco; pero hoy parece que nos ha abandonado la Providencia..... Dos años hace ya que mi marido perdió su empleo, y desde ese fatal acontecimiento hemos vivido de promesas y de esperanzas. Seis meses hace que hemos establecido un comercio en pequeño, y para esto hemos tomado á préstamo una suma importante; pero un hombre desleal nos ha engañado, y lo hemos perdido todo. Mi marido está preso por no haber podi-

do pagar una libranza; uno de mis hijos está en el hospital; nuestros muebles serán embarcados; pasado mañana seré arrojada de la casa en que vivo; no tengo ni dinero ni pan, y sufro por todos los seres que me pertenecen: por mi marido, cuyo honor está en peligro; por uno de mis hijos, que se muere en el hospital; por mi otro hijo, que en vano pide qué comer, á su madre, y que dentro de dos días tendrá, como yo, la calle por asilo y las piedras por lecho... ¡Oh, señora! ¿podéis olvidar en semejantes circunstancias, que vuestros hijos y los míos no son enteramente de diferente sangre? ¿podéis permitir que una madre, una mujer infortunada os deje, sin llevar ningún consuelo de vos, que sois madre también?.....

Madame de Valburg se sintió herida de que la joven la implorase haciendo mención del parentesco que las unía; vió en esto una injuria, y se sintió inflamada por la cólera.

—¿Y qué puedo hacer yo en todo eso?— preguntó con voz ruda.

—Señora,—respondió la pobre madre deshecha en lágrimas,—he aquí lo que imploro de vos: tened la bondad de prestarnos la suma de trescientos francos. Con este dinero, libro á mi marido de la prisión, saco á mi hijo del hospital, y pago la renta de nuestra casa..... Pensad lo mucho que os bendeciremos, á vos, que nos habréis salvado del abismo de la miseria y de la infamia que nos amenaza!.....

Durante algunos instantes la joven esperó con ansiedad las palabras que Madame de Valburg iba á pronunciar. Al fin ésta respondió:

—No tengo la costumbre de prestar dinero para hacer ingratos. Si vuestro marido no hubiera llevado en tanto tiempo una vida inútil, no estaríais en el estado en que os veis. No esperéis, pues, que yo emplee mi dinero en fomentar la holgazanería..... Podéis retiraros; ved vosotros mismos la manera de poder salvaros de la miseria en que habéis caído por vuestra propia falta. Si creéis que voy á hacerme

cargo de lo que habéis dicho, os engaños..... ¿No me habéis oído deciros que os retiréis?..... ¡Esa es la puerta!.....

A estas insultantes palabras, la pobre mujer comenzó á verter un torrente de lágrimas: creyó que iba á ahogarse de dolor; mas repentinamente una noble cólera se apoderó de ella, y volviéndose hacia Madame Valburg, le dijo, irguiendo la cabeza:

—¡Ah, señora! No os bastó mandar á vuestros lacayos maltratar á una madre infortunada; era preciso que vuestra misma boca la insultara en su desgracia, y que acabárais por arrojarla á la puerta como á un perro!..... ¿Habéis, pues, olvidado vuestra propia historia? ¿No os acordáis ya que vuestro marido era mi hermano, y que la mitad de las riquezas de que gozáis me ha sido injustamente arrebatada? ¿Sabeis también, mujer orgullosa, que no poseéis nada en el mundo, y que no hacéis más que percibir las rentas de una fortuna á la que yo tengo más derecho que vos, y de la que no podéis consideraros heredera, porque en un momento inesperado puedo yo recobrarla?

Madame de Valburg que, aturrida con la rabia que sentía se había dejado caer en un asiento, se levantó vivamente, y exclamó con una voz temblorosa:

—¡Insolente! ¿Qué infame calumnia os atrevéis á proferir?

—¡Calumnia!—replicó la otra:—¡Calumnia!..... ¿El testamento de mi tío, no nos instituía sus herederos á mi hermano y á mí? ¿No habéis excitado á mi hermano con vuestros pérfidos consejos, á privarme de la parte que me pertenecía?..... Sí, así es como han pasado las cosas, y en los últimos días de la vida de mi tío, vos y mi hermano habéis tomado posesión de su casa y de sus bienes; habéis tenido valor para decir que él no quería verme, cuando ha muerto llamándome su hija querida..... ¿Qué mal no habréis dicho de mí, señora; qué calumnias no habréis acumulado sobre mi nom-



bre, para haber arrancado á mi excelente tío un segundo testamento y despojarme de todo lo que su cariño me destinaba?..... Oh! todo lo he sabido; porque he perdonado á mi hermano en su lecho de muerte, y me he reconciliado con él..... ¡Pobre hermano mío! ¡fué más débil que culpable!..... Vos sólo sois, señora, la que me habéis traídoramente robado, y el odio cruel que nos mostráis, es una alta prueba de ello!.....

El furor de Madame de Valburg llegó á su colmo, la sangre encendió sus mejillas, y su cólera estalló en amenazadoras invectivas:

—¡Cómo! ¿Despojaros..... á vos?..... ¡Qué insolente sois!..... ¡Salid al instante de mi casa, ó hago, como lo habéis dicho, que os arrojen á la puerta como á un perro!..... ¡Y os atrevéis á venir á manchar mi casa con vuestras calumniadoras acusaciones!..... ¡Salid, os digo; de grado ó por fuerza, este campanillazo os hará dejar este lugar!.....

—Callaos, —exclamó la joven con dignidad tranquila;—no añadáis la violencia á la injuria. Y no creáis que pienso arrancaros con mis reproches lo que habéis rehusado á mis súplicas, no: podéis arrojar delante de mí montones de oro, que yo no tocaré porque se mancharían mis manos..... ¡Guardad vuestro dinero y vuestros vicios!..... Yo sufriré; pero en mis dolores, tendré á lo menos la satisfacción de poderme estimar mejor y más grande que una noble dama que no ha mirado un crimen en sumergir á toda una familia en la miseria!.....

Madame de Valburg no se sintió capaz de responder á los reproches de su acusadora; solamente la expresión de sus ojos revelaba su reconcentrada rabia. No obstante esto, no se atrevió á sonar la campanilla por el temor de provocar un escándalo más grande, y siguió escuchando á la joven.

—No olvidéis, —decía ésta,—no olvidéis los términos del testamento de mi tío: todos sus

bienes, que hoy veis como el porvenir de vuestros hijos, volverán á los míos, si los vuestros mueren primero. Así es que, si Dios quisiera, aun podría yo, viviendo vos, poseer vuestras riquezas.

A estas palabras, una sonrisa de ironía se dibujó en los labios de Madame de Valburg, como si se viera libre de un gran peso, y con voz firme exclamó:

—Mujer, perdéis la cabeza; no tenéis, en verdad, sentido común, y ahora que lo conozco, os perdono vuestras locas injurias. ¿Esperáis, pues, en vuestro extravío, que vuestros miserables hijos puedan vivir más largo tiempo que los míos, que gozan de una bella y floreciente salud?..... ¡Eso es disparatar!.....

—Señora, —respondió la infortunada madre:—el que lee en el fondo de los corazones, allí ve mis deseos, y sabe que yo cometería un crimen imperdonable en desear la muerte de alguno de vuestros queridos é inocentes niños. Oh! no: que el cielo os conserve una numerosa posteridad. ¿Pero creéis imposible, señora, que Dios haga justicia á los ricos y los felices de este mundo, así como la hace á los desgraciados?..... Mas no temáis nada por vuestros hijos. ¿No los amáis con toda el alma?... Yo, pobre madre como soy, con frecuencia he visto llena de terror, enfermos y agonizantes á mis dos hijos, porque tengo miedo al azote que el cielo nos ha enviado, la terrible peste que se extiende sobre la tierra como un inmenso sudario.....

Madame de Valburg se había calmado desde que la joven había cesado en sus acusaciones, y respondió con tono burlón:

—Vosotros los que tenéis miedo, los que sois pobres de espíritu, habláis siempre de Dios. Acaso el hacer esto, es para vosotros un fácil consuelo; pero en el fondo, no cambia eso en nada las cosas. Mis hijos, creedlo, no morirán pronto.

—¡Señora! —exclamó la otra con exaltación;

mas reponiéndose luego, continuó así:—Hermana mía, no blasfeméis de Dios. Hace pocos meses vivían muchas familias, de las que la peste ha hecho desaparecer hasta el nombre.

El acento profético de estas palabras causó un profunda impresión en Madame de Valburg, que palideció y dijo con voz llena de emoción:

—¿Cuál peste?..... ¿Qué queréis decir?.....

—¡Oh, señora! Vuestros hijos no tienen mucha parte en vuestros afectos, porque si la tuvieran, ya muchas veces los hubiérais ocultado entre vuestros brazos para preservarlos, si así fuera posible, del cólera.....

Un temblor repentino recorrió todo el cuerpo de Madame de Valburg, en cuyo rostro aparecieron visibles muestras de espanto; pero bien pronto, como si se hubiera sentido avergonzada de una emoción que consideraba como un signo de debilidad, se repuso; después, mostrando la puerta y agitando la campanilla, dijo:

—Os lo pregunto por última vez..... ¿queréis, ó no, salir de mi casa?..... Estoy cansada de oír vuestras lamentaciones, y os ruego que os retiréis, si no queréis que os arrojen de aquí. Y no volváis nunca, porque mi puerta estará cerrada para vos.....

—Sí, me voy, señora..... ¡adiós, y no olvidéis mis palabras!.....

Y la joven salió de allí meditabunda y triste. Cuando Madame de Valburg se vió sola, no pudo, por más asfuerzos que hizo, arrojar de su espíritu la atormentadora idea del cólera; las palabras de la joven resonaban aún una á una en sus oídos, y la hicieron esta vez sumergirse en profundas reflexiones. A pocos momentos llamó con la campanilla, pero viendo que el criado no había acudido al primer llamamiento, llamó por segunda vez. Al fin apareció Pedro; pero tan extraña era su actitud, su rostro estaba tan pálido y sus movimientos eran tan temerosos, que al verlo Madame de Valburg arrojó un grito y exclamó:

—¡Oh, Pedro! ¿Qué pasa? ¿por qué estáis tan pálido?

—Señora,—respondió el criado con voz triste,—no tengo ánimo para deciros la desgracia que nos amenaza.....

—Hablad, Pedro, hablad pronto, os lo mando!—dijo Madame de Valburg interrumpiéndolo.

—Señora, el cólera está aquí cerca, en casa de M. Tessniers: ya su hijo Victor ha muerto..... ¡y esta mañana lo he visto bueno, me ha saludado!.....

Esta horrible noticia arrancó todas las ideas mundanas del corazón de Madame de Valburg, en quien el amor maternal despertó de súbito, apoderándose de ella enteramente; juntó entonces ambas manos y exclamó:

—¡Oh, Dios mío, mis hijos!..... Pronto, Pedro, traedme mis hijos..... Haced venir aquí á la criada que cuida de ellos y á la camarista.

—Señora,—respondió el criado con más tristeza aún,—vuestros hijos se hallan en el jardín, y parece que están perfectamente; voy á traerlos. Pero en cuanto á vuestras criadas, debo deciros que de tal manera las ha aterrorizado la cocinera con sus lamentos, que sería inútil ir en su busca: todas han huído de vuestra casa.....

Fácilmente se comprenderá el dolor y la cólera que sintió Madame de Valburg al verse privada de los servicios á que estaba habituada; sin embargo, el pensamiento de que sus hijos no habían sido atacados por el cólera, le dió valor. Los niños entraron dando brincos en el salón, felices de que su madre los hubiera llamado; pronto disiparon con sus caricias las sombras de tristeza que cubrían la frente de Madame de Valburg. Esta, sin embargo, había notado que el mayor de sus hijos había sido el último en llegar, lo que no tenía por costumbre, pues siempre llegaba el primero. Madame de Valburg estrechó á sus hijos entre sus brazos con un arrebato de amor que no había

conocido hasta entonces; y no fué sino más tarde cuando fijó su atención en el mayor de los niños, advirtiéndole que una palidez repentina se había extendido por el rostro de éste. Un horrible presentimiento la hizo estremecer.

—¿Estás enfermo, mi querido hijo?—le preguntó.

—No, mamá,—respondió el niño;—pero mis oídos parece que silban..... veo muchas luces delante de mí..... Ah!..... ¡estoy sufriendo mucho!.....

Madame de Valburg se levantó, y corriendo como loca, llamó al criado, que acudió inmediatamente.

—Pedro,—le dijo,—Enrique tiene el cólera..... Pronto, id á buscar un médico..... Enviad aquí todos los que encontréis; sobre todo, no olvidéis á M. Schippers. Buscadme también una mujer..... ¡Oh, Pedro!..... os lo ruego, corred cuanto podáis, que no os dejaré sin recompensa.

El criado desapareció, y Madame de Valburg volvió al lado de su hijo. Mas ¡qué dolorosa exclamación se escapó de su pecho, semejante á un grito de muerte! El mayor de sus hijos estaba tendido en el suelo: sus miembros se retorcan y crujían como si fueran á romperse; sus pies se agitaban convulsivamente, y sus ojos, profundamente hundidos, le daban el aspecto de un cadáver viviente.

Quien hubiera visto á aquella madre arrojarse sobre su hijo y bañar con sus lágrimas el semblante desfigurado del pobre niño; quien la hubiera visto oprimir con sus labios aquellos labios amoratados, y esforzarse por transmitir una parte de su alma en aquel cuerpecito que sufría; quien la hubiera visto levantarse loca de desesperación y correr, con su hijo enfermo en los brazos, al rededor del salón, como queriendo escapar de la persecución de la muerte; y si hubiera oído los gritos lúgubres y salvajes que resonaban en aquella habitación, hubiera dado seguramente la mitad de su vida por salvar á

aquella mujer de sus angustias mortales. Pero no siempre el amor de una madre es un fuerte escudo contra los golpes de la muerte. El niño quedó helado en los maternales brazos que lo estrechaban con pasión; sus mejillas se hundieron profundamente; sus deditos se arrugaron como si hubieran sufrido una quemadura violenta, y sus ojos se empañaron. Sin embargo, no había perdido el aliento ni la inteligencia, porque en medio de sus sufrimientos respondía con caricias al amor de su madre, y exclamaba con una voz vibrante como el cristal:

—¡Agua!..... ¡agua!..... ¡tengo sed!

La desconsolada madre corrió á la cocina con su hijo en los brazos y le dió el primer líquido que encontró á la mano; después volvió al salón, en donde la esperaba un dolor más terrible. En su extravío no había oído los gritos lastimeros de sus hijos: no bien los había rechazado, cuando habían corrido de nuevo hacia ella y se habían agarrado á sus vestidos. A Madame de Valburg le parecía que un espectro la perseguía y quería apoderarse de su hijo, y el contacto sólo de sus otros niños la causaba un calosfrío de terror. Sintiendo ya agotadas las fuerzas, se dejó caer sobre la alfombra con su preciosa carga, y ambos quedaron allí, no sin conocimiento, pero sí sin movimiento alguno. Una de las niñas se aproximó entonces á su madre, y dijo con una voz que era más bien un gemido:

—¡Oh, mamá!..... los oídos me zumban..... ¡yo también estoy mal!.....

Madame de Valburg fijó sobre su hija una dolorosa mirada, pasó los brazos al rededor del cuerpo de la niña, la atrajo sobre su pecho, y quedó anonadada entre sus dos hijos enfermos. Los otros se agruparon estrechando á su madre, vertiendo lágrimas y lanzando lastimeros sollozos.

En ese momento apareció á la puerta del salón un hombre vestido de negro: su aparición pareció la llegada de un mensajero de la muer-

te. A la vista de aquella lúgubre escena, el recién llegado inclinó la cabeza, y enjugando dos lágrimas que asomaron á sus ojos,

—¡Desventurados!—murmuró suspirando.

Al oír esta voz Madame de Valburg pareció despertarse; se levantó, y corriendo hacia el médico, cayó de rodillas delante de él, tendió sus manos suplicantes, y exclamó vertiendo un torrente de lágrimas:

—¡Oh, M. Schippers, apiadaos de mí!..... ¡Por el amor de Dios, salvadles de la muerte!..... Mirad, me arrastro á vuestras rodillas, beso el polvo de vuestros pies como una esclava..... Oh! decidme: ¿es verdad que salvaréis á mis hijos?

El médico se apresuró á levantarla, y rodeando con sus brazos el cuello de Madame de Valburg, lleno de emoción, y como para probarle su cariño, permaneció así un momento: una viva compasión lo agitaba y lo ponía también fuera de sí. Fijó sus ojos en los de la viuda, sin poder hablar ni una sola palabra; pero recobrando su valor, se aproximó á los dos niños enfermos.

—¡Pobre madre!—dijo:—me hacéis llorar cuando tengo necesidad de toda mi sangre fría. Tranquilizaos, el mal no es quizás tan grave como os lo imagináis; esta enfermedad es peligrosa, pero no siempre mortal; y por terrible que sea el estado de vuestros dos niños, me quedan todavía algunas esperanzas.

En este momento el criado entró en el salón en compañía de otro médico. M. Schippers dijo al primero:

—Pedro, conducid á vuestra señora y sus cuatro hijos que están buenos, á otra pieza, lo mas lejos posible de esta..... Señora, esta medida es necesaria..... Id, y no os abandonéis demasiado á vuestros dolores, porque esto podría ejercer una mala influencia sobre vuestros hijos.

Cuando el criado quiso ejecutar la orden del médico y dijo á Madame de Valburg que es-

taba pronto á acompañarla, corrió ésta hacia sus hijos enfermos, los abrazó gimiendo, y exclamó con una voz desgarradora:

—¡Eugenio!..... ¡Virginia!..... ¡adiós para siempre!..... ¡Dios mío, ya no los veré más!...

Vaciló entonces, y hubiera caído, si no la hubiera recibido el criado en sus brazos, llevándola en seguida á otra habitación. Ya en ésta, se dejó caer como inanimada sobre un sillón, inclinó la cabeza sobre su pecho, y no volvió á hacer ningún movimiento, sino para asegurarse algunas veces con la mano, de que sus hijos estaban siempre á su lado. El criado la había dejado para ir á ayudar á los médicos; pero éstos le volvieron á enviar al lado de Madame de Valburg. Se aproximó entonces dulcemente á su señora y separó de ella á la mayor de las niñas, que ya tenía las señales de la enfermedad: se retiró andando sobre las puntas de los pies como un ladrón, esforzándose en no llamar la atención de la madre; pero esto fué en vano. Abrió ella los ojos, lanzó un grito desgarrador, y levantándose violentamente, alcanzó al criado y arrancó de los brazos de éste á la niña.

—¡Clotilde!—exclamó mirando con ojos extraviados á su hija:—Clotilde, mi adorada hija..... tú también quieres abandonarme!..... Oh! yo te libraré de la muerte!.....

Mas sintiendo los movimientos convulsivos de la niña, y viendo que sus ojos se hundían.

—¡Clotilde!—murmuró con el más profundo abatimiento:—¡mira aún otra vez á tu madre, mi pobre hija!..... ah! ¡tú también me dejas, tú en quien yo me he visto retratada!..... ¡Ay de mí! ¡así lo quiere Dios!..... Tomad, Pedro: aquí tenéis mi más querido tesoro!.....

Y volvió al sillón, cayendo en él pesadamente, y prorrumpiendo en amargos sollozos. Después de haber permanecido inmóvil un instante, anonadada, con la mirada fija, pareció volver á la vida, y un transporte interior agitó visiblemente su alma. Repentinamente se levanta-

tó, y fué á caer de rodillas, elevando las manos al cielo. La ardiente oración que murmuraron sus labios fué apenas perceptible: las palabras perdón, gracia, vanidad, pecado, se oían mezcladas con sus gemidos. En esos momentos se parecía á la Magdalena arrepentida, y vertía lágrimas de sangre sobre los errores de su vida pasada. Esta oración, esta confesión directamente dirigida á Dios, duró muy largo rato. Al fin se levantó, sufriendo todavía, pero algo más tranquila, y llamó en alta voz al criado, que acudió al instante.

—Pedro,—le dijo,—¿cómo están Eugenia, Virginia y Clotilde? .... Hablad, amigo mío, no me ocultéis la verdad.

Por única respuesta el criado derramó un torrente de lágrimas.

—¡Basta!—exclamó Madame de Valburg con voz sorda:—comprendo vuestro dolor..... ¡Dios lo quiere!..... Hace un instante que al fin he podido someterme á su voluntad soberana. ¡Ojalá pueda yo por este acto de sumisión, merecer su gracia y su misericordia!..... Pero ¡ay! lo presiento, la prueba no ha concluído..... Pedro, amigo mío, os ruego que inmediatamente vayáis con mi administrador: decidle que hoy mismo pague la libranza de M. Soeteveld, que está preso. Tomad también esta bolsa, que contiene algunas piezas de oro: llevadla á Madame Soeteveld, mi cuñada, la que estuvo aquí esta mañana; decidle mi desgracia y mis sufrimientos: ella no rehusará..... la conozco bien.....

El criado tomó la bolsa y desapareció.

Consolada al parecer por la oración, Madame de Valburg se aproximó á los tres niños que le quedaban, y los observó con atención alternativamente. Ningún cambio notó en sus semblantes, y empezó á cubrirlos de besos y caricias con una expresión que hacía traición al extravío á que la había llevado su dolor: se hubiera creído que una loca alegría había disipado repentinamente de su corazón la tristeza. Pero ¡cuán poco debía durar esta alegría! Mientras

que sentada sobre el sillón contemplaba á sus hijos con una voluptuosidad maternal, el terrible cólera había ya escogido allí otra inocente víctima. De repente el pequeño Federico cayó al suelo como una masa de plomo, y con el estertor en su aliento, se agitó en horribles convulsiones; sus pies azotaban el pavimento, y sus miembros se contraían con los más horrosos espasmos. Decir el dolor con que este espectáculo desgarró el corazón de la madre, sería cosa imposible; y difícilmente podrá comprenderse que una mujer pueda soportar estas incesantes torturas, si no se supiera que hay sacudidas y agitaciones que cuando son repetidas, acaban por agotar la sensibilidad nerviosa. Durante algunos instantes Madame de Valburg contempló á su hijo que se arrastraba por el suelo y se carcomía las puntas de los dedos. Inmóvil y como petrificada permaneció aquella angustiada madre. Repentinamente se precipitó sobre su hijo, y apoderándose de él, corrió al salón donde se encontraban los médicos. Al llegar allí, dejó escapar un doloroso grito, y sin soltar á su hijo, cayó sin sentido sobre la alfombra. ¡Pobre madre! Con una rápida mirada había visto los cadáveres de su Eugenio, de su Virginia, de su Clotilde.

Cuando, largo rato después, recobró el sentido, se encontró en el salón y sobre el mismo sillón en que antes había estado. Una joven tenía asida una de sus manos y con tierna solícitud se esforzaba en volverla á la vida. Madame de Valburg miró con ojos extraviados por toda la habitación, y trató de reunir sus recuerdos; al ver á su lado los dos hijos que le quedaban, dijo á la joven con una energía que fué creciendo por grados.

—Carolina, yo he sido culpable con vos; sí, culpable de crueldad y de injusticia. Vuestras palabras han sido una predicción; ya lo veis: soy desgraciada, estoy abandonada. El Señor me ha visitado, y me ha herido en todo lo que me es más querido. Espero, sin embargo, que

no me dejará sola sobre la tierra: tal vez, en su bondad, me conceda la vida de uno de mis hijos; pero para esto tengo necesidad de vuestro perdón..... ¡Oh, hermana mía! la venda que me cegaba ha caído..... Decid, ¿me perdonáis el mal que os he hecho?

La joven, que lloraba enternecida, respondió con una voz sollozante:

—¡Oh, señora..... mucho he pedido á Dios por vos y por vuestros hijos; mucho tiempo hace que os he perdonado: comprendo vuestro dolor, vuestras angustias, porque yo también soy madre y amo á los hijos de mi hermano como á los míos..... No, no quiero abandonaros antes de que hayamos salvado á aquellos que puedan ser salvados aún; ambas lloraremos y rezaremos unidas, y acaso el Todopoderoso hará descender sobre nosotros su misericordia. Sí, lo presiento, aún tendréis la felicidad de volver á ver la sonrisa de aquellos por quienes tembláis.

—¡Oh, Carolinal! ¿podiera yo deciros por segunda vez la verdad!..... ¿No veis cómo mi Regina está ya pálida?..... Mas escuchadme sin interrumpirme: Yo no he obrado lealmente con vos, Carolina; es verdad, os he arrebatado la herencia de vuestro tío; he sido una mujer cruel, vana, orgullosa..... ¡el orgullo me había cegado!..... pero la desgracia ha desvanecido con un irresistible poder las tinieblas en que yo estaba sumergida; no soy más que lo que he sido, y hoy sería una felicidad para mí si quisierais darme sinceramente el nombre de hermana. Ahora comprendo también el poder de Dios y los consuelos de la oración; pero no basta todo esto á mi reconciliación con el que me ha castigado..... No puedo volveros los bienes de que os he despojado, porque mis hijos los han recibido por herencia; pero yo les haré conocer que no son los legítimos dueños, y les haré considerar la restitución de esta fortuna como una religiosa obligación. En cuan-

to á mí, desde hoy os declaro que la mitad de mis rentas os pertenece.....

—Oh! ...¡yo no la quiero!—exclamó la joven.

—Os juro delante de Dios,—replicó Madame de Valburg,—que no tocaré más la parte de que me he apropiado injustamente; y os ruego, Carolina, hermana mía, que no rehuséis..... ¿Queréis con vuestra negativa dar más creces á mi dolor?..... Oh! si no imploro de rodillas vuestro consentimiento, es que no tengo fuerzas para hacerlo..... Hablad, Carolina, hablad..... ¿No me respondéis?..... ¡Cuánto cuesta á vuestro generoso corazón aceptar mi ofrecimiento!..... Y bien, no me digáis nada, dadme solamente un beso de perdón y reconciliación, y que Dios sea testigo de que así lo quiero y del consuelo que vais á derramar en mi alma!.....

Las dos mujeres se abrazaron estrechamente, y permanecieron así por muy largo rato.

Esta escena tenía algo de sublime: parecía que el cielo había descendido á la tierra.....

\*

Algunos días después, dos mujeres atravesaban con paso lento por una de las principales calles. Una de ellas estaba extremadamente pálida y vestida de luto; la otra parecía más joven y menos aflijida. Un niño iba entre ellas, dándoles la mano: entraron á la catedral y se dirigieron á la capilla de la Santa Cruz, situada detrás del altar mayor. La mujer pálida hizo arrodillar al niño ante el altar, al pie del Crucifijo; juntó sus manecitas, y le dijo con voz llena de tristeza:

—Ruega á Dios, Gustavo, ruega por las almas de tus hermanos, y dale gracias porque te ha conservado al lado de tu madre.....

El niño obedeció religiosamente, inclinó la cabeza con piadosa actitud, y dijo con una voz dulce y conmovedora:

—Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre.....!



## Ciencia y Fe.

(De H. Conscience.)

Vagaba absorto en mis propios pensamientos, por los entristecidos campos.

El invierno con su aliento glacial había arrebatado á la naturaleza su vestidura de esmeralda; los árboles estaban desnudos, silencioso el follaje, y todo despertaba en mi corazón pensamientos sombríos.

Buscaba el enigma de esta agonía de la naturaleza, y sentía agitarse lentamente mi pecho al peso de las frías reflexiones que me asaltaban.

Sentía en todo mi sér aquel letargo en que la naturaleza yacía, como si la meditación hubiera entorpecido la fuerza vital en mi cuerpo.

El enigma de la vida se levantaba ante mis ojos.....

Un anciano de encorvadas espaldas estaba sentado á orillas del camino, sobre el tronco de un árbol que la tempestad había destrozado. El viento agitaba sobre su frente los rizos de su cabellera blanca como la nieve; dos transparentes lágrimas corrían por las profundas arrugas que surcaban sus mejillas, y el triste sol de invierno quemaba con sus oblicuos rayos la

frente brillante y espaciosa del anciano. Llevó éste á sus pupilas una mano flaca y huesosa, y después de enjugar las lágrimas que escaldaban sus mejillas, con un dedo, húmedo aún, señaló el triste espectáculo de la naturaleza, y murmuró:

—También mi corazón está desnudo como los campos, sombrío como la atmósfera, despojado como los árboles y frío como el hielo que encadena al silencioso arroyuelo..... Ah! yo he penetrado á lo más íntimo de mi alma, y he pedido cuenta de sus más secretas emociones al espíritu que me anima..... Y he buscado el enigma de todo lo que me rodea, el principio incomprendible del que todo se deriva, y esta investigación ha sido una blasfemia..... y sobrevino un castigo que fué pesado para soportarlo.....

Cada vez que el espíritu respondía á mis preguntas, se escapaba una parte de mis alegrías; y á cada enigma resuelto, la fe que consuela y la esperanza que sostiene parecían extinguirse en mi pecho..... Todo se trocó ante mis ojos en impostura y mentira, todo, hasta las obras maravillosas del Creador!..... Las hermosas ilusiones de la temprana juventud huyeron presto de mí; hondos pesares apagaron la luz de mis pupilas; profundas arrugas surcaron mi frente; y sólo quedaron conmigo fríos y abrumadores pensamientos..... Tocaba al invierno de la vida, sin haber visto las frescas sombras del estío ni los dulces frutos del otoño.....

La piedad descendió á mi corazón, y lleno de compasión exclamé:

—¡Oh, padre mío!..... Si las tempestades de la ancianidad pesan en vuestra vida, si vuestra frente se inclina hacia la tierra, ¿no podéis consolar y fortalecer vuestro corazón con el recuerdo de tiempos mejores? ¿Acaso la esperanza de una vida futura y bienaventurada, es inútil para reanimaros y sosteneros, pues que llorando os acercáis á la tumba?

—Hijo mío,—replicó el anciano con una amarga sonrisa:—tú no sabes lo que es la vida del hombre..... En otro tiempo yo fuí joven y fuerte, como tú lo eres ahora; las rosas florecían en mis mejillas, y toda la naturaleza me sonreía; mis ojos contemplaban con éxtasis la magia de los colores, la seducción de todas las transformaciones, y yo admiraba entonces las obras del Creador, porque creía..... y sabía orar, sabía tener gratitud..... Pero los días de la infancia pasaron, así como el resplandor fugitivo que en una calurosa tarde de estío se eleva alegremente, toma mil formas, y desaparece para no volver..... Creía entonces que la vida podría brindarme tanta alegría, que me hiciera olvidar los dolores; y sencillo y crédulo penetré lleno de gozo en la gran sociedad humana..... Mi mano oprimía cordialmente las manos de todos, creyendo que el afecto existía en las almas de los hombres: creía esto, porque las considerables riquezas que yo había recibido por herencia, habían cubierto mis ojos con una espesa venda..... Un día la miseria vino á estrecharme con sus descarnados brazos, y acudí á mis amigos lleno de confianza..... Entonces vi cuán poco amor hay en el corazón humano: porque todos me abandonaron y se burlaron de mi desesperación, llevándose cada uno de ellos una parte de lo que yo poseía..... Sólo uno permaneció á mi lado. En el infortunio y las penas que me agobiaban, él secaba las amargas lágrimas que bañaban mis mejillas; bebía conmigo del cáliz de la amargura; participaba de todos mis dolores, y la gratitud hacia latir mi pecho con las mismas impresiones que el suyo!..... Pero la muerte, la envidiosa muerte, descargó sobre él su terrible golpe. La tumba recibió su cuerpo inanimado, y la tierra fría cubrió al único hombre que yo amaba en el mundo..... ¡y esto fué para siempre!..... Entonces busqué la felicidad en el amor. Pobre, vivía yo tranquilamente con el trabajo de mis manos, y muchas veces sentí el amargo su-



dor correr por mi frente abrasada. ¡Y llegué á olvidarme de Dios!..... Mas vino al mundo un terrible azote; la guadaña de la muerte se paseó sobre la tierra, y todos los seres queridos en los que estaban cifradas la paz y la felicidad de mi vida, todos fueron heridos!..... todos me fueron arrebatados!..... Mi esposa, mis hijos, uno tras otro vinieron á espirar sobre mi pecho..... Sí, yo los vi, aquí, sobre mis rodillas, morir en medio de indecibles torturas!..... Cuando los ojos de mi primer hijo perdieron su brillo, y su alma había llegado ya dos veces hasta sus labios, rogué al Señor que le concediera la vida; pero el Señor no escuchó mis ruegos!..... Una horrible convulsión contrajo los miembros de aquel niño, y de su cuerpo consumido se desprendió rápidamente el espíritu que lo animaba..... Desesperado, tendido en medio de sus cadáveres helados, les llamaba por sus nombres en mi extravío: pero los muertos no me oían!..... Entonces aspiré con verdadera ansiedad el aire infestado que los rodeaba..... ¡Cuán dulce me hubiera sido dormir el sueño eterno que ellos dormían!..... Mas no pude morir: el cáliz no estaba vacío aún hasta las heces!..... Todo lo que yo amaba descendió con ellos á la tumba. Una infranqueable barrera separó de sus hijos al padre, y yo quedé solo en el mundo. Entonces volví al pasado la mirada y calculé la suma de mis penas y de mis placeres, y encontré que los instantes de verdadera alegría comparados con las horas de mi tristeza, son como uno es á mil..... Lleno de cólera y con la blasfemia en los labios, me levanté, y á Dios increpé así: —¿Es, pues, que has creado al hombre únicamente para el sufrimiento y para las lágrimas?..... ¿Por qué no has dejado dormir al polvo inanimado en la paz y el reposo de la naturaleza?..... —¡Y el Señor castigó mi blasfemia!..... Mi corazón se tornó frío, la fe me abandonó enteramente, y ya más no supe llorar ni quejarme: desde entonces una fatal in-

sensibilidad tuvo siempre su copa de hiel junto á mis labios, y los días de mi vida se tornaron sombríos y se llenaron de nubes para siempre!.....

El anciano se levantó y se alejó con lentitud. Su pesada frente se inclinaba como bajo un terrible peso, y marchaba penosamente, agobiado con sus tristes recuerdos. Su terrible predicción trajo á mi alma una preocupación sombría. Me parecía ver ya en el porvenir los lúgubres espectros de la desgracia y de la desolación avanzar delante de mí. Sin embargo, yo tenía confianza en Dios. Elevé á los cielos la mirada suplicante, y un rayo de consuelo y de misericordia disipó las tristes reflexiones que me asaltaban. Me dirigí al templo del Señor, porque mi alma tenía necesidad de ser consolada..... Mis pasos vagaban al acaso por los caprichosos senderos del cementerio, y me senté sobre un banco casi destruido, ante un sepulcro abierto. Vi allí los restos amenazantes de los muertos, y fijé con ansiedad la mirada en los ojos profundos de los cráneos silenciosos. Repentinamente me estremecí, y un frío glacial corrió por todo mi cuerpo: una mano flaca y huesosa tocaba la mía..... El anciano estaba de pie á mi lado.

—Hijo mío,—dijo mostrándome un cráneo blanco y desnudo:—¿ves esa cabeza?..... ¡fué la de mi padre!

Y un torrente de lágrimas y de amargos sollozos ahogaron su voz; y el cráneo pareció reír con ironía de su tristeza. Después, mostrándome un cráneo más pequeño, exclamó.

—¿Ves esta cabeza?..... ¡fué la de mi primer hijo! Joven era como tú, y, sin embargo, murió!..... Esta otra es la cabeza de mi esposa tan bella, tan dulce!..... Aquella, es la de mi amigo!..... Aquí, en estos cráneos mudos, duerme para siempre mi esperanza, mi paz, mi felicidad..... Mira: las contracciones del dolor persisten allí, cual si fueran en pos de la vida. Allí, entre todos esos restos

humanos, hay un lugar para tí también, hijo mío; y cuando ya descansas en él, tus ojos no serán sino cavidades como aquéllas, y el agua del cielo emblanquecerá tu cráneo y lo convertirá en barro!.....

Mientras que con el alma llena de angustia quería arrojar lejos de mí, como si fueran una horrible pesadilla, las palabras del anciano, éste esperaba mi respuesta.

Una mujer de pálido semblante, apareció deslizándose dulcemente ante nosotros. A través de sus lágrimas se veía una sonrisa tan dulce y seductora como la misma esperanza. Sus dedos delicados sostenían coronas de flores, y toda ella estaba envuelta en una gasa fúnebre. Se arrodilló ante un sepulcro recientemente abierto y derramó las flores sobre la tierra. El anciano me mostró de nuevo los cráneos, y me dijo:

—Hijo mío, ¿comprendes ya lo que es la vida? ¿Comprendes al fin que todo el enigma se encierra en esta palabra: NADA?

—No lo creas, hijo mío, no lo creas!—exclamó la mujer llorando.

Y levantando los ojos al cielo, dijo como una profetisa iluminada por el espíritu de Dios:

—Allí está en verdad la solución de todos los enigmas de la vida y de la muerte, de la felicidad y del infortunio..... A mí también me han sido arrebatados un esposo y un hijo; la tierra fría cubre también sus cadáveres; y sin embargo, he encontrado consuelo en esta eterna palabra del enigma: Dios!.....

En este momento se desvaneció el sueño de desesperación que me abrumaba.

Besé con reconocimiento la mano de la mujer que acababa de consolarme y de iluminarme, y mi corazón se sublevó contra el desolado anciano, al que pregunté atrevidamente su nombre, y me respondió:

—*Yo soy la Ciencia!.....*

E hice la misma pregunta á la mujer, y me respondió:

—*Yo soy la Fel!.....*

Y me cubrió con su manto.....

Y desde entonces ningún pensamiento desesperado ha venido á perseguirme bajo esta égida sagrada.....

Y desde entonces van siempre conmigo la tranquilidad, la paz y la felicidad.

Tradujo

F. E. ALATORRE.

UNIVERSIDAD

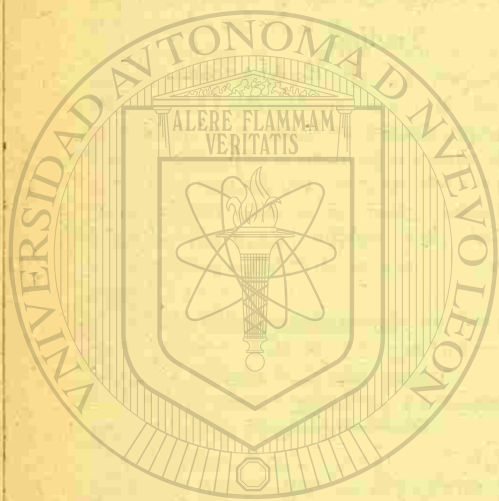
UANL

UN

NOMA DE NUEVO LEÓN

®

GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

## HARETH-BEN-HILIZA.

Si es cierto lo que se refiere de este poeta árabe, jamás poeta en el mundo tuvo tal facilidad de improvisación, y son juegos de niños los esfuerzos de los improvisadores modernos.

Hallábanse un día en presencia de Amron, rey de Hira, los jefes principales de dos tribus enemigas, una de las cuales, á consecuencia de ciertos daños fortuitos, reclamaba de la otra una fuerte indemnización. Ambas partes habían nombrado sus respectivos defensores, y uno de ellos, el de la parte demandada, llenó de injurias groseras á su contrario; irritóse el rey, más amigo de la tribu que pedía, y ya iba á fallar el litigio en favor suyo, y á ordenar el degüello del abogado insultador, cuando Hareth, perteneciente á la tribu reclamante, apoyó se en su arco, y empezó á improvisar un poema. Agitado del numen que le inspiraba, lleno de aquel furor sagrado que agitaba á las antiguas sacerdotisas, ni siquiera sintió que la punta de su arco habíase ido clavando en su mano, hasta atravesársela de parte á parte: absorto en la improvisación de su poema, recuerda en él las grandes victorias de su tribu y las derrotas de la contraria, enumera los servicios prestados por su tribu á los reyes de Hira, y acaba pidiendo al rey que haga justicia de las pretensiones de sus adversarios.

Hareth era leproso, y el rey le había hecho colocar á distancia suya y cubierto con su velo; pero á medida que hablaba, hizo que le acercasen á él hasta sentarle á su lado.

No hay que decir si sentenciaría el pleito á favor de la tribu del poeta.

Titúlase el poema *La Moallaka*, y está traducido al inglés.

F. E. A.

H. CONSCIENCE.

# LA HUERFANA.

(Traducción de F. E. Alatorre).



BIBLIOTECA DE "EL REGIONAL".

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

GUADALAJARA.

Tip. de "El Regional" Alhóndiga y D. Juan Manuel.

1908.

A la Señora  
Felisa Covarrubias  
Festimonio de recuerdo de verdadero  
de invariable afecto  
El Traductor

Madrid - 1909



# La Huérfana.

## I

Un día de primavera de 1589, en el momento en que las huérfanas salían de su asilo, situado en la calle del Hospital, para ir á pasear conducidas por su Directora, muchas de ellas, levantando la cabeza y fijando sus ojos en la ventana de una casa vecina, mutuamente se mostraron una dama ricamente vestida que, á su vez, las miraba á través de la vidriera.

—Toma! —dijo una, —allí está la rica señora que ha venido á vivir en la casa contigua á nuestro Asilo.

—Yo sé cómo se llama, —dijo otra:—es la condesa de Almata, que ha llegado de España.

—¿Y por quién lo has sabido? —preguntó una tercera.

—Lo he oído á la Madre decírselo á Sor Mónica. Por otra parte, la señora no es española; miradla bien: tiene los ojos azules y los cabellos rubios; es una señorita de Ambéres, casada con un rico español.

—Vamos; ya tenemos á Teresa inventando otra vez historias, —dijo sonriendo con ironía una de las jóvenes.

—Preguntadlo á Houten Clara, que también lo sabe... Eh!... pst!... Houten Clara!... Houten Clara!.....

Al oír este nombre la Madre Directora volvió

la cabeza y advirtió que algunas de las huérfanas miraban hacia las ventanas de la casa vecina, precisamente en el momento en que trataba de hacer guardar el orden á otras de las jóvenes. Con una mirada severa hizo que cesara el desorden de aquéllas; tomó luego de la mano con particular afecto á una de las niñas, y poniéndose en marcha con su protegida, dió la señal de partida.

—¡Siempre Houten Clara!—murmuró Teresa.—Se diría que es de azúcar..... ¡con tal que no vaya á deshacerse la pobrecilla!..... Eh! Ana!..... mírala qué orgullosa y qué tiesa va de la mano de la Directora..... ¡y qué bien ha sabido hacerse querer, la adúlona!

—¡Callaos!—exclamó otra de las jóvenes.—Houten Clara sabe ahora un cántico nuevo muy bonito, que nos cantará á la siesta, acompañándose del clavicordio..... Daría dos dedos de mi mano izquierda, por tocar ese instrumento como ella lo toca.....

—Sí, sí, todo eso es bueno para dicho..... Pero, ¿por qué es ella la niña consentida?..... Y además, ¿por qué es tan soberbia?.....

—¿Soberbia, dices? .... Pero, Teresa, ¡si es la dulzura y la bondad misma!.....

En tanto que las huérfanas seguían lentamente por la calle del Hospital, la dama de que hemos hablado permanecía en la ventana, dirigiendo hacia la calle una mirada vaga y soñadora. Todo en ella revelaba una profunda tristeza, tanto la palidez trasparente de sus mejillas y la mirada incierta de sus ojos azules, como la tentitud dolorosa y casi enfermiza de sus movimientos. Esta mujer, que parecía haber pasado ya de los treinta años, era, á pesar de su edad, de una sorprendente hermosura.

Hacia cerca de un cuarto de hora que estaba sentada, inmóvil, junto á la ventana, cuando una puerta se abrió suavemente, y un hombre asomó la cabeza como para observar lo que pa-

saba en la habitación. Como la dama no se movió, el hombre entró allí sin hacer ruido, pero sin tratar de ocultar su presencia. Fué hacia la dama, y, por encima de su hombro, miró con curiosidad á través de los cristales. Satisfecho de no haber notado nada en la calle, se sentó en un sillón á pocos pasos de la dama.

—¿Aun estáis triste, Catalina? ¿Me engañáis, pues, al repetirme sin cesar que el aire de los Países Bajos os es saludable? Hace ya quince días que estamos en vuestra ciudad natal, y lejos de que esta residencia os cause alegría, la dulce sonrisa que animaba vuestro semblante, tan consoladora para mí, ha desaparecido. Siento vivamente haber prestado oídos con tanta facilidad á vuestras súplicas; porque sin duda alguna el ardiente sol de España es más favorable á la salud y más grato de contemplar, que esta fría y brumosa atmósfera que pesa aquí como una capa de plomo. En verdad, Catalina, era necesario que mi amor para vos fuera muy grande, para decidirme á emprender un viaje tan peligroso y volver á un país donde he visto perecer tantos parientes y amigos; pero yo esperaba que recompensarais este sacrificio tatando de volver á la vida, por decirlo así, y de recobrar vuestra alegría. Mas ¡ay! parecéis ahora más insensible que nunca, y exceptuando las visitas que hemos hecho á los miembros de vuestra familia, aun no habeis consentido en dejar esta habitación.

Estas palabras fueron dirigidas á la noble dama con un tono extraño é interrogativo. Bajó ella los ojos y permaneció callada, como si la confusión la hubiera quitado la palabra.

Su marido repuso con una calma afectada:

—Sí, señora: aun no habeis querido salir de esta casa. Ayer mismo por la tarde, mientras que yo fuí á pagar una visita, no quisísteis salir con vuestra dueña..... sino sola, ¿no es verdad?

—¡Calixto!—dijo la noble dama suspiran-

do:—¿Por qué espiáis mis menores pasos?.....  
¿Me preguntáis por qué no renazco á la vida bajo el cielo de los Países Bajos?..... He venido aquí á buscar la libertad, y ¡ay de mí! aquí me ha seguido la esclavitud. No es el aire de este país, no es el sol de Flandes el que puede aliviarme: la libertad es lo que me falta; y si persistís cruelmente en rebusármela; si continuáis, como en España, vigilando á vuestra esposa y rodeándola de espías, no esperéis, señor, que mi estado se mejore. Inútil sería buscar un cielo más benigno: yo languideceré en todas partes donde sea oprimida y esclava...

Mientras que la noble dama respondía en estos términos con un despecho mal contenido, el conde de Almata la miraba fijamente y una sonrisa de duda plegaba sus labios.

—¿La señora,—dijo él,— podrá complacer á su marido diciéndole á dónde fué ayer, al caer de la tarde?.....

—Al mercado, Calixto.

—¿Puedo saber también, Catalina, lo que habéis ido á hacer allí, en ese Establecimiento de tan mezquina apariencia?

—¡Oh, Dios mío! Calixto, con qué tono me interrogáis!

—Muy sencillo sería, Catalina, decirme desde luego lo que deseo saber.

—Y bien, salí para respirar libremente el aire de la tarde; libremente, ¿lo entendéis, Calixto? Al pasar por el mercado, me acordé que una antigua criada de mi padre vivía allí, y he querido ir á verla: ella era quien me llevaba á la escuela cuando yo estaba pequeña. Pero ocho años hace que dejamos los Países Bajos; la antigua criada ha cambiado de domicilio, y hace largo tiempo que ha desaparecido: nadie sabe lo que ha venido á ser de ella. ¿Qué hay, pues, de vituperable en una acción tan sencilla?.....

—Tanto mejor, Catalina. Yo mismo os ayudaré en vuestras investigaciones, si lo queréis. ¿Cómo se llama esa antigua criada?

Un vivo rubor encendió la frente de la condesa, y después de un instante de reflexión, pudo contestar con mal seguro tono de voz:

—Se llama..... Ana la Negra.....

—Ah!—esclamó el conde con incredulidad:—¿se llama Ana la Negra?..... Y como hace tanto tiempo que la habéis conocido, habéis olvidado su apellido, ¿no es verdad?.....

—Calixto,—prorrumpió la noble dama con voz llena de dolor y de indignación:—os prohibo que me habléis así. Si es cierto que vuestro natural celo os inspira desconfianza acerca de vuestra esposa, no os está permitido, señor de Almata, humillar en la persona de su hija la sangre de vuestro antiguo compañero de armas; respetad en mí la noble raza de los Ghyseghem, á quienes sois deudor de la vida.

—Vuestro padre, Juan de Ghyseghem, mi hermano de armas y mi salvador, os confió á mi cuidado. Ya veis que no lo he olvidado, señora. Yo he cumplido fielmente con los sagrados deberes de esposo, y, á pesar de lo que dijéreis, Catalina, quiero descubrir, y descubriré, lo que habéis venido á buscar aquí, y que yo no debo saber, á lo que parece. Confieso con gusto que mi manera de obrar debe pesaros, si no merecéis ningún vituperio; y os declaro con más gusto aún, que os tengo por una mujer honrada y fiel: pero no es menos cierto que yo debo velar sobre vos; el corazón algunas veces se extravía, y quizás allí, en el fondo del impenetrable misterio con que os rodeáis, hay un peligro inminente. Ved que os hablo, á lo menos, con franqueza, porque tengo el derecho por mi parte. Vos, Catalina, no podéis decir otro tanto, porque quien disimula y se oculta, algunas razones debe tener para obrar así.

La condesa pareció arrepentirse de haberse mostrado tan exaltada, y toda su irritación se desvaneció al oír las últimas palabras del conde; aproximándose entonces á él, con el rostro sonriente y las lágrimas en los ojos, le tomó

tiernamente una mano, y le dijo con una voz suplicante:

— Buen Calixto, perdóname; quizás no tengo razón al hablar así. Pero, ¿por qué mostrarme tal desconfianza? ¿Por qué, aun por la cosa más insignificante, hacerme sufrir un interrogatorio, como á un acusado delante de su juez?... ¿Quieres que yo esté alegre y contenta? ¿quieres encontrar en mí una compañera amante y dichosa? Pues bien, deja ya de sospechar de mí, deja ya de espiarme; concédeme la libertad de que gozan las demás mujeres de este país, y verás con qué reconocimiento y ternura te amaré, no solamente como á un esposo querido, sino como á mi bienhechor, como al salvador de mi vida!

— No sé cómo has podido figurarte, Catalina, que vives esclavizada: yo no te espío, no; pero si tengo sospechas, ¿no eres tú quien las has despertado en mí?..... ¿Por qué sales en secreto sin avisármelo? Domingo mi criado te ha visto ayer hablar á una mujer en el umbral de la casa del Mercado, y ha venido á decírmelo; ¿qué más natural?..... Ah! ¡ojalá que yo pueda arrancar de mi corazón toda desconfianza: yo soy el primero en deseárselo!..... Pero, ya sea por la sangre española que corre por mis venas, ó ya por tu conducta dudosa, Catalina, siempre es que no estoy tranquilo, ni podré estarlo mientras tú misma no me hagas la aclaración de un misterio que niegas, pero que existe. Estoy convencido de que eres incapaz de obrar mal, Catalina; pero soy hombre..... de sangre española..... Sé, pues, generosa, y no lo olvides con tanta frecuencia.

— ¡Calixto!..... ¡Calixto!..... ¡si pudieras leer en mi corazón!..... Más bien que faltar al amor y al reconocimiento que te debo, sufriré cien veces el martirio..... Tus sospechas me oprimen el corazón; ten ya piedad de mí!

— No te aflijas, mi pobre Catalina; demos, pues, por terminada esta conversación, y que todo sea olvidado. Adios, querida mía; den-

tro de una media hora vendré para que vayamos á hacer á la señora de Beza la visita que le hemos prometido.

Después de estas palabras, el conde besó afectuosamente la mano de su mujer, y salió de la habitación.

La condesa cayó entonces agobiada sobre un sillón, y llevó ambas manos á su frente. Grandes sufrimientos experimentaba sin duda, porque un temblor febril la agitaba. Pasado un breve momento perlas húmedas y brillantes corrieron por su manos, y penosos suspiros se escaparon de su pecho.

La infortunada mujer tenía sin duda que luchar contra una inevitable fatalidad, porque violentamente se levantó con valor y resolución, y enjugó vivamente las lágrimas que humedecían sus mejillas. Su rostro tomó una expresión sonriente, en la que se reflejó la esperanza; y aproximándose luego á una de las paredes de la habitación, dió tres golpes repetidos con la mano. Inmediatamente se oyó del otro lado el ruido de una silla movida de un lugar á otro, y en seguida los pasos de una persona que quizás había esperado largo tiempo aquella señal. Poco después una mujer de avanzada edad entró con precaución en la cámara, cerrando tras sí la puerta sin hacer ningún ruido. Era la dueña. La condesa fué rápidamente á encontrarla, la tomó de la mano y la llevó silenciosamente junto á la ventana, y allí, con voz baja y casi imperceptible, resplandeciente su semblante por una dulce esperanza, la dijo:

— Y bien, Inés, mi buena Inés, ¿has descubierto por fin algún indicio? ¿Sabes ya lo que ha sido de Ana Canteels?

— Sí, señora, ya sé donde vive.

— ¡Oh, Dios mío, al fin!..... ¡Qué consuelo para mí!..... ¡Qué feliz soy, mi querida Inés!.....

— Y lo seréis aún más, señora, cuando sepáis todo lo que yo he sabido.



—Qué?... ¿qué dices, Inés?... Ha! la, te lo ru-go.

La dueña puso, sonriendo, un dedo sobre sus labios, y murmuró al oído de su dueña:

—Gracias á Dios, también he sabido donde está *ella*.

Esta palabra *ella*, pronunciada con una voz conmovida y llena de expresión, debía indudablemente tener una significación muy clara para la condesa, porque empezó á temblar, dejando ver en su rostro una sonrisa de enajenamiento, aunque visiblemente se esforzaba en ocultar su emoción.

—Ella?... ella?... —preguntó desfallecida.

—Sí, señora, ella vive, ella está á pocos pasos de aquí.

—¡Ah, cuánto me haces sufrir, Inés! .... Explicáte, pues; no sé cómo creer en una felicidad tan inesperada.

—No lo dudéis, señora; es lo rep'ito: aquella que buscamos, —no la anciana, sino la otra, —no está lejos de aquí.

Una viva emoción se apoderó de la condesa, á esta confirmación positiva de lo que apenas se atrevía á esperar; la palidez y un rojo encendido se sucedían en sus mejillas; sintió que las fuerzas parecían abandonarla, y se apoyó contra el pilar de mármol de la chimenea. Después dijo con una voz débil y casi suplicante:

—¿En dónde .... en dónde está?... Ah! sostenme, mi buena Inés; me parece que voy á desfallecer..... Pero no; ya ha pasado, ya estoy bien..... Dí, habla pronto: ¿en dónde está *ella*?

—Un sólo instante esperad á sentirnos bien, señora..... La alegría que os causa esta noticia, os conmueve demasiado; tal vez no soportaríais lo que aun tengo que deciros.

—Mírame bien, y no seas cruel..... Tiemblo, es verdad, pero la fuerza no me falta. Vamos: ¿qué quieres decir? .... ¿es mi conde-

nación lo que voy á oír de tu boca, y no la felicidad que parece prometerme?

—¡Ah, pobre señora, cómo os engañais!..... Volved en vos, estad tranquila, todo voy á deciros.

La dueña se aproximó á la pared opuesta, y haciendo seña á la condesa como para llamar la atención sobre un ruido casi imperceptible, dijo con acento misterioso:

—Señora, las huérfanas de la casa vecina acaban de volver de su paseo. ¿No oís sus voces resonar en el patio del que esta pared nos separa?

—Sí, Inés, todos los días las oigo..... Pero ¿qué quieres decir?.....

—*Ella* está allí, entre esas huérfanas, y acaso su voz llega en este momento á vuestros oídos.

—¡Oh, Dios mío! .... ¿es posible? —esclamó la condesa elevando imprudentemente la voz.

—Ella está allí..... tan cerca de mí!.....

Y como impelida por un arranque irresistible, corrió á la pared y apoyó su frente, en tanto que una inefable expresión de felicidad y una febril atención se retrataban en su rostro. Así permaneció largo rato, sonriendo y escuchando, hasta que su inmovilidad llegó á calmar la efervescencia de su sangre y la febril agitación de sus nervios. Después de un instante, callaron todas aquellas voces: sin duda las huérfanas habían dejado el patio para entrar á las salas de trabajo.

La condesa, radiante de alegría, volvió al lado de la dueña, y sentándose junto á ella, le dijo conteniendo la voz:

—Cuéntame ya, querida Inés, cómo has podido traerme tanta felicidad..... Dime cómo te ha dirigido Dios en tus investigaciones..... ¿Estás bien segura de que no te has engañado?..... Oh! me moriría si así fuera!.....

—Escuchadme, pues, señora. El tiempo es precioso; porque Domingo me ha dicho, á mi vuelta, que dentro de un momento saldréis con el señor conde.

—Domingo ha dicho la verdad..... Date prisa en hablar.

—Y bien, ya no sabía hoy á dónde ir, ni á quién hablar. Y esto no es admirable, señora, porque hace quince días que estoy buscando inútilmente. Ya iba á volver sin tener ningunas noticias que comunicaros, cuando una mujer ya anciana, que antes de vuestro matrimonio trabajaba con frecuencia en casa del conde de Almata, me detuvo en la calle y me preguntó por vos. Sin duda la conocéis, señora, porque esta mujer trabajaba también en la casa de vuestro padre.

—¿Es acaso Teresa Costerlings?.....

—La misma, señora. De uno en otro asunto, llevé la conversación sobre Ana Canteels, y por Teresa supe, que apenas aquélla había vuelto de su viaje, se casó con un soldado, y que hoy vive en el cuarto de una casa de la calle del Convento. Llena de alegría me dirigí al cuartel español, y allí descubrí, no sin pena, la habitación de Ana Canteels. ¡Oh, señora!... la pobre mujer está, que da lástima verla: anquilada, flaca como un esqueleto, cubierta de andrajos; dudé en creer que era ella la que estaba allí..... Sin embargo, el corazón de la desgraciada debe ser bueno aún, porque desde el momento que le hablé de vos, empezó á llorar amargamente, pidiendo perdón. Supo entonces que durante algunos años, *ella* había sido cuidada y educada por un paisano, á quien se retribuyeron sus trabajos con el dinero que habíais dejado á Ana. Más tarde, ésta trabó relaciones con algunos militares, que la han arrastrado á una mala vida. Casó después con uno, probablemente de los peores, puesto que él, á fuerza de golpes y malos tratamientos, la arrancó todo el dinero que le había sido confiado; sin embargo, Ana no le abandonó aquella suma sino bajo la condición de que la suerte de *ella* quedara asegurada. Muy largo sería contaros la historia del soldado asesinado y de la aldea incendiada, que han inventado para ha-

cer que á *ella* la recibieran en la casa de las huérfanas con la recomendación de las más ricas personas de esta ciudad: bastante os he dicho esta noche..... Así, *ella* se encuentra muy cerca de aquí, en la casa de las huérfanas y se le ha dado entre éstas el sobrenombre de Houten Clara.....

—¡Houten Clara!.....(1) ¡un apodo insultante!..... ¡á ella, Dios mío!..... ¿A caso será allí maltratada?.....

—Oh! no, señora. Se la llama así, porque tiene la costumbre de mantenerse grave y derecha. Parece que cada huérfana recibe de sus compañeras un sobrenombre, y tal vez *Houten Clara* es uno de los menos desfavorables..... Pero dejadme continuar, porque ya oigo ruido allá abajo..... ¡Cómo fatiga hablar tan quedo!..... ¡casi estoy sofocada!..... Cuando Ana Canteels, deshecha en llanto, me hablaba de aquella manera, hé aquí que la puerta se abrió repentinamente, y un horrible soldado de largos bigotes y aspecto feroz, penetró en la habitación, vacilando sobre sus piernas. El miserable me miró con aire desconfiado, y se encendió en cólera al percibir las lágrimas que corrían por las mejillas de su mujer: la arrancó brutalmente de su silla, la arrastró á un rincón del cuarto, y allí, entre juramentos y blasfemias, le preguntó la causa de mi presencia. La pobre Ana resistió un instante; pero obligada por crueles tratamientos, le dijo todo. Furioso entonces el soldado, habló de recompensa y de dinero, hasta que le di todo el que yo llevaba: le he prometido darle algo todas las semanas, y ahora está enteramente calmado.... Ah! escuchad, señora: el conde sube la escalera; felizmente ya estáis dispuesta á salir.

En efecto, el conde entró, sonriendo, y esperó algunos instantes al lado de las vidrieras del

(1) Houten, derivado de hout, palo. Por consiguiente, el nombre de Houten Clara, es lo mismo que decir: Clara de palo, es decir, tiesa, etc., etc.

balcón, que su esposa concluyera de arreglar-se. Notó entonces con una feliz sorpresa, que la luz de una nueva vida radiaba en los ojos de la condesa, y que estos ojos se fijaban en los suyos con una expresión afectuosa. Creyó él ver un sentimiento de gratitud por la manera con que acababa de conducirse con ella, y se regocijó de un cambio tan feliz. Cuando su esposa terminó, le ofreció la mano, y ambos salieron con objeto de hacer la visita á la señora de Beza.

## II.

Al día siguiente la condesa de Almata despertó más temprano que de costumbre. No se había levantado aún la dueña, cuando ya la noble dama había dejado su lecho y comenzaba á vestirse por sí misma para salir. Fácil era conocer en la sonrisa que entreabría sus labios y en la precipitación de su movimientos, que una alegre impaciencia la incitaba á obrar de tal manera.

Cuando la dueña entró al aposento de la condesa, ésta había concluído ya de vestirse. La antigua servidora creyó ver en esto un reproche á su pereza, y con mudo despecho se puso á arreglar la habitación; pero la condesa se volvió hacia ella, y le dijo chanceándose:

—Vamos, Inés, querida mía, no estés enfadada: la alegría me ha arrojado del lecho. Ayer trabajaste tanto en bien mío, que, por recompensa á tu zelo, no he querido despertarte.

Y se aproximó misteriosamente á la dueña, que ya se había consolado, la tomó de la mano, y llevándola á un rincón de la recámara, la dijo conteniendo la voz, pero dejando ver en su semblante la felicidad que la embriagaba:

—¡Inés, al fin voy á verla!..... Ya es necesario que la vea..... ¡Oh, cómo late mi corazón! Me parece que una nueva vida circula por mis venas..... Vamos, ayúdame, que no

sé lo que hago..... ¡estoy tan ansiosa!..... ¡me siento tan feliz!.....

—¿Y el conde de Almata, señora?—dijo la dueña con inquietud.—¿No se encolerizará si dejáis vuestra casa sin su consentimiento y á pesar de su prohibición?

—Lo sabe ya, Inés: él me lo ha permitido.

—¿De veras? ¿Estáis segura, señora, de que os haya sido dado este permiso sin ninguna mala intención?

—Perfectamente segura; créemelo, ayer estuvo conmigo bondadoso; confiado y tierno como nunca: mas no comprendo todavía este cambio tan repentino.

—Yo sí lo comprendo bien, señora. El conde os tiene un extremado cariño..... Ocho años hace que vos languidecéis y no correspondéis á todos sus testimonios de simpatía, mas que con una invencible tristeza. Ayer, cuando os traje la buena nueva, la vida resplandeció en vuestros ojos, vuestras mejillas se cubrieron con el fresco color de la rosa, vuestra voz se hizo dulce y vibrante; sí, señora, estabais bella, con una hermosura irresistible: ¿á quién no habríais seducido? El conde, que os ama, que en el mundo os quiere más que á todo, se ha dejado dominar por tantos encantos..... Y después de esto, señora, ¿no le habéis hablado con más cariño, con más ternura que de ordinario?

—¡Qué bien lees en el fondo de los corazones, querida mía!..... Sí, es cierto: después de quince días de desesperación y de lágrimas, me siento de tal manera dichosa, que todo lo que decía se escapaba de mis labios con una dulce vivacidad, con un acento de penetrante simpatía: el conde se hallaba en el colmo de la felicidad. Así, cuando en medio de nuestras dulces conversaciones le dí á conocer el deseo de visitar la casa de las huérfanas, bajo el pretexto de buscar allí telas y encajes, me abrazó con efusión y me dijo:—«Vé, mi muy amada Catalina; toda desconfianza ha desaparecido;

balcón, que su esposa concluyera de arreglar-se. Notó entonces con una feliz sorpresa, que la luz de una nueva vida radiaba en los ojos de la condesa, y que estos ojos se fijaban en los suyos con una expresión afectuosa. Creyó él ver un sentimiento de gratitud por la manera con que acababa de conducirse con ella, y se regocijó de un cambio tan feliz. Cuando su esposa terminó, le ofreció la mano, y ambos salieron con objeto de hacer la visita á la señora de Beza.

## II.

Al día siguiente la condesa de Almata despertó más temprano que de costumbre. No se había levantado aún la dueña, cuando ya la noble dama había dejado su lecho y comenzaba á vestirse por sí misma para salir. Fácil era conocer en la sonrisa que entreabría sus labios y en la precipitación de su movimientos, que una alegre impaciencia la incitaba á obrar de tal manera.

Cuando la dueña entró al aposento de la condesa, ésta había concluído ya de vestirse. La antigua servidora creyó ver en esto un reproche á su pereza, y con mudo despecho se puso á arreglar la habitación; pero la condesa se volvió hacia ella, y le dijo chanceándose:

—Vamos, Inés, querida mía, no estés enfadada: la alegría me ha arrojado del lecho. Ayer trabajaste tanto en bien mío, que, por recompensa á tu zelo, no he querido despertarte.

Y se aproximó misteriosamente á la dueña, que ya se había consolado, la tomó de la mano, y llevándola á un rincón de la recámara, la dijo conteniendo la voz, pero dejando ver en su semblante la felicidad que la embriagaba:

—¡Inés, al fin voy á verla!..... Ya es necesario que la vea..... ¡Oh, cómo late mi corazón! Me parece que una nueva vida circula por mis venas..... Vamos, ayúdame, que no

sé lo que hago..... ¡estoy tan ansiosa!..... ¡me siento tan feliz!.....

—¿Y el conde de Almata, señora?—dijo la dueña con inquietud.—¿No se encolerizará si dejáis vuestra casa sin su consentimiento y á pesar de su prohibición?

—Lo sabe ya, Inés: él me lo ha permitido.

—¿De veras? ¿Estáis segura, señora, de que os haya sido dado este permiso sin ninguna mala intención?

—Perfectamente segura; créemelo, ayer estuvo conmigo bondadoso; confiado y tierno como nunca: mas no comprendo todavía este cambio tan repentino.

—Yo sí lo comprendo bien, señora. El conde os tiene un extremado cariño..... Ocho años hace que vos languidecéis y no correspondéis á todos sus testimonios de simpatía, mas que con una invencible tristeza. Ayer, cuando os traje la buena nueva, la vida resplandeció en vuestros ojos, vuestras mejillas se cubrieron con el fresco color de la rosa, vuestra voz se hizo dulce y vibrante; sí, señora, estabais bella, con una hermosura irresistible: ¿á quién no habríais seducido? El conde, que os ama, que en el mundo os quiere más que á todo, se ha dejado dominar por tantos encantos..... Y después de esto, señora, ¿no le habéis hablado con más cariño, con más ternura que de ordinario?

—¡Qué bien lees en el fondo de los corazones, querida mía!..... Sí, es cierto: después de quince días de desesperación y de lágrimas, me siento de tal manera dichosa, que todo lo que decía se escapaba de mis labios con una dulce vivacidad, con un acento de penetrante simpatía: el conde se hallaba en el colmo de la felicidad. Así, cuando en medio de nuestras dulces conversaciones le dí á conocer el deseo de visitar la casa de las huérfanas, bajo el pretexto de buscar allí telas y encajes, me abrazó con efusión y me dijo:—«Vé, mi muy amada Catalina; toda desconfianza ha desaparecido;

no me ocultes más lo que hagas: ahora sé que el deseo de libertad era la sola causa de tu misteriosa conducta..... Ah! ¿te creías espiada por mí..... Permanece siempre contenta como ahora te veo; sé siempre buena como lo eres en este momento, y vé á donde tú quieras: tu noble carácter y tus instintos de grandeza y de honor, me son garantías suficientes contra las inquietudes de mi alma castellana.»

La dueña lanzó un suspiro, y dijo, elevando las manos:

—¡Y que á un hombre semejante, que es la bondad y la generosidad misma, nos sea necesario engañar!..... Que Dios nos perdone, señora, lo mal que obramos al hacer esto.....

—Mal, dices?..... ¡Ay de mí! acaso tienes razón; pero, ¿es posible escapar de esta fatal necesidad? Yo soy inocente, tú lo sabes, y moriría de vergüenza antes que dar cabida en mi corazón á un pensamiento culpable; y sin embargo, condenada estoy á sufrir y á bajar la cabeza cuando las sospechas.....

Y se calló un instante. Después añadió:

—Si yo le hiciera saber todo, Inés.....

—¡Cielos! ¿qué decís, señora?

—Escúchame: yo amo al conde, tanto por inspiración del corazón, cuanto por el reconocimiento infinito que le debo. La convicción de que le engaño, es para mí un infierno de dolor y remordimientos; hay momentos en que sería capaz de revelárselo todo.

—Cuidaos bien de eso, señora; la sangre española volvería á tomar su fiereza. Su vida sería envenenada por una horrible certidumbre, y vos no podéis prever la suerte que os estará reservada: mejor valdría volver á España y esforzaros en olvidar el objeto de vuestro viaje.

Las últimas palabras de la dueña causaron una súbita y dolorosa impresión en la condesa, que, como si se hubiera sentido ultrajada, y lanzando á la dueña una mirada irritada, exclamó:

—¿Qué te atreves á proponerme?..... ¿Partir sin verla?..... Sin duda te burlas, porque tú sabes, mejor que yo, que esto es imposible..... Dame mi abrigo, y partamos.....

Existe en la calle del Hospital una casa de fachada gótica, de un estilo casi raro, y cuya parte superior está adornada con una imagen emblemática de la Santísima Trinidad. En el muro, arriba de la puerta principal, se halla esculpido un cuadro, representando un grupo de niñas á las que parece instruir una dama de bastante edad. Bajo de esta escultura, que no carece de mérito artístico, se lee la inscripción siguiente, que da á conocer el origen y objeto de la casa de las huérfanas:

*Un hombre piadoso,  
movido solamente por la caridad,  
ha dotado ricamente este hospicio, á fin de  
que las huérfanas que en otro tiempo han  
sufrido una profunda miseria,  
sean en él educadas é instruidas  
con provecho y honradez.*

*Este hombre excelente se llamaba Van der Meere, y  
era comerciante de esta ciudad:*

*Murió el 19 de Noviembre de 1162, á los 73  
años de edad.*

La condesa, acompañada de su dueña, se detuvo delante de esta casa. La dueña levantó el martillo del portón y llamó, al mismo tiempo que decía á la condesa:

—Ahora, señora, conteneos, por el amor de Dios; se podría leer en vuestro rostro lo que nadie debe sospechar.

La condesa no respondió.

Un instante después la puerta fué abierta por una huérfana que llevaba dos gruesas llaves suspendidas de la pretina de su delantal. Tenía esta joven una fisonomía radiante de salud

y alegría; llevaba su traje con coquetería, y su delantal y sus mangas eran de una tela tan blanca y tan graciosamente plegada, como una prueba palpable de la propiedad, de los cuidados y hábiles trabajos que formaban la reputación del Establecimiento.

—¿Qué desea la señora?—preguntó la huérfana con una dulce sonrisa.

—¡Encantadora niña!—exclamó la condesa enajenada, acariciando á la huérfana.

Y llevando una mano á su bolsillo, buscó un instante, y sacó un dedal de plata, que regaló á la jovencita, diciéndole:

—Tomad, hija mía, os doy esto, porque sois encantadora y aseada..... Vengo á ver si aquí podría encontrar encajes.

—Gracias, señora,—respondió la huérfana.—Tenemos encajes muy bonitos..... Entrad al locutorio, os lo ruego.

Y colocándose frente á una escalera, gritó:

—Madre, bajad pronto; aquí está una señora que desea hablaros.

Pocos momentos después entró en el locutorio una mujer de cerca de cuarenta años. Su fisonomía respiraba salud, en su frente se leía la tranquilidad del alma, y todo en ella revelaba la bondad y dulzura de su carácter. Al ver á la condesa, se inclinó saludándola respetuosamente, y ofreciéndola un asiento, le dijo:

—¡Cuánta honra es para nuestra casa, señora, que la condesa de Almata se digne visitar á las pobres huérfanas! ¿En qué podemos servirlos?

—Deseo, querida madre, comprar algunos encajes, y aprovechando la ocasión, visitar un Establecimiento al que tanto recomienda su exterior.

La Madre abrió los grandes cajones de una cómoda, y sacando de ellos numerosas piezas de encajes, las mostró á los ojos de la condesa; pero ésta no pudo contener su impaciencia, y dijo:

—Muy bellos son estos encajes, y alguno to-

maré seguramente; pero, querida madre, tened la bondad de enseñarme primero á vuestras huérfanas, puesto que están en el trabajo.

Como si al parecer no hubiera atendido á esta súplica la Madre quedó observando atentamente á la condesa con una sorpresa y una insistencia casi impolíticas.

—Y bien, querida Madre,—dijo la condesa,—¿no me respondéis?

—Perdonadme, señora,—dijo la Madre suspirando.—¡Dios mío! ¿en qué pensaba yo?..... Estaba distraída... Me parece tan extraño...

—¿Qué es lo que tanto os admira?—preguntó la condesa, que se sentía temblar.

—Nada..... Una semejanza..... No sé cómo he podido pensarlo..... Dignaos seguirme, señora.

Después de hacerlas atravesar un patio cuadrado, condujo á la condesa y su dueña á un salón retrado, en el que se encontraban las huérfanas. Durante el trayecto, la dueña dijo á su ama disimuladamente:—¡Cuidado, señora!

El salón al que la Madre condujo á la condesa, estaba lleno de jovencitas de diferentes edades, ocupadas todas en hacer labor. Todas estaban uniformemente vestidas: un hábito de lana negra, un jubón de lana azul, un cuello recortado, un delantal tan blanco como la nieve, y una especie de capa de terciopelo negro, componían su vestido. Sus cabellos, peinados hacia atrás, caían sobre la capa, de manera que la frente se presentaba enteramente despejada y en todo su desarrollo. Durante las horas de trabajo, llevaban unas mangas de tela destinadas á garantizar de un rápido deterioro las de su jubón. La mayor parte de las jovencitas tenían un cojín sobre las rodillas, y trabajaban haciendo blondas, encajes, etc.; otras cosían ó trazaban dibujos sobre lienzo muy finos; algunas tejían con hilos de seda y oro sobre telas de diversos colores.

Antes de que llegara la Madre, las jóvenes

entonaban un lindísimo cántico; la condesa las había oído desde el patio, y había notado que entre todas las voces sobresalía una tan dulce como un timbre argentino. Con gran pesar suyo, desde el momento en que penetró en el salón, el canto cesó repentinamente, y cada una de las jovencitas bajó respetuosamente la cabeza sobre su labor. Así lo quería la disciplina, en observancia de la cual, la Madre directora velaba severamente.

Según el deseo expresado por la condesa, la Madre le enseñó el trabajo de cada una de las jóvenes, y le dió explicaciones tan prolijas, que la condesa tuvo que resistir á su impaciencia, ante la lentitud con que la Madre le iba mostrando los trabajos de todas las clases. No se atrevía á pedir las noticias que deseaba, ni á preguntar por la persona que quería ver; se vió, pues, condenada á sufrir la paciencia más penosa, y no escuchaba á la que le hablaba, absorta como estaba en el pensamiento de que un sér que le era más querido que la vida, respiraba, á la vez que ella, en la atmósfera de aquella sala. La Madre, sorprendida de la extraña distracción de la condesa, pensaba en continuar sus observaciones, cuando ésta le dijo de repente:

—Vuestras hijas cantan muy bien, querida Madre; hay sobre todo entre ellas una voz de una dulzura maravillosa.

—Ah! ya lo creo: es la voz de Houten Clara..... ¡Dios mío! ¿qué tenéis, señora?..... El aire que se respira en esta sala, quizá os hace daño..... Venid, salgamos al patio, allí hace más fresco que aquí.

—Estáis en un error, querida Madre,—respondió la dueña con voz rápida pero tranquila:—mi señora con frecuencia palidece de súbito: es una afección nerviosa; pero que no pasa de allí.

—¡Ah, tanto mejor!—dijo la Madre.—¿Desearía la señora oír de nuevo el cántico que tanto le agradó?

—Sí, sí, os lo agradeceré mucho; mas permitidme que me siente en esta silla, porque estoy muy fatigada.

La Madre corrió á la extremidad de la sala y llevó su propio sillón, que estaba forrado de cuero y guarnecido con clavos dorados; rogó á la condesa que se sentara en él, y dijo en seguida á las huérfanas:

—Hijas mías, esta noble señora quiere oiros cantar. Clara Houtvelt, poneos al atril.

Mientras que las huérfanas se preparaban para obedecer á su directora y esperaban de ella una señal, la condesa dijo con una emoción mal contenida:

—¿Clara Houtvelt decís, querida Madre?.... Yo creía que me habíais hablado de una Houten Clara, como la primera voz entre todas.

—Sí, señora: Clara Houtvelt y Houten Clara, no son más que una: es la encantadora niña que está delante del atril.

Y sin fijarse en la expresión de la fisonomía de la condesa, ni en la atención llena de ansiedad con que la dueña observaba á su señora, se volvió á las jóvenes, y dijo:

—El cántico de Navidad..... Clara, hija mía, cantad voz primero; vuestras hermanas repetirán el estribillo.

Houten Clara parecía la imagen más poética y deliciosa de la infancia. Era de una constitución delicada, débil quizás, pero de una esbelta elegancia en armonía con sus doce años. Sus grandes ojos parecían reflejar el azul del cielo, y se destacaban del alabastro de su frente como hermosas y brillantes perlas; su boca pequeña era semejante á la hoja de una rosa plegada en dos, y una graciosa semi-sonrisa daba mayor encanto á sus facciones. Lo que sobre todo la hacía distinguirse de sus compañeras, y que indudablemente no iba de acuerdo con su vestido, era la majestad de su actitud, y no sé qué de inexplicable en su mirada, que hacía adivinar una sangre noble y un elevado origen. Ninguna de sus compañeras ha-

bía dejado de adivinarlo así; todas estaban convencidas de que Houten Clara no era de un nacimiento vulgar, bien que este sentimiento no les había sido inspirado mas que por la imponente dignidad y el noble carácter de la pura y hermosa niña.

Cuando Houten Clara vió la señal de la Madre directora, su dulce y encantadora voz se elevó entonando un cántico lleno de expresión y ternura. A cada estrofa, respondían las huérfanas con un estribillo lleno de armonía y de encanto.

Durante este cántico, la condesa, con los labios entreabiertos, estaba sumergida en una enajenación y un éxtasis, como si realmente hubiera estado oyendo cantar el *Alleluia* en los cielos. Sus ojos no se habían separado de Houten Clara; estaba literalmente suspendida de los labios de la niña. Y verdaderamente, mientras que la huérfana cantaba, había en ella algo tan puro, tan celestial, resplandecía una piedad tan ferviente en sus ojos azules como el cielo, estaba tan absorta en el himno de alabanzas que se escapaba de sus labios, y tan arrebatada por un misterioso sentimiento inspirado por la armonía de aquel canto, que sólo se la podría comparar á una alma bienaventurada ante el trono del Señor. La misma dueña se sintió conmovida y olvidó el peligro que corría su señora, porque también, con la cabeza inclinada y los labios entreabiertos, contemplaba fijamente á Houten Clara.

El cántico había concluido, la huérfana había vuelto ya á su trabajo; pero la condesa y la dueña permanecían aún inmóviles sobre sus asientos, con grande admiración de todas las jóvenes. La Madre se aproximó á la condesa, y le dijo llena de orgullo:

—Sí, señora: que se vaya á buscar por toda la ciudad una voz comparable á la de esa querida niña!..... Así, no saldrá ella nunca de nuestra casa para entrar al servicio de nadie. Nuestras vecinas las monjas de Santa Isabel,

las hermanas del convento de la Longue-rue-Neuve y las Ursulinas de Bétail, han prometido á Houten Clara recibirla cuando tenga la edad. Sin duda que será aceptada en cualquiera de esas partes, porque ella será la primera voz de la iglesia: pero no lo conseguirán, señora. Clara es mi hija, y mientras yo viva no se separará de mí, si Dios quiere..... ¿Qué piensa la señora condesa, de tan hermosa voz?

La condesa, dominada por un invencible sentimiento, se esforzaba desde hacía largo rato por contener las lágrimas que querían escaparse de sus ojos. La dueña, observando la lucha que su señora sostenía, le oprimió furtivamente la mano para recordarle su deber é infundirle valor. Sin parar la atención en esta advertencia, como tampoco lo había hecho en la pregunta que le había dirigido la Madre, la condesa se levantó del sillón, y fué á colocarse delante de Houten Clara, quien, por respeto á la extranjería, se levantó inmediatamente y bajó con modestia los ojos. La condesa, temblando, tomó una mano de la huérfana, y dijo á ésta con acento conmovido:

—Tenéis una voz angelical, hija mía..... Pero miradme, mi querida niña.....¿Acaso tenéis miedo de mí?

La niña levantó sus hermosos ojos azules, y mirando á la condesa, sonrió con inexplicable dulzura, y respondió:

—Oh!..... no, señora..... ¡habláis con tanta bondad á vuestra humilde criada!.....

—¡Criada!—murmuró dolorosamente la condesa; oprimiendo más vivamente aún la mano de la huérfana.—¿Queréis abrazarme, Clara?... ¡Oh, que bien cantáis!.....

—¿Abrazaros, señora?—dijo confundida la jovencita.—Sí lo quisiera, pero no me atrevo!...

Apenas la niña había pronunciado estas palabras, la condesa le tomó la cabeza con ambas manos y depositó sobre su frente un beso tan apasionado y tan prolongado, que la niña, cuando ya se sintió libre, roja de emoción y toda



conmovida volvió á sentarse delante de su labor, sin atreverse á levantar los ojos. La Madre y la dueña, que se habían aproximado, habían sido testigos de esta escena. La primera no sabía qué pensar de lo que veía, y aunque le asaltaron extrañas sospechas, no se atrevió á darles cabida en su espíritu, é hizo esfuerzo sobre sí misma para persuadirse de que únicamente la voz de Houten Clara había arrancado lágrimas á la condesa. La mayor parte de las huérfanas miraban con aire distraído ó envidioso lo que pasaba: estaban acostumbradas á ver en Houten Clara el objeto de la atención y caricias de todo el mundo, y nada más sospechaban de esta circunstancia. La dueña entre tanto temblaba de inquietud, y apenas vió la palidez de la condesa y el fuego que brillaba en sus ojos húmedos, dijo en alta voz:

—Señora, este hermoso cántico os ha conmovido vivamente, y no estáis bien; el aire libre os hace mucha falta..... Volveremos á la tarde ó mañana.

Al decir estas palabras la dueña fingió sostener á su señora; pero entonces la llevó fuera de la sala, y después de haberse detenido un instante en el patio, la condujo al locutorio.

—Ahora, querida Madre,—dijo la dueña,—hacednos ver pronto vuestros más bellos trabajos, porque mi señora tiene necesidad de descansar un poco. No conozco á nadie en el mundo que sea tan sensible al canto y á la música, como ella: esto la conmueve al grado de perder el conocimiento.

—Ah! yo tengo con qué satisfacer á la señora condesa, si esto puede agradaarla.

Y añadió, á la vez que les enseñaba unos encajes bellísimos:

—Clara sabe muchos cantos lindísimos; yo haré que los cante sola, aquí, delante de mi noble vecina. La niña es tan dócil, que jamás ha rehusado á nadie el placer de oirla cantar.

La condesa no se sintió con bastante fuerza de ánimo para contestar; aún sentía la impre-

sión de un delicioso beso; su alma estaba como ligada á los dulces labios de la adorada niña. La dueña lo comprendió, y, sin esperar la orden de su señora, dijo:

—Sí, estos encajes son muy bellos, y aunque es mucho el precio que pedís, querida Madre, mi señora tomará toda esta pieza. Pronto volveré por ella..... Hasta mañana, querida Madre; gracias mil veces por vuestra bondadosa acogida. Nos vamos ya, ¿no es verdad, señora?

La condesa se volvió hacia la Madre, y dijo:

—Quisiera hacer un regalo á vuestra encantadora niña; ¿podría verla aquí?

—Al instante, señora,—respondió la Madre dejando el locutorio.

—Por el amor de Dios, señora, ¿qué vais á hacer?—exclamó la dueña juntando las manos.

—Quiero volver á abrazarla antes de partir, aunque así tenga yo que morir, Inés.

—Que el angel de vuestra guarda os ayude, señora, en peligro tan grande. Sed prudente, muy prudente; aquí está.....

La Madre volvió con Houten Clara y la llevó á la condesa; ésta tomó á la niña de una mano, y sacando algunos objetos de su bolsillo, le dijo:

—Mi querida niña, vuestra hermosa voz y vuestra dulzura me han encantado. Es necesario que yo os recompense: tomad, aceptad esto de mí, como de una amiga que os quiere mucho.

La joven tomó todo lo que le ofreció la noble dama, y quedó embelesada á la vista de los objetos que brillaban en sus manecitas. Estos objetos eran unas tijeras pequeñas de plata cincelada y un estuche del mismo metal.

—Abrazad á la señora, hija mía, dijo la Madre.

Houten Clara, loca de alegría al poseer tan preciosas tijeras y un estuche tan bonito, no se lo hizo repetir dos veces, y sonriendo, tendió los brazos á la condesa. Esta cubrió de besos

á la niña, hasta que la dueña intervino diciéndolo con un tono que no admitía réplica:

—Señora, el señor conde os espera, y podría disgustarse por nuestra larga ausencia.

Y dió algunos pasos hacia la puerta.

—Hasta mañana, querida Madre, —dijo la condesa;—hasta mañana, mi encantadora niñita: os falta aún un dedal, y yo os lo daré también.

La condesa siguió á la dueña, y la puerta se cerró tras de ellas.

—Señora, —dijo la dueña luego que se encontraron en la calle, —qué imprudente habéis estado!..... Sería necesario que esas gentes estuvieran ciegas para no adivinar, á lo menos, que vuestras emociones ocultan un misterio....

La condesa le puso la mano sobre la boca, y le dijo con exaltación:

—Cállate, mi buena Inés, cállate. Aun cuando me dijeras que el conde ha descubierto todo, aun cuando su odio y su venganza estallaran sobre mí, nada me importaría!..... Ah! parece que ignoras que he oído su voz, que la he estrechado contra mi corazón, que la he llenado de besos..... y que ella me ha sonreído, me ha hablado, y sus labios se han estrechado con amor sobre los míos..... ¡Oh, Dios mío, cuánta felicidad!..... Estoy pronta á afrontarlo todo, á sufrirlo todo; mas no me arrebatéis la embriagadora alegría que refresca mi corazón..... Y tú, Inés, guarda silencio; déjame gozar de esta inexplicable felicidad; no oscurezcas la esplendidez de mi cielo..... Ella es hermosa como un ángel, ¿no es verdad, Inés?... ¡Qué perfume de nobleza en ese primoroso ruiseñor!

La dueña enjugó dos lágrimas, abrió la puerta, y entrando después de la condesa, cerró la puerta sin hacer ningún ruido.

Por su parte la Madre de las huérfanas, preocupada y hablándose á sí misma, volvió al locutorio para cerrar los cajones donde guardaba los encajes. Pero al volver allí, casi había ol-

vidado lo que iba á hacer, y como si no hubiese tenido conciencia de lo que hacía, fué á sentarse en una silla, en la que durante algunos instantes permaneció inmóvil y con los ojos fijos en el suelo; al fin murmuró en voz baja y con lentitud:

—¿Y aquella historia de la villa incendiada y del soldado generoso, sería una invención?... ¡Houtvelt! Nombre singular, en efecto..... Acaso sea su hermana..... Pero, ¿cómo podría ser esto? Houten Clara no tiene más de doce años..... Acaso es una prima, una tía..... ¿Quién sabe?..... ¿Y sería posible que una prima, una tía, una hermana misma se moviera á tal grado y se deshiciera en llanto bajo la impresión del beso de una niña? ¿Este irresistible sentimiento puede ser otro que el que la condesa ha revelado aquí?..... Sí, el sentimiento maternal es el sólo capaz de apoderarse así del alma de una mujer..... Ah! ¡ya comprendo!..... ¡Pobre madre, cuánto debe sufrir!..... ¡Una hija tan graciosa, tan linda!..... ¡Dejar de verla muchos años, y encontrarla entre las niñas que son educadas para servir; no poder librarla ni protegerla; desfallecer con un beso, é irse luego con el corazón despedazado!..... ¡Oh, Dios mío! ¡Estar condenada á gozar furtivamente de un beso, de una sonrisa, de una opresión de mano de su propia hija, y poder sólo hablarla como á una extraña! ¡Ver una espada amenazante suspendida sin cesar sobre su cabeza; luchar contra la naturaleza y la sociedad, y abatirse cien veces bajo el desapiadado destino!..... ¡Pobre madre!..... Pero, ¿quién puede saberlo?..... Quizás yo me engaño, y entonces mis sospechas serían una injuria al honor de la condesa. Ah! como quiera que sea, la condesa es buena y ama ardientemente á la niña que yo prefiero á todo en el mundo; cualquiera que sea el secreto de su corazón, yo no le traicionaré nunca: que Dios me libre ello!..... Y puesto que es tan feliz con la presencia de la dulce y sonrien-

te Clara, como si ésta fuera una hija querida, que venga la pobre madre: ella encontrará en mí una amiga.....

—¡Madre!—gritó la portera:—aquí está la hermana Begga de la Anunciación, que viene por la limosna del canónigo Vissckers.

—¡Allá voy!—respondió la Madre vivamente, corriendo al encuentro de la hermana anunciada.

### III.

Apenas el sol comenzaba su carrera, cuando la condesa de Almata dejó su palacio, y acompañada de su dueña fué á visitar de nuevo el Establecimiento de las huérfanas. La alegría más pura resplandecía en sus ojos; todo en el mundo le parecía grato y hermoso desde que había huido de ella la horrible amargura, bajo el peso de la cual había gemido tantos años. Su alegría era para su marido una fuente de consuelos y felicidades; él había vuelto á ser bueno y tierno para ella, y le mostraba una confianza tan ilimitada, que ella estaba convencida de que no quedaba la menor sospecha en su corazón. La condesa iba á visitar á Houten Clara, á la querida niña, sin temer que el ojo de un espía siguiera sus pasos.

La dueña llamó.

Sin duda la Madre directora había dado órdenes especiales á la portera, porque luego que ésta reconoció á las personas que deseaban entrar, abrió la puerta, y exclamó alegremente:

—Sed bienvenidas, señora condesa de Almata..... Yo soy vuestra humilde servidora..... Dignaos entrar para hablar inmediatamente á nuestra querida Madre.

La joven cerró la puerta, y ligera como una corza, salió de allí, á donde algunos instantes después llegó la Madre con Houten Clara.

Desde que la niña entró en el locutorio y per-

cibió á la condesa, se fué derecho á ella, la tomó una mano y se la besó.

La condesa se estremeció conmovida, pero se contuvo, y sin decir una palabra, se puso á contemplar con delicia los azules ojos de la niña. Tomó luego á ésta, la atrajo consigo, y la llenó de besos y caricias.

La mirada fija y extraña de la condesa hizo sin duda nacer en Clara un sentimiento del que no podía darse cuenta: la sonrisa desapareció repentinamente de sus labios, y quedó mirando á la condesa con un aire interrogador, como si esperase una explicación. La niña parecía decir:

—Todo el mundo me ama y me acaricia; pero vos me amáis enteramente de otra manera: ¿por qué es esto?..... ¿y por qué deseo yo tan vivamente encontrarme á vuestro lado?

La condesa comprendió sin duda la muda pregunta de la huérfana, porque exclamó suspirando, y con una voz llena de tristeza:

—¡Pobre niña!.....

La Madre observaba atentamente todas las emociones que experimentaba la condesa; y viendo que la situación había llegado á ser penosa, porque la dama y Houten Clara, á la vez con un mismo pensamiento permanecían calladas, dijo á aquélla:

—Señora condesa, os ruego que vayamos á la habitación donde se halla el clavicordio: oiréis qué bien toca nuestra querida Clara..... Ah! es una verdadera perla esta niña; la hermana Catarina del convento de Faucon, le ha enseñado la música, y la querida huerfanita toca tan bien, que se la escucharía durante muchos días, sin pensar en comer ni beber.

Entre la condesa y Houten Clara se había ya establecido un lazo de afecto y confianza; sin duda un misterioso sentimiento hacía á la niña ver en la gran señora algo más que una protectora, porque desde que la Madre propuso pasar á otra habitación, la huérfana fué á tomar la mano de la condesa, como si ésta hubiera sido

te Clara, como si ésta fuera una hija querida, que venga la pobre madre: ella encontrará en mí una amiga.....

—¡Madre!—gritó la portera:—aquí está la hermana Begga de la Anunciación, que viene por la limosna del canónigo Vissckers.

—¡Allá voy!—respondió la Madre vivamente, corriendo al encuentro de la hermana anunciada.

### III.

Apenas el sol comenzaba su carrera, cuando la condesa de Almata dejó su palacio, y acompañada de su dueña fué á visitar de nuevo el Establecimiento de las huérfanas. La alegría más pura resplandecía en sus ojos; todo en el mundo le parecía grato y hermoso desde que había huido de ella la horrible amargura, bajo el peso de la cual había gemido tantos años. Su alegría era para su marido una fuente de consuelos y felicidades; él había vuelto á ser bueno y tierno para ella, y le mostraba una confianza tan ilimitada, que ella estaba convencida de que no quedaba la menor sospecha en su corazón. La condesa iba á visitar á Houten Clara, á la querida niña, sin temer que el ojo de un espía siguiera sus pasos.

La dueña llamó.

Sin duda la Madre directora había dado órdenes especiales á la portera, porque luego que ésta reconoció á las personas que deseaban entrar, abrió la puerta, y exclamó alegremente:

—Sed bienvenidas, señora condesa de Almata..... Yo soy vuestra humilde servidora..... Dignaos entrar para hablar inmediatamente á nuestra querida Madre.

La joven cerró la puerta, y ligera como una corza, salió de allí, á donde algunos instantes después llegó la Madre con Houten Clara.

Desde que la niña entró en el locutorio y per-

cibió á la condesa, se fué derecho á ella, la tomó una mano y se la besó.

La condesa se estremeció conmovida, pero se contuvo, y sin decir una palabra, se puso á contemplar con delicia los azules ojos de la niña. Tomó luego á ésta, la atrajo consigo, y la llenó de besos y caricias.

La mirada fija y extraña de la condesa hizo sin duda nacer en Clara un sentimiento del que no podía darse cuenta: la sonrisa desapareció repentinamente de sus labios, y quedó mirando á la condesa con un aire interrogador, como si esperase una explicación. La niña parecía decir:

—Todo el mundo me ama y me acaricia; pero vos me amáis enteramente de otra manera: ¿por qué es esto?..... ¿y por qué deseo yo tan vivamente encontrarme á vuestro lado?

La condesa comprendió sin duda la muda pregunta de la huérfana, porque exclamó suspirando, y con una voz llena de tristeza:

—¡Pobre niña!.....

La Madre observaba atentamente todas las emociones que experimentaba la condesa; y viendo que la situación había llegado á ser penosa, porque la dama y Houten Clara, á la vez con un mismo pensamiento permanecían calladas, dijo á aquélla:

—Señora condesa, os ruego que vayamos á la habitación donde se halla el clavicordio: oiréis qué bien toca nuestra querida Clara..... Ah! es una verdadera perla esta niña; la hermana Catarina del convento de Faucon, le ha enseñado la música, y la querida huerfanita toca tan bien, que se la escucharía durante muchos días, sin pensar en comer ni beber.

Entre la condesa y Houten Clara se había ya establecido un lazo de afecto y confianza; sin duda un misterioso sentimiento hacía á la niña ver en la gran señora algo más que una protectora, porque desde que la Madre propuso pasar á otra habitación, la huérfana fué á tomar la mano de la condesa, como si ésta hubiera sido

su madre. Este movimiento, por sencillo que fué, hizo brillar de alegría y de orgullo los ojos de la condesa, que condujo á Houten Clara de la mano, como lo hubiera hecho con su hija.

Cuando llegaron á la sala donde se hallaba el clavicordio, la Madre ofreció un sillón á la condesa, y haciendo lo mismo con la dueña, acercó á ella una silla en la que tomó asiento. Houten Clara se colocó delante del instrumento. La Madre dijo entonces á la niña:

—Canta el cántico: *Cantemos con alegría.....* tiene tan hermoso prelude!

Houten Clara comenzó.....

La niña era sin duda en extremo sensible á la música, porque desde el principio pareció caer en una especie de éxtasis. Mientras que sus sonrosados deditos corrían ligeramente sobre el teclado, su graciosa boca sonreía á los dulces acordes; un pliegue se dibujaba en su hechicera frente, la que parecía tornar-se en majestuosa, cuando la niña atacaba las notas graves.

Embargadas de admiración por la belleza y el encanto de la habilidad de la niña, sumergidas en las olas de aquellos armoniosos acordes, las tres mujeres contemplaban arrebatadas á la inspirada huérfana. Esta levantó la cabeza, sus ojos azules se dirigieron al cielo, y acompañándose del clavicordio, entonó el cántico que la Madre le había indicado.

Mientras que la voz de Houten Clara dejaba oír sus notas puras y argentinas, ni la Madre ni la dueña habían apartado los ojos del rostro de la niña. Cuando el cántico terminó, ambas dirigieron á la vez una mirada á la condesa, como para decirle:

—¿No es ese un canto celestial?

Pero ¡ay! la condesa tenía inclinada la frente, y un torrente de lágrimas corría silenciosamente de sus ojos, sin que ella misma se diera cuenta de tal cosa.

Houten Clara, viendo la emoción de la condesa, dejó escapar un grito de angustia, y co-

rrió hacia ella, la contempló con admiración y con una expresión singular, y colocando su cabecita sobre las rodillas de la dama, dejó también correr sus lágrimas, como si queriendo consolar á la condesa, tratara de unir con los dolores de ésta su propia amargura. Pero la dama levantó á la niña, la tomó en sus brazos, la estrechó sobre su corazón, apoyó su mejilla en la mejilla de la huérfana, y bañó su rostro de lágrimas. Así permanecieron, sin lanzar ni un gemido, ni un solo suspiro.

Era esta escena tan solemne y conmovedora, que la dueña contemplaba á su señora con veneración, sin atreverse á proferir una sola palabra. La Madre, entre tanto, juzgó que no se había engañado en sus primeras sospechas; y comprendiendo lo que pasaba en el corazón de la condesa, se esforzaba por contener las lágrimas de piedad que querían escaparse de sus ojos: el sentimiento de las conveniencias y una grande generosidad le ayudaron á dominar esta emoción y aún le permitieron permanecer como si no hubiera adivinado la causa de la escena que presenciaba.

Algunos instantes después, la condesa volvió al sentimiento de la realidad. El silencio que reinaba á su rededor le sorprendió; levantó la cabeza y vió los ojos de la Madre fijos en ella de una manera que parecía interrogarle. Entonces comprendió su imprudencia, y se esforzó en recobrar su sangre fría, ó disfrazar al menos las apariencias. Enjugó las lágrimas que humedecían sus mejillas, y se puso á acariciar á la niña para disimular su turbación. Cuando pudo al fin sentirse enteramente sobre sí, dió un último beso á Houten Clara, y dijo con una voz tranquila:

— Mi querida niña, vuestra voz me ha conmovido mucho; vuestro canto tiene verdaderamente un mágico poder.

Pero la niña, que continuaba llorando, respondió con la voz entrecortada por los sollozos:

—Ah! aunque así sea, no volveré á cantar más en mi vida.

—¿Pero, por qué, hija mía?

—Porque os hace llorar..... Sí, estad segura, no volveré á cantar más, ni para vos, ni para otros. Demasiado enfadada estoy contra mí misma por haberos entristecido tanto..... ¡Ay de mí! ¡qué in feliz soy con saber cantar!.....

Las palabras de la niña no eran seguramente á propósito para tranquilizar á la condesa, porque ésta sintió de nuevo un impulso de llanto; pero se contuvo al ver que la Madre tenía fijos en ella atentamente los ojos. La condesa sentó cómodamente á la niña sobre sus rodillas, y dijo con una voz cariñosa:

—Mi querida Clara, os engañáis: son de alegría las lágrimas que vierto. ¿Acaso nunca habéis llorado, hija mía, al oír por primera vez un cántico lleno de expresión y de dulzura?

La niña respondió como enfadada:

—Cuando la hermana Catarina y el maestro Huygens cantan acompañándose con el clavicordio, lloro siempre, señora, pero no como vos lo hacéis.

—Y bien, hija mía: es la sensibilidad de mi alma, que no puede resistir á la dulzura de la música.

—Sí, es cierto, el alma se conmueve, el corazón palpita fuertemente; pero yo no cantaré más, porque si os vuelvo á ver triste como ahora, indudablemente me pondré enferma, porque eso me hace mal..... mucho mal.....

—¡Pobre niña! ¿Sabéis lo que es preciso hacer para consolarme? Estar siempre contenta y no llorar más. Una sonrisa vuestra me volverá pronto la alegría.

Houten Clara levantó la cabeza y mostró á la condesa su rostro húmedo aún de lágrimas, pero á la vez iluminado por una dulce y encantadora sonrisa. Esta prueba de afecto y de angélica bondad por parte de la niña, conmovió tan profundamente á la condesa, que, llevando las manos á su rostro, se cubrió los ojos durante

un momento, volviendo después á estrechar con efusión entre sus brazos á la niña.

Al ver esta nueva escena de ternura, la Madre comprendió que su presencia era un estorbo para la condesa, y venciendo generosamente su curiosidad, dejó la habitación, diciendo:

—Señora, es necesario que yo vaya á ver á mis otras huérfanas, porque no es muy fácil tenerlas en juicio. Quedad tranquilamente aquí con Clara, si así os agrada; nadie vendrá á turbaros, y yo volveré pronto.

Apenas la Madre había salido, la dueña dijo en español á la condesa:

—¿Creeis, señora, que esa mujer nada ha adivinado?..... Yo, por el contrario, creo que lo ha adivinado todo.

—Es muy posible, Inés,—respondió la condesa sin alterarse;—sin embargo, nada temo: ella ama á esta querida niña tanto como yo, y no puede causarla ningún mal.

—Señora: la lengua de una mujer, habla frecuentemente contra su corazón.

—Oh! .... Dios mío!..... Inés, no me entristezcas, querida mía; déjame gozar de mi felicidad.

—Me callo, señora..... Si sucede alguna desgracia, tanto peor: la dicha está allí, saboreadla.

Cuando media hora después la Madre volvió, Houten Clara saltó de las rodillas de la condesa, y corrió hacia aquélla, mostrándole un libro y lanzando gritos de alegría.

—¡Oh, querida Madre!—exclamó:—mirad qué precioso libro de oraciones, con un broche de oro y con muchas imágenes muy lindas. El señor Juan del Rosario, que ha hecho vuestro retrato, ha pintado en este libro flores color de rosa y azules..... ¡Dios mío, qué contenta estoy!..... Y mañana tendré un libro de cánticos, y un collar de perlas..... oh! mirad: esto es muy lindo para la hija de un rey!

La condesa, que se había levantado y prepa-

rado á partir, tomó la mano de la Madre, y estrechán-lola afectuosamente, le dijo:

—Mucho os debo, señora. Si algo puedo hacer para daros á conocer mi gratitud, la puerta de mi casa está abierta para vos á todas horas. Mandad de mí lo que queráis, y yo os lo agradeceré.

—Sois muy buena, señora condesa. La benevolencia con que me honráis es para mí una recompensa suficiente. Disponed de mí, venid aquí siempre que queráis: todo está á vuestra disposición.....

—Hasta mañana, querida Madre..... Si por casualidad yo deseara hablaros, ¿tendríais la bondad de ir á mi casa?

—Sin duda, señora: eso sería mucho honor para mí.

Houten Clara inclinó tristemente la cabeza, y pareció próxima á llorar.

—Hasta mañana, mi hermoso ruiseñor,—dijo la condesa.

—¿No os quedáis aquí?—preguntó la niña suspirando.

—Volveré mañana, y os traeré el libro de cánticos. Venid, abrazadme una vez más, y no olvidéis á vuestra amiga.

—No, no; esta noche voy de nuevo á soñar mucho con vos.

—¿Habéis ya soñado otra vez conmigo?—dija la condesa sorprendida.—¿Y qué habéis soñado, mi querida niña?

—Oh! cosas muy lindas!..... He soñado que vos érais mi madre, que yo estaba á vuestro lado, descansando en vuestros brazos; que vos me abrazábais, y que me dábais muchos besos.....

—¡Hasta mañana!—exclamó la condesa con voz conmovida.

Y tomando de la mano á la dueña, casi arrastrando la llevó hasta la calle, como si hubiera querido escapar de un peligro inminente.

## IV.

—Habéis tenido la bondad de mandarme venir, señora,—dijo Madre de las huérfanas, entrando á la habitación de la condesa de Almatá:—aquí me tenéis á vuestras órdenes.

—Sed bienvenida, querida Madre,—dijo la condesa.—Sentáos á mi lado, en este sillón, que tengo que hablaros muchas cosas..... Sin duda adivináis el objeto de que quiero hacer mención, ¿no es verdad?

—De Houten Clara, señora.

—En efecto..... ¿Conocéis la historia de esa niña?

—No sé sino muy poca cosa, señora. Houten Clara tenía ya un año en el Establecimiento, cuando yo entré en él como directora. Allí supe, que después del incendio y la devastación de una aldea, la niña había quedado huérfana, y que un soldado, compadecido de ella, la había recogido y tomado á su cargo. Más tarde, cediendo á las instancias de un pariente del fundador de nuestro Establecimiento, la niña fué recibida entre las huérfanas. Por mi parte, no he creído nunca esta historia, y siempre he visto en ella una fábula inventada para ocultar el verdadero origen de Clara.

—¿Y Clara, no sabe nada de sus padres?

—Lo que ella puede recordar vagamente, es que, aún muy niña, vivía en una aldea, en casa de unos pobres del lugar. Y lo que me hace creer que la niña no ha conocido ni los cuidados ni el amor de una madre, es, que de todos los seres que la rodeaban, no se acuerda más que de un corderito con quien compartía sus juegos y sus alegrías. Esto prueba que Clara no conoció á su madre, ó, si lo queréis mejor, que su madre la había abandonado.

A estas palabras, la condesa quedó sumergida en una profunda preocupación y como ab-

rado á partir, tomó la mano de la Madre, y estrechán-lola afectuosamente, le dijo:

—Mucho os debo, señora. Si algo puedo hacer para daros á conocer mi gratitud, la puerta de mi casa está abierta para vos á todas horas. Mandad de mí lo que queráis, y yo os lo agradeceré.

—Sois muy buena, señora condesa. La benevolencia con que me honráis es para mí una recompensa suficiente. Disponed de mí, venid aquí siempre que queráis: todo está á vuestra disposición.....

—Hasta mañana, querida Madre..... Si por casualidad yo deseara hablaros, ¿tendríais la bondad de ir á mi casa?

—Sin duda, señora: eso sería mucho honor para mí.

Houten Clara inclinó tristemente la cabeza, y pareció próxima á llorar.

—Hasta mañana, mi hermoso ruiseñor,—dijo la condesa.

—¿No os quedáis aquí?—preguntó la niña suspirando.

—Volveré mañana, y os traeré el libro de cánticos. Venid, abrazadme una vez más, y no olvidéis á vuestra amiga.

—No, no; esta noche voy de nuevo á soñar mucho con vos.

—¿Habéis ya soñado otra vez conmigo?—dija la condesa sorprendida.—¿Y qué habéis soñado, mi querida niña?

—Oh! cosas muy lindas!..... He soñado que vos érais mi madre, que yo estaba á vuestro lado, descansando en vuestros brazos; que vos me abrazábais, y que me dábais muchos besos.....

—¡Hasta mañana!—exclamó la condesa con voz conmovida.

Y tomando de la mano á la dueña, casi arrastrando la llevó hasta la calle, como si hubiera querido escapar de un peligro inminente.

## IV.

—Habéis tenido la bondad de mandarme venir, señora,—dijo Madre de las huérfanas, entrando á la habitación de la condesa de Almatá:—aquí me tenéis á vuestras órdenes.

—Sed bienvenida, querida Madre,—dijo la condesa.—Sentáos á mi lado, en este sillón, que tengo que hablaros muchas cosas..... Sin duda adivináis el objeto de que quiero hacer mención, ¿no es verdad?

—De Houten Clara, señora.

—En efecto..... ¿Conocéis la historia de esa niña?

—No sé sino muy poca cosa, señora. Houten Clara tenía ya un año en el Establecimiento, cuando yo entré en él como directora. Allí supe, que después del incendio y la devastación de una aldea, la niña había quedado huérfana, y que un soldado, compadecido de ella, la había recogido y tomado á su cargo. Más tarde, cediendo á las instancias de un pariente del fundador de nuestro Establecimiento, la niña fué recibida entre las huérfanas. Por mi parte, no he creído nunca esta historia, y siempre he visto en ella una fábula inventada para ocultar el verdadero origen de Clara.

—¿Y Clara, no sabe nada de sus padres?

—Lo que ella puede recordar vagamente, es que, aún muy niña, vivía en una aldea, en casa de unos pobres del lugar. Y lo que me hace creer que la niña no ha conocido ni los cuidados ni el amor de una madre, es, que de todos los seres que la rodeaban, no se acuerda más que de un corderito con quien compartía sus juegos y sus alegrías. Esto prueba que Clara no conoció á su madre, ó, si lo queréis mejor, que su madre la había abandonado.

A estas palabras, la condesa quedó sumergida en una profunda preocupación y como ab-



sorta en sus pensamientos. Al verla así la Madre, adivinó en el instante la causa. La buena mujer estaba convencida de que la condesa quería confiarle un secreto, y bajo la influencia de esta idea, se esforzaba en dar á la noble dama la ocasión de cumplir su deseo. Una sabia prudencia y una grande generosidad la impedían ir directamente á su objeto: comprendía que debía respetar el pudor de la condesa, y no quería arrancarle una confesión que aquella quizás no podría hacer. Por otro parte, ella, la Madre, ¿no estaría engañada?

Viendo que la condesa no decía nada, la Madre terminó sus explicaciones con estas palabras, llamando la atención de aquella:

—He ahí, señora condesa, todo lo que sé de la historia de Houten Clara.

—¡Houten Clara!..... ¿Por qué no prohibís á vuestras educandas el dar á esa niña tan feo sobrenombre?

—Señora: querer y poder son dos cosas muy diferentes. Tenemos que estar al cuidado de otras cosas más importantes. Estad segura que es más fácil conducir un regimiento que una multitud de muchachas.....

—Mirad, querida Madre: os he hecho venir para que me hagáis saber lo que podría hacer una persona que quisiera proteger y favorecer á la pequeña Clara.

—Supongo, señora, que la protectora será la condesa de Almata, ¿no es verdad?..... Desde luego podéis sacar á la niña de la casa de las huérfanas y hacerla educar en la vuestra; porque todas las huérfanas están destinadas á ser colocadas como obreras ó como sirvientes, á menos que dejen la casa para contraer un matrimonio que las honre, lo que sucede también de vez en cuando.....

La Madre se caló y pareció esperar una respuesta de la condesa; pero ésta hizo un gesto de impaciencia, como diciendo:

—¿Y después?.....¿después?.....

—Después, cada huérfana guarda una parte

del salario de su trabajo: esta ganancia insignificante, pero cotidiana, se acumula y forma para cada una de ellas un pequeño capital. Cuando alguna deja la casa para casarse, sus economías le sirven de dote; y si sale del Establecimiento para entrar á servir, es para ella un recurso contra las necesidades imprevistas y una garantía contra el vicio. Una persona bienhechora puede, pues, añadiendo algún dinero á las economías de una huérfana, endulzar y asegurar la existencia de ésta para el porvenir.....

—¿Eso es todo, querida Madre?

—No conozco otro medio, señora; porque mientras que una huérfana está en la casa, tiene que usar el traje que previenen nuestras reglas; come en la mesa común; no puede tener nunca dinero á su disposición, salvo alguna pequeña suma determinada; jamás puede salir sino con un permiso especial, y solamente para ir á trabajar en casas cuya honradez es notoria.

Los movimientos inquietos de la condesa revelaban bastante la pena que le causaban las palabras de la Madre. Lanzando entonces un doloroso suspiro, dijo con voz muy triste:

—¡Dios mío! ¿Cuál será, pues, la suerte de Clara?

—No es difícil saberlo, señora. Más tarde, será mi criada en la casa y deberá servir también á las otras huérfanas; hará la limpieza, lavará, trabajará en la cocina.....

—¡Ella!..... ¡Clara!—exclamó la condesa con indignación: —¡ella servirá como una criada!.....

—Seguramente, señora.....

—Oh! eso no puede ser, querida Madre, yo no quiero.....

—Y bien, señora condesa, si lo he determinado así, es por el cariño que le tengo á la niña. Suponed que ella no tiene que ser mi criada, ó por mejor decir, criada de nuestra casa: su suerte sería ciertamente peor, porque estaría reducida entonces á entrar á servir en casas extrañas y sufrir allí la brusquedad de los amos,

la servidumbre, y acaso los malos tratamientos. Queda todavía el convento; pero sería cruel é inhumano decidir en este sentido de la suerte de una jovencita de doce años, pues que nadie puede saber cuáles serán las inclinaciones de su corazón con el transcurso del tiempo.....

La condesa, presa de una grande emoción, estrechó vivamente la mano de la Madre, y dijo:

—Oh!..... gracias por el generoso afecto que profesáis á esa querida niña; una madre no hablaría con más tierna solicitud: sois una mujer buena y sensata. Pero, decidme, ¿no sería posible sustraer á Clara de esa humilde condición?

—No comprendo bien, señora.

—Por ejemplo, si se le dieran maestros que le enseñasen el español y todo lo que debe saber una joven bien educada.

—¡Ah, señorial..... los administradores de la casa no lo permitirían. Una instrucción semejante no conviene ni á una obrera ni á una sirvienta; esto sería para ella un gérmen de vanidad y de vicio.

—¡Sirvienta!—esclamó la condesa suspirando:—¡No, no, eso no será, Dios mío!.....

Y levantándose, fué y abrió un armario, tomó de él una bolsa pesada, que tendió á la Madre diciendo:

—Tomad, mi excelente amiga, aquí tenéis una bolsa llena de oro; contiene una suma considerable: añadidla á las economías de Clara y hacidle así la vida más dulce; no le rehuséis nada, satisfaced sus menores deseos, hacidla aprender todo, tenedla siempre contenta y feliz; que ese querido ángel no tenga nunca la menor amargura. Haced todo esto, y creed que enteramente estaré reconocida á vuestra bondad.

—Las economías de las huérfanas están en manos de los administradores, señora; y una

vez allí, ya tienen uso determinado. No puedo, pues, hacer lo que me indicáis.

—¡Ay de mí! ¡todo contraría mis designios!... ¡Qué cruel fatalidad!

—Sin embargo, señora, si consentís en que yo guarde en mi poder una parte de este dinero, trataré de cumplir como pueda lo que me ordene vuestra bondad.

—Sí, sí, querida Madre; os doy gracias porque venís tan generosamente en mi ayuda.

—Yo haré unir el resto á las economías de Clara, á petición de..... de la condesa de Almata, ¿no es así?

A esta pregunta, la condesa se turbó visiblemente y bajó los ojos como una persona que reflexiona ó que no sabe qué responder.

—¿Será necesario decir que un desconocido ha puesto en mis manos esta suma?—preguntó la Madre, dando á su voz una entonación particular.

—Sí, sí, un desconocido,—respondió la condesa;—una persona que ha desaparecido y de quien no se ha vuelto á saber nada: sí, así estará muy bien.....

Mientras más se prolongaba la conversación, más firme se iba haciendo en la Madre la convicción de que no se había engañado sobre la naturaleza de las relaciones que existían entre la condesa y Houten Clara; comprendía que un peso terrible oprimía el corazón de la noble dama y que ésta se hallaba dispuesta á desahogarse confiándole su secreto: creía tener una prueba suficiente en el poco cuidado con que la condesa ocultaba su secreto. Resolvió, pues, allanar todos los obstáculos para dar lugar á una explicación, si la condesa así lo deseaba. La ocasión no tardó en presentarse.

—¿No es verdad,—dijo la condesa,—que daréis á Clara un maestro de español, y que la haréis aprender todo lo que una joven debe saber para ser bien recibida en la sociedad?

—No, señora, eso es imposible: saber mu-

chas cosas, es con frecuencia, para una mujer de humilde condición, un origen de desgraciae.

—¡Dios mío!..... querida Madre, sois verdaderamente cruel; Clara es de sangre noble, os lo aseguro.

—Lo sabía ya, antes de tener la honra de conoceros,—dijo la Madre con sangre fría.

—¿Por quién lo habéis sabido?—preguntó la condesa estupefacta.

—Por la misma Clara.

—¡Cómo!..... ¿Clara lo sabe?

—No, señora condesa, no lo sabe, y sin embargo, lo dice.

—Pero ¿qué enigma es ese?..... No os comprendo.

—En efecto, es extraño. ¿La señora condesa sin duda ha oído hablar de una enfermedad, ó más bien, de un estado extraordinario que se llama sonambulismo?

—Sí..... ¿y bien?.....

—La pequeña Clara es sonámbula.

—Oh!..... ¡la pobre niña!.....

—No os aflijáis, señora condesa; la niña no parece sufrir, y además, eso desaparecerá con la edad. No todo el año está en ese estado, sino únicamente en el mes de Mayo, y sólo dura así tres semanas.

—¿Y qué sucede entonces?..... Por el amor de Dios, tranquilizadme; me hacéis sufrir horriblemente.

—Fiad en mi palabra, señora; no hay motivo para que os asustéis tanto. En la época en que yo comencé á dirigir el Establecimiento, Clara dormía en el dormitorio de las huérfanas; en la primavera, volvía á sus paseos nocturnos, y aunque las otras niñas conocían su mal, sucedía con frecuencia que sentían tal espanto, que toda la casa se trastornaba. Temía yo que la niña se fuera á herir mortalmente, por lo que hice colocar su lecho en el primer departamento, en una pieza que está muy cerca de la escalera. Desde luego lo primero que hice fué cerrar la puerta de Clara; pero esto sin

duda la causó mucha pena, porque cuando se levantaba por la noche, se martirizaba y se hería las manos tratando de abrir la cerradura. Recuerdo que una vez se hirió gravemente al romper con las manos los vidrios de la ventana: el señor Tyfelynck, médico de nuestra casa, me ordenó dejar abierta la puerta de su habitación. En ese departamento hay, como lo habéis visto, dos puertas, una que da á la calle y la otra al patio; de suerte que cuando Clara se pasea dormida, no puede mas que bajar la escalera y vagar en un espacio limitado, entre dos puertas, donde nada hay que pueda herirla ni hacerle ningún mal.....

—Madre, querida Madre, por el amor de Dios, daos prisa en concluir; vuestra narración me hace temblar.....

La Madre dirigió á la condesa una mirada penetrante, y prosiguió:

—En la época del año en que Clara es atacada del sonambulismo, deja su lecho hacia media noche, baja con frecuencia la escalera y se sienta sobre el último escalón. Allí permanece cerca de una media hora, después sube, vuelve á acostarse, y se duerme tranquilamente hasta la mañana. Pero cuando se halla en aquel estado, lo sorprendente es que sus ojos están abiertos, ve donde hay luz, habla, pregunta y responde distintamente y con mucha más inteligencia que durante el día. Su memoria debe tener también en aquellos momentos mucha más lucidez, porque entonces habla de ciertas circunstancias de su primera infancia, de las que, estando despierta, no conserva el menor recuerdo. Alguien debe haberle dicho con frecuencia que su madre es rica, de familia noble, y así lo he comprendido muchas veces al oír las palabras entrecortadas de Clara: pero es inútil hablarle de eso durante el día, porque no puede acordarse absolutamente de lo que ha dicho ó hecho durante sus accesos de sonambulismo. Clara no sabría tampoco que por las noches abandona la cama, si algunas

veces no se la hubiera despertado pronunciando su nombre; porque basta pronunciar éste, para que ella despierte inmediatamente de su misterioso sueño.

—Pero vos no me decís, querida Madre, que alguna vez hayáis intentado salvar á la pobre niña de ese espantoso mal: esta indiferencia es imperdonable..... ¡Cómo es posible ver sufrir á un ángel, sin remover cielo y tierra para curarlo!..... ¡Ah, si yo hubiera estado en vuestro lugar!.....

—Yo sé, señora condesa, que podrían haberse consultado muchos médicos..... ¿Y quién os ha dicho que yo, que no soy rica, no haya hecho por amor á esa niña, lo que una condesa no podría hacer con todo el oro del mundo?.....

—Oh! perdonad mi precipitación; es que sufro horriblemente, querida Madre.....

—Pero dejadme continuar, señora, porque me falta aún que contaros lo más maravilloso. Cuando Clara está sentada al pié de la escalera y se le dirige la palabra, responde siempre como si le hablara á su propia madre. Si no se contraría el arrebató de su corazón, un fuego de amor se apodera de ella y os estrecha en sus brazos, os colma de besos, os sonrío; se sube sobre vuestras rodillas, acaricia vuestro rostro, y os mira de tal manera en los ojos, como si quisiera leer en el fondo de vuestra alma; fascina vuestros oídos con un torrente de cariñosas palabras, y os hace olvidaros de vos misma por un misterioso poder tan inexplicable como incomprendible y que os hace temblar.

La Madre suspendió su relación como para escuchar las observaciones de la condesa; pero ésta, inmóvil, con el cuello tendido y abiertos extraordinariamente sus lindos ojos, respiraba ardientemente al estar oyendo la narración.

—Yo me imagino, señora, que la madre de Clara, cuando ésta estaba muy niña aún, la cubría de caricias y besos, acaso durante muchas horas y derramando lágrimas; pues con mucha

frecuencia Clara, en su extraño sueño, llora. Tan conmovedora está entonces la niña, tan hermosa de ternura y de amor, que nadie en el mundo, aunque tuviera un corazón de piedra, podría resistir á sus acciones y á sus palabras. ¡Ah, si su madre pudiese oirla!..... Seguramente arrostraría todos los peligros por estrechar á su hija entre sus brazos y consolarla en su tristeza; para hacerla dichosa, en fin; porque esta querida niña sufre horriblemente y languidece devorada por una enfermedad misteriosa..... Pero vos lloráis, señora condesa; mi narración os ha conmovido demasiado..... Os suplico que me perdonéis.....

La condesa parecía haber olvidado su situación, y lágrimas silenciosas se escapaban de sus ojos; no respondió á la Madre, como si hubiera olvidado su presencia, y aun cuando esta excelente mujer le tomó la mano para consolarla, no hizo ningún movimiento.

Por largo rato ambas permanecieron en silencio.

De repente y con violencia la condesa se levantó, un vivo rubor cubrió su frente, fijó un momento los ojos en el suelo como agobiada de confusión, y yendo luego á estrechar entre sus brazos á la Madre de las huérfanas, la dijo sollozando y con voz casi ininteligible:

—Oh! ¡tened piedad de mí, mi buena amiga!..... ¡Clara es mi hija!..... ¡A mí es á quien llama..... á mí es á quien acaricia!..... Y un torrente de lágrimas se escapó de sus ojos, ahogando sus palabras.

Durante algunos instantes la Madre permaneció en silencio, respetando el dolor de la condesa; después acercó su boca al oído de aquélla, y le dirigió palabras consoladoras: le habló otra vez de Clara, le indicó el medio de asegurar la felicidad de la niña; en una palabra, hizo y dijo todo lo que, su generoso corazón le inspiró para procurar algún alivio al corazón oprimido de la condesa. Poco á poco consiguió lo que deseaba; y el alma de la condesa, sin-

tiéndose libre del secreto que pesaba sobre ella hacía tanto tiempo, pudo al fin hablar más libremente y con alguna serenidad.

Las dos mujeres hablaron largo tiempo de la niña, sobre todo de su enfermedad, de la que la condesa quiso conocer hasta el menor detalle.

De súbito la noble dama palideció y empezó á temblar llena de ansiedad.

En tanto que la Madre trataba de adivinar el motivo de esta repentina emoción, la condesa abrió una caja, sacó de ella algunas piezas de encaje, que arrojó sobre la mesa, y dijo:

— Madre, querida Madre, el conde de Almata viene; ya he oído abrir la puerta..... Oh! mi querida amiga, partid cuanto antes, para que él no os encuentre aquí: podría hacer os preguntas á las cuales os sería difícil responder. Ocultad el dinero, y si os encuentra, decid que habéis venido á vender encajes..... Partid; hasta mañana..... Yo os iré á veros todos los días.....

La Madre se levantó y salió precipitadamente de la habitación. Al bajar la escalera, encontró efectivamente al conde, que la miró con una curiosidad investigadora, pero sin dirigirle una sola palabra.

Domingo, silencioso también, abrió la puerta y dejó pasar á la Madre.

## V.

Quince días habían trascurrido desde que la condesa de Almata había confiado su secreto á la Madre-directora de las huérfanas. Todos los días, á la hora de siesta con más frecuencia, la condesa iba á ver á su hija, con quien, gracias á la condescendencia de la Madre, permanecía dos ó tres horas acariciándola y enseñándole el arte de vivir en sociedad; había comenzado, además, á enseñarla la lengua españo-

la. En esta época era necesario poseer esta lengua extranjera, si no se quería pasar por una persona de origen plebeyo; y como la condesa se había propuesto hacer todos sus esfuerzos por educar á Clara de una manera superior á su condición de huérfana, natural era que este fuera el punto principal sobre el que más se fijara al emprender la educación de la niña.

Houten Clara, amante por naturaleza, había consagrado á su protectora una ternura sin límites; sus dulces palabras y sus inocentes caricias, que hubieran bastado para seducir el corazón de una persona extraña, habían producido tal efecto en el alma de la condesa, que ésta lo olvidó todo para no pensar más que en la angelical niña. El conde de Almata no estaba muy satisfecho con saber que su mujer pasaba días enteros fuera de su casa, bajo el inverosímil pretexto de que había encontrado en la Madre de las huérfanas una antigua amiga de colegio, cuya compañía le era muy agradable. La sospecha se había de nuevo despertado tanto más viva en su corazón, cuanto porque volvía á verse repentinamente abandonado y olvidado por la condesa; pero quiso permanecer fiel á su palabra, y aunque sintió algún disgusto por la conducta de su esposa, no la hizo espiar, y ni mostró siquiera el menor deseo de saber más de lo que ella misma le dijera. La desconfianza y la cólera se iban desarrollando silenciosamente en su corazón. Indudablemente la tempestad, si algún día tenía que estallar, sería terrible.

Una noticia llegada de España vino repentinamente á cambiar el curso de los acontecimientos. Un tío del conde de Almata había muerto, dejando á éste heredero de todos sus bienes: la mayor parte de estos consistía en tierras vecinas á la ciudad de Rota (Andalucía), en un gran número de casas en Jerez de la Frontera, y numerosos navíos que iban de Cadiz al Nuevo Mundo. Las riquezas que de tal modo venían á aumentar la fortuna del

tiéndose libre del secreto que pesaba sobre ella hacía tanto tiempo, pudo al fin hablar más libremente y con alguna serenidad.

Las dos mujeres hablaron largo tiempo de la niña, sobre todo de su enfermedad, de la que la condesa quiso conocer hasta el menor detalle.

De súbito la noble dama palideció y empezó á temblar llena de ansiedad.

En tanto que la Madre trataba de adivinar el motivo de esta repentina emoción, la condesa abrió una caja, sacó de ella algunas piezas de encaje, que arrojó sobre la mesa, y dijo:

— Madre, querida Madre, el conde de Almata viene; ya he oído abrir la puerta..... Oh! mi querida amiga, partid cuanto antes, para que él no os encuentre aquí: podría hacer os preguntas á las cuales os sería difícil responder. Ocultad el dinero, y si os encuentra, decid que habéis venido á vender encajes..... Partid; hasta mañana..... Yo os iré á veros todos los días.....

La Madre se levantó y salió precipitadamente de la habitación. Al bajar la escalera, encontró efectivamente al conde, que la miró con una curiosidad investigadora, pero sin dirigirle una sola palabra.

Domingo, silencioso también, abrió la puerta y dejó pasar á la Madre.

## V.

Quince días habían trascurrido desde que la condesa de Almata había confiado su secreto á la Madre-directora de las huérfanas. Todos los días, á la hora de siesta con más frecuencia, la condesa iba á ver á su hija, con quien, gracias á la condescendencia de la Madre, permanecía dos ó tres horas acariciándola y enseñándole el arte de vivir en sociedad; había comenzado, además, á enseñarla la lengua españo-

la. En esta época era necesario poseer esta lengua extranjera, si no se quería pasar por una persona de origen plebeyo; y como la condesa se había propuesto hacer todos sus esfuerzos por educar á Clara de una manera superior á su condición de huérfana, natural era que este fuera el punto principal sobre el que más se fijara al emprender la educación de la niña.

Houten Clara, amante por naturaleza, había consagrado á su protectora una ternura sin límites; sus dulces palabras y sus inocentes caricias, que hubieran bastado para seducir el corazón de una persona extraña, habían producido tal efecto en el alma de la condesa, que ésta lo olvidó todo para no pensar más que en la angelical niña. El conde de Almata no estaba muy satisfecho con saber que su mujer pasaba días enteros fuera de su casa, bajo el inverosímil pretexto de que había encontrado en la Madre de las huérfanas una antigua amiga de colegio, cuya compañía le era muy agradable. La sospecha se había de nuevo despertado tanto más viva en su corazón, cuanto porque volvía á verse repentinamente abandonado y olvidado por la condesa; pero quiso permanecer fiel á su palabra, y aunque sintió algún disgusto por la conducta de su esposa, no la hizo espiar, y ni mostró siquiera el menor deseo de saber más de lo que ella misma le dijera. La desconfianza y la cólera se iban desarrollando silenciosamente en su corazón. Indudablemente la tempestad, si algún día tenía que estallar, sería terrible.

Una noticia llegada de España vino repentinamente á cambiar el curso de los acontecimientos. Un tío del conde de Almata había muerto, dejando á éste heredero de todos sus bienes: la mayor parte de estos consistía en tierras vecinas á la ciudad de Rota (Andalucía), en un gran número de casas en Jerez de la Frontera, y numerosos navíos que iban de Cadiz al Nuevo Mundo. Las riquezas que de tal modo venían á aumentar la fortuna del

conde de Almata, escapaban, por decirlo así, á toda estimación; y para impedir la pérdida que podría sufrir una fortuna de tal manera dividida, el conde vió que le era preciso partir muy pronto para España. Vió también en este suceso una circunstancia favorable para inducir á su mujer á dejar los Países Bajos, sin que ella pudiera oponerse á esto. Cuando anunció á la condesa su partida, advirtió que una palidez mortal se extendió por el rostro de su esposa, y más tarde la sorprendió con los ojos encendidos é inflamados por el llanto; pero él siguió un plan de conducta, como si no hubiera atribuido esa tristeza á una causa secreta: le bastó tener la certidumbre de que iba á alejarse con la condesa del objeto desconocido que la retenía en los Países Bajos.

La víspera de la marcha, la condesa y la dueña estaban silenciosamente sentadas en la misma habitación en que hemos visto á la primera al principio de nuestra relación. Hacía largo rato que ambas, sin cambiar una sola palabra, parecían esperar á alguien con temor ó impaciencia. A veces se dibujaba en el rostro de la condesa una imperceptible sonrisa, que desaparecía para dar lugar á la triste expresión de la melancolía y la meditación; el rostro de la dueña, por el contrario, revelaba un doloroso desaliento.

Cuando sonaron las diez y media en los templos vecinos, ambas levantaron la cabeza y sus miradas se fijaron con ansiedad en la puerta de la habitación: se oía el ruido de unos pasos que se acercaban.

—¡Cielos! ¡no se ha acostado aún!—murmuró la condesa.

El conde de Almata entró en la habitación, fijó en su esposa y en la dueña una mirada interrogadora, y dijo á la primera:

—¿Estáis despierta aún, Catalina? ..... ¿Por qué no os habéis entregado al descanso, sabiendo que mañana debemos emprender un largo y penoso viaje?..... Estáis triste, lo sé; pero

es necesario, sin embargo, que os mostréis un poco razonable y os sometáis con resignación á la necesidad.

—En este momento vamos á entregarnos al descanso,—respondió la condesa levantándose y tomando una luz.

—No sé lo que esto significa,—dijo el conde;—pero es extraño que ahora en la casa nadie quiera recogerse todavía. El mismo Domingo, que tiene la costumbre de dormir desde las nueve y roncar en cualquiera parte que se encuentra, no halla razones qué inventar para excusarse de estar despierto hasta media noche. Todos los preparativos del viaje están, sin embargo, terminados desde esta mañana.

La condesa no respondió á esta observación; y queriendo al parecer evitar una conversación más larga con el conde, dijo, llevando la mano á la puerta de la habitación donde dormía:

—Voy á aprovechar vuestro buen consejo, Calixto, y trataré de reposar, si esto me es posible. No sin tristeza se deja la patria, cuando se ignora si algún día volveremos á verla...

—La volveréis á ver, Catalina..... Pero por el amor de Dios, no os exaltéis tanto, pensando en todo lo que puede entristeceros. Dormid bien..... Hasta mañana.

—Hasta mañana, Calixto.

El conde salió de allí y se dirigió á sus habitaciones, situadas del lado del jardín. La condesa entró en la suya, seguida de su dueña, y ambas tomaron asiento sin que nada revelase en ellas la intención de entregarse al descanso del sueño. Después de haber escuchado con atención durante algunos instantes, y no percibiendo ningún ruido, dijo la condesa con voz que apenas se le oía:

—¡Ah, Inés!..... ¡Si Domingo nos hubiera hecho traición! ¡Si hubiera revelado nuestro proyecto á su amor!.....

—No lo hará, señora.

—¿Estás muy segura de ello, Inés?

—Ah!..... yo lo he prometido que á nuestra

llegada á Madrid le daré por mujer á mi hermosa Antonieta. Esta promesa le decidirá á correr con los pies desnudos sobre carbones ardiendo..... No temáis nada de él.

—Gracias, Inés; esta seguridad disminuye mis angustias; yo temblaba, tenía miedo de alguna traición; porque el conde nos miraba con tanta severidad, y su mirada se fijaba en mí de tal manera.....

—No creo, señora, que el conde tenga nuevas sospechas; no es más que su desconfianza habitual, desconfianza muy fundada y muy justa desgraciadamente. Yo os suplico, señora, os ruego una vez más, que me permitáis haceros oír la voz de la razón, antes de que pongáis en ejecución vuestro peligroso designio; y perdonadme si os digo palabras que os desagradan.....

—Habla, Inés; dí todo lo que quieras, mi buena amiga, y no olvidéis la miserable situación en que me encuentro.

—Haciendo lo que vais á hacer, ponéis en peligro vuestra vida y la mía; y además os arriesgáis á perder vuestro honor de esposa, porque, ¿quién podría haceros justicia, si la venganza sangrienta y en apariencia legítima del conde, sepultara con nosotros vuestro secreto en la tumba?

—Ah! ¡ten piedad de mí, Inés!..... Todo eso es por demás inútil.

—Y para mí es indiferente, señora; el valor no me falta, y más de una vez he visto cerca de mí la punta de un puñal; pero lo que yo quiero, es que vos, —á quien por amor y gratitud me he consagrado como una esclava, — quiero, repito, que vos, señora, sepáis bien que no he consentido libremente en el paso que vamos á dar..... Yo os lo he reprobado, ¿no es verdad?

—Sí, sí, Inés.....

—He recurrido á las lágrimas, á la persuasión, á la cólera, ¿no es verdad?

—Sí, mi querida Inés, yo no hago pesar sobre tí ninguna responsabilidad.

—¿Y persistís en vuestra primera resolución? ¿Queréis poner en peligro vuestra vida y vuestra honra, por un placer que no puede durar más que una media hora?

—¡Cuán ligeramente hablas, Inés!..... ¿Quiéres, pues, privarme de la última felicidad que acaso me será concedida sobre la tierra?... Mañana partimos para España..... ¿quién sabe si ya nunca volveremos á ver nuestra queridísima patria, los Países Bajos?..... ¿Y habría yo de dejar á mi Clara sin que su boca murmurase á mi oído el nombre de madre, sin que sepa por qué la adoro?..... ¿Habría de partir como una extraña, abandonándola con indiferencia á su destino de esclava?..... ¡No, no, es imposible!..... Comprendo que tienes razón, Inés; que soy una loca, una insensata; pero en vano lucharía contra el sentimiento que me domina..... ¡Así es necesario!

—Muchas cosas habría que contestaros, señora; pero esto sería inútil..... Y bien, sea; no esperéis más observaciones de mi parte; suceda lo que sucediere, yo os obedeceré. Dentro de algunos instantes ya no será tiempo. Domingo nos espera ya, prevenido con la llave; el portero de la casa de las huérfanas estará también esperándonos en su puesto: cree este hombre que vamos á cumplir con una buena obra y que queremos curar á la pequeña Clara de su sonambulismo.

Trascurrió un cuarto de hora en el más profundo silencio; después la dueña se levantó, cubrió con un abrigo á la condesa, y dijo:

—Señora, ya es tiempo: procurad no hacer ruido al andar. Y ahora, ni una palabra más, mientras estemos aquí. Seguidme.....

Ambas dejaron la habitación y bajaron la escalera en la más profunda oscuridad y con las más grandes precauciones. Ya iban á terminar su descenso, cuando oyeron repentinamente un ruido en el primer piso. Las dos se



detuvieron y escucharon llenas de ansiedad, pero no volvieron á oír nada.

—¡Desdichadas de nosotras!—exclamó la condesa.—¿No venís ese ruido de la habitación del conde?

—Callaos, señora,—respondió la dueña;—creo que no ha venido de allí; tranquilizaos.

Después de haber estado bastante rato con el oído atento la dueña, dijo:

—No es nada..... Venid.

Y volviéndose hacia la puerta, llamó en voz muy baja:

—¿Estáis ahí, Domingo?

—Hace largo rato que espero,—respondió el criado en las tinieblas.

La condesa y la dueña se aproximaron á la puerta, y después que ésta fué abierta con precaución, ambas salieron, y por fin se encontraron en la calle.

Desde el momento en que llegaron delante de la casa de las huérfanas, la puerta se abrió como por sí misma, porque un hombre espía-ba por el postigo la llegada de la condesa y la dueña.

La Madre las recibió y las condujo al locutorio, donde brillaba una luz tenue. En seguida dijo á la condesa:

—Habéis tardado mucho, señora. Clara podría haber bajado ya, porque la hora en que lo hace, no es tan precisa que no pueda haber diferencia de una á otra noche. Estad lista, señora; Clara no debe veros; os esperamos con cuidado; y guardaos bien de pronunciar su nombre, porque al instante despertaría.....

—Haced frío,—dijo la condesa;—¿no podría enfermarse la niña si eso durase mucho tiempo?

—No temáis nada, señora; he mandado hacer para la niña vestidos de noche. Durante el período en que se halla atacada de esa enfermedad, se acuesta con esos vestidos..... Escuchad..... allá arriba: la oigo que se levanta..... Id al momento; nosotras nos quedamos

aquí..... Cerca de la escalera hay una silla para vos..... Tomad la lámpara, señora.

La condesa tomó la luz y fué á colocarse al pie de la escalera. Su corazón latía precipitadamente, y temblaba toda ella presa de una profunda ansiedad. El exceso de la alegría era el que de tal modo agitaba sus nervios, porque entreveía un cielo de felicidad en la escena que iba á tener lugar..... ¡Pobre mujer! En su seno ardía como una llama devoradora el inmenso é irresistible sentimiento del amor maternal: una sola hija le había dado el cielo; durante ocho años había sufrido y languidecido, y sólo la habían acompañado las desdichas y las tristezas; su amor para su hija desgraciada y abandonada, había hecho de ella una mártir. Es cierto que algún tiempo después había encontrado la recompensa de tantos dolores: se había embriagado con las caricias, con los besos, con la sonrisa de Clara; pero ¡ay! se veía aún una extraña para la niña, y jamás el dulce nombre de madre había resonado en su oído..... Al fin, iba á oír este nombre sagrado, que llega como un acorde divino al corazón de la mujer y lo llena de una inefable alegría. No era, pues, admirable que el triste silencio que allí la rodeaba, ni la impenetrable oscuridad de aquella parte de la casa á cuyos extremos distantes no llegaba ningún rayo de luz de la pequeña lamparilla, causaran alguna impresión en su alma; la aproximación del solemne momento que esperaba, la llenaba de una alegría que la dominaba enteramente. Inmóvil se hallaba al pie de la escalera, y miraba hacia arriba con ansiedad.

Pronto apareció Houten Clara.

Estaba enteramente vestida de tela de lino tan blanca como la nieve; sus blondos cabellos, bastante cortos, flotaban en graciosos rizos sobre sus espaldas; sus mejillas tenían el tinte de la rosa, y sus grandes ojos parecían aún más azules que durante el día; sus pupilas estaban dilatadas y brillaban con un fuego extraño ba-

jo su frente pura. A esa hora misteriosa de la media noche, Houten Clara, lejos de semejar-se á un fantasma, parecía, por el contrario, la imagen viva de ese ángel hermoso y sonriente que la imaginación de una madre cree ver al lado de la cuna de su hijo.

Apenas la niña percibió á la condesa, una sonrisa dulce y tranquila se dibujó en su rostro, y su voz argentina murmuró con una inefable y penetrante dulzura:

—¡Ah, mamá!..... ¿estáis allí?..... ¡Aquí estoy ya!.....

Al decir estas palabras, abrió los brazos para estrechar en ellos á la condesa, y bajó la escalera con una alegre precipitación. Apenas la condesa había dejado la lámpara en el suelo, cuando ya la niña se había suspendido de su cuello y la cubría de besos, como si se regocijara al verla de vuelta después de una ausencia de muchos años. Entre aquellos besos se perdían palabras que, por incomprensibles que fuesen, caían al corazón de la condesa llenándolo de felicidad. Casi sucumbía la noble dama á la emoción que le causaban las caricias apasionadas de la niña; sin hablar una sola palabra, estrechaba á Clara sobre su seno, y olvidándose de sí misma, se embriagaba con el nombre de madre que dulcemente se escapaba sin cesar de los labios de la niña. De repente se desprendió ésta de los brazos de la condesa, y fué á sentarse sobre la última grada de la escalera, al lado del pilar de madera, tirando de la mano á la dama, y diciéndole, con una sonrisa encantadora:

—¡Ah! querida mamá, sentaos aquí, sobre la silla..... ¡Soy tan feliz cuando vos también estáis aquí!..... Ah! ¡cuán triste he estado y cuánto he llorado!..... Siete días hace que vengo á sentarme aquí..... y me encuentro sola..... y espero tristemente!.....

—¡Te engañas!—exclamó la condesa como devorada por los celos.—La mujer de quien tú

hablas no es tu madre: yo sí lo soy; tú eres mi hijal.....

Houten Clara contempló á la condesa con admiración, y dijo:

—¿Por qué decís eso con un tono tan extraño? Bien sé que sois mi madre; pero ¿por qué, pues, no venís todos los días?..... Vos me lo habíais prometido..... Las niñas que tienen una madre, siempre están á su lado!.....

Una tristeza profunda dobló la frente de la condesa, y dolorosos suspiros respondieron solamente á la pregunta de Clara. Esta replicó entonces:

—¡Dios mío! querida mamá, ya no estéis triste; ya no os diré más. Bien sé que si no podéis venir todos los días, ne tenéis vos la culpa.

Y rodeando con sus bracitos el cuello de la condesa, unió al de ésta su rostro encantador, y dijo con una voz suplicante:

—¡Oh! ¿de veras estáis enfadada, querida mamá?..... ¡Os amo tantol..... Cuando puedo estar cerca de vos y descansar en vuestros brazos, soy tan feliz, como no lo pueden ser los ángeles en el paraíso. Pero no os mostréis enfadada, mamá, porque así me hacéis daño.....

Parecía que las dulces palabras de la niña ya no producían ningún efecto en el alma de la condesa; porque ésta, dejándose cubrir de caricias y besos, parecía sumergida en profundos y sombríos pensamientos. Había esperado poder decir á Clara:—¡yo soy tu madre!—y que la niña hubiera comprendido, al menos en su sonambulismo, toda la importancia de esta declaración. Ahora que la misma Clara la miraba como á su verdadera madre y parecía no poder hacer ninguna diferencia entre ella y la Madre de las huérfanas, la condesa debía renunciar á una revelación que parecía ser por demás. Como la dicha que había esperado se le escapaba, la entrevista por tanto tiempo esperada perdía todos sus encantos, y por esto fué por lo que dijo con un triste abatimiento:

—¡Pobre niña!..... No es tu madre la otra mujer: yo soía, yo soy quien te he llevado en mi seno; yo la que he sufrido amargamente desde que tú veniste al mundo; yo la que he vertido lágrimas durante largos años por tu desgraciada suerte; yo la que he podido morir, víctima de la piedad y el amor que tengo para tí..... Ah! yo expongo mi vida á la vengativa cólera de un esposo irritado, y pongo en peligro mi honra y la de mi familia por oír una sola vez de tu boca el nombre de madre..... y tú no me comprendes ¡ay de mí!

Calló la condesa, y abundantes lágrimas corrieron silenciosamente de su ojos. Houten Clara, que lloraba también por simpatía, miraba á la condesa con aire sorprendido, como si ésta le hubiera hablado en una lengua incomprendible. Al fin la niña dijo suspirando:

—¡Dios mío! querida mamá, ¿se os quiere hacer algún mal?..... ¿Por qué?.....

La condesa estrechó á la niña sobre su seno, y la dió un beso por toda respuesta. Después de haber permanecido algún tiempo abismada en una triste amargura, la noble dama levantó repentinamente la cabeza, enjugó las lágrimas que bañaban sus mejillas, estrechó con fuerza entre sus manos las de la niña, en tanto que una expresión desesperada descomponía sus facciones, y exclamó:

—¡Clara!..... ¡Clara!.....

Temblando, con la mirada fija en la niña, esperó el efecto de este llamamiento.

La niña se frotó los ojos como una persona que se despierta, dirigió á su rededor una mirada llena de ansiedad, y exclamó:

—¡Oh, Dios mío!..... ¿Dónde estoy?..... ¡Es de noche!.....

Y arrojándose en los brazos de la condesa, dijo sollozando:

—¡Tengo miedo!..... ¡está aquí tan triste, tan frío!.....

La condesa dejó á la niña que reconociera

el lugar en que se encontraba y pudiera tranquilizarse; después de esto le dijo:

—Clara, mi querida hija, ¿me reconocéis?... ¿veis bien quién soy?

—Oh! sí, señora,—respondió la niña,—ya no tengo miedo, puesto que estáis conmigo. Pero.....¿qué hacemos aquí vos y yo, solas y á unas horas tan avanzadas de la noche?

—Sentaos allí, Clara, y escuchadme sin interrumpirme; tengo que deciros muchas cosas que es necesario que no olvidéis nunca.

—¡Oh, Dios mío!.....Estáis temblando, señora.....¡Tengo miedo todavía!...

—Tranquilízate y no te inquietes más, querida niña: ningún mal puede sucedernos aquí. Escúchame con atención, por el amor de Dios..... Todos creen que tú eres una pobre huérfana, Clara; todos piensan que tú tendrás que ser una humilde criada y durante toda tu vida estarás condenada á trabajar como una esclava y obedecer á las órdenes de amos que te pagarán un miserable sueldo: tú también lo crees, y estás contenta con la desgraciada suerte que te espera. Pero todo eso es mentira, Clara..... Un día, tú mandarás como ama, te pondrás lindísimos vestidos, tendrás un magnífico carruaje, seducirás con tu hermosura á los más nobles caballeros, y desde lo alto de tu grandeza mirarás altivamente á cualquiera que se atreviere á recordar tu primera condición. Porque,—escúchame bien, mi querida hija,—tú tienes una madre que sacrificaría su vida por hacer tu felicidad. Esta madre es noble, rica, poderosa y jamás llegará á abandonar á su hija adorada!.....

Al acabar de decir estas palabras, estrechó á la niña con un abrazo convulsivo y ardiente, esperando sin duda que Clara también le prodigara mil pruebas de su dulce ternura; pero sus esperanzas fueron vanas: Houten Clara pareció caer en una profunda meditación, y dijo suspirando y como si hablase consigo misma:

—¡Seré rica..... tendré un magnífico carrua-

je..... llevaré lindísimos vestidos!..... ¡y tengo una madre! ¡Ah ¡cuánto la amaré!..... ¿Y por qué no viene, pues, mi madre á buscarme?.....

La condesa se encontraba en un estado muy próximo á la locura: un fuego ardiente brillaba en sus ojos; una sonrisa extraviada contraía su rostro. Tomó con ambas manos la cabeza de la niña, y clavando en los azules ojos de ésta una mirada penetrante, exclamó:

—Mírame, ángel mío, mírame bien..... ¡yo soy tu madre! ¿No lo comprendes en los ardientes besos que te doy, á tí, que eres el tesoro de mi alma?..... ¡Oh, querida hija mía!.....

Una viva alegría resplandeció en la fisonomía de Houten Clara; sin embargo, aún subsistía una sombra de duda en medio de su felicidad.

—¡Vos!—exclamó—¿Vos sois mi madre, mi verdadera madre, la que vive al lado de mi padre?.....

—Tu padre, hace tiempo que está en el cielo, Clara; murió, y hoy ruega á Dios por nosotros!—dijo la condesa suspirando y tratando de poner término á las preguntas de la niña con un beso.—¡Yo soy tu sola, tu verdadera madre, y tú eres solamente hija mía!.....

—¡Oh, Dios mío!—exclamó la niña:—¡Bendita sea la Santa Virgen María! ¡Qué hermosos cánticos elevaré en honor suyo toda mi vida, porque ella es quien ha hecho esto!..... ¡Qué contenta estoy con que vos seáis mi madre!... ¡Os amaba ya tanto..... pero tanto!.....

Una voz discreta dijo en este momento desde el fondo de la oscuridad:

—Señora..... señora, ya es tiempo.....

La condesa empezó á hablar en voz baja á Houten Clara, con una precipitación apasionada. Sin duda temía que pudieran recoger sus palabras oídos importunos.

La misteriosa conversación duró largo rato; la sonrisa y las lágrimas se sucedían en los rostros de la madre y de la hija; la tristeza desaparecía de allí para dar lugar á la felicidad; en

fin, Houten Clara se levantó con resolución, y después de haber dado un ardiente beso á su madre, le dijo:

—No, no diré que me habéis despertado; nadie sabrá que vos sois mi madre..... Pero volveréis, ¿no es verdad, querida mamá?..... Yo rogaré al arcángel San Miguel que os proteja ahora y siempre.

La condesa tomó la lámpara y subió la escalera con la niña; un instante después bajó y fué á reunirse con la Madre y la dueña, que ya esperaban con impaciencia.

—Vamos, Inés,—dijo la condesa,—volvamos pronto á la casa. Clara ha subido ya, y duerme tranquilamente..... Querida Madre, mañana os mandaré llamar; como no partimos sino hasta medio día, tendré tiempo de hablar con vos de cosas importantes.

La condesa y la dueña dejaron la casa de las huérfanas y se dirigieron á la suya. Cuando estuvieron delante de la puerta, llamaron suavemente con la mano para que Domingo les abriera; pero no recibieron respuesta, y en vano fué que varias veces repitieran la señal. Ya la condesa empezaba á temblar, cuando la dueña, apoyándose intencionalmente sobre la puerta, advirtió que ésta estaba entreabierta.

—No es nada, señora,—murmuró la dueña;—el perezoso de Domingo se habrá dormido en algún rincón. La puerta está abierta; entrad, y no hagáis ruido en la escalera.

Después que la dueña cerró la puerta con precaución, ambas avanzaron á tientas en las tinieblas y subieron sin que el menor ruido pudiera revelar su presencia. Cuando llegaron á la puerta de la habitación de la condesa, dejaron escapar un profundo suspiro, como si se hubieran desembarazado de un gran peso. Habían acometido la peligrosa empresa que deseaban, y volvían á encontrarse en su casa con entera seguridad y sin que ningún accidente se les hubiera interpuesto.

La dueña abrió la puerta de la habitación de

la condesa. Esta penetró; pero apenas había avanzado dos pasos, un grito horrible se escapó de su pecho, y cayó pesadamente sobre el pavimento. La dueña, pálida y temblorosa, permanecía en pié, sin inclinarse á ver á su señora, que á su lado yacía inanimada; la pobre mujer miraba fijamente en el fondo de la habitación, á la dudosa luz de la lámpara, una terrible aparición que le producía un espanto mortal: el conde de Almata estaba sentado junto al lecho de la condesa, con una pistola en cada mano y rugiendo de cólera como un león herido. Fijó en la condesa sus ojos centellantes, lanzó una carcajada amarga y sardónica, se levantó, y dirigió su mano derecha, armada con la pistola, hacia su esposa desvanecida..... Pero pareció de repente dominado por un secreto pensamiento, porque, lanzando un grito de desesperación, arrojó al suelo la arma mortífera, y salió de allí como un hombre que retrocede ante un asesinato y quiere escapar de las inspiraciones de su propia cólera. Al alejarse, profirió una horrible maldición que llegó al oído de Inés, y desapareció en las tinieblas de la escalera. La dueña cayó de rodillas al lado de la condesa, y se puso á llorar amargamente: había olvidado ya el inminente peligro que su vida acababa de correr, para no pensar ya más que en su señora.

## VI.

Sentada estaba la condesa en la habitación que daba á la calle. Su cabeza se apoyaba sobre el brazo del sillón, sus cabellos se extendían en desorden sobre su cuello, y el vestido que la cubría estaba sin ningún alifio. Un silencio lúgubre reinaba á su rededor..... Parecía la condesa un cadáver guardando la posición en que la hubiera sorprendido una muerte súbita..... Y si la lenta y penosa respiración

que agitaba su seno, manifestaba que la vida no la había abandonado aún, se veía también que un indecible martirio había debido agotar las fuerzas de la infortunada, que estaba allí abrumada por la más profunda desesperación.

El ruido de la puerta que se cerró con violencia, la hizo estremecer; levantó un poco la cabeza y escuchó con ansiedad, pero inmediatamente la dejó caer de nuevo sobre el brazo del asiento. La dueña entró precipitadamente en la habitación, tratando de amortiguar el ruido de sus pasos, y tomando el brazo de su ama, dijo á ésta con alegría:

—Señora, demos gracias á Dios: el conde acaba de entrar!

La condesa, como reanimada por esta noticia, se levantó del sillón, elevó las manos y los ojos al cielo, y dijo con una voz llena de gratitud:

—¡Sed bendito, Dios mío, por no haber permitido que esa desgracia sucediese! Protejed, Señor, á mi inocente hija. Dejadme morir en expiación de mi falta..... ¡Oh, gracias, gracias, porque habéis salvado al hombre excelente de quien yo he envenenado la vida!..... Vuestro ángel bueno ha arrancado de su alma el horrible pensamiento que la dominaba; vos no habéis querido, oh Padre celestial, que una muerte pesara sobre vuestra infortunada esclava..... Ah! ¡bendito sea vuestro santo nombre!.....

La dueña exclamó entonces, presa de un invencible terror:

—El conde está aquí, y puede venir inmediatamente..... Decidme, pues, lo que vamos á hacer..... Estoy desesperada y en una inquietud mortal.

—Vé á encontrarle, Inés, vé pronto!.....

La dueña no pareció de ningún modo dispuesta á seguir este consejo; inclinó la cabeza y guardó silencio.

—¡Desdichada de mí!—exclamó la condesa.

—¡No te atreves, Inés!..... ¿Quieres, pues, que

la condesa. Esta penetró; pero apenas había avanzado dos pasos, un grito horrible se escapó de su pecho, y cayó pesadamente sobre el pavimento. La dueña, pálida y temblorosa, permanecía en pié, sin inclinarse á ver á su señora, que á su lado yacía inanimada; la pobre mujer miraba fijamente en el fondo de la habitación, á la dudosa luz de la lámpara, una terrible aparición que le producía un espanto mortal: el conde de Almata estaba sentado junto al lecho de la condesa, con una pistola en cada mano y rugiendo de cólera como un león herido. Fijó en la condesa sus ojos centellantes, lanzó una carcajada amarga y sardónica, se levantó, y dirigió su mano derecha, armada con la pistola, hacia su esposa desvanecida..... Pero pareció de repente dominado por un secreto pensamiento, porque, lanzando un grito de desesperación, arrojó al suelo la arma mortífera, y salió de allí como un hombre que retrocede ante un asesinato y quiere escapar de las inspiraciones de su propia cólera. Al alejarse, profirió una horrible maldición que llegó al oído de Inés, y desapareció en las tinieblas de la escalera. La dueña cayó de rodillas al lado de la condesa, y se puso á llorar amargamente: había olvidado ya el inminente peligro que su vida acababa de correr, para no pensar ya más que en su señora.

## VI.

Sentada estaba la condesa en la habitación que daba á la calle. Su cabeza se apoyaba sobre el brazo del sillón, sus cabellos se extendían en desorden sobre su cuello, y el vestido que la cubría estaba sin ningún alifio. Un silencio lúgubre reinaba á su rededor..... Parecía la condesa un cadáver guardando la posición en que la hubiera sorprendido una muerte súbita..... Y si la lenta y penosa respiración

que agitaba su seno, manifestaba que la vida no la había abandonado aún, se veía también que un indecible martirio había debido agotar las fuerzas de la infortunada, que estaba allí abrumada por la más profunda desesperación.

El ruido de la puerta que se cerró con violencia, la hizo estremecer; levantó un poco la cabeza y escuchó con ansiedad, pero inmediatamente la dejó caer de nuevo sobre el brazo del asiento. La dueña entró precipitadamente en la habitación, tratando de amortiguar el ruido de sus pasos, y tomando el brazo de su ama, dijo á ésta con alegría:

—Señora, demos gracias á Dios: el conde acaba de entrar!

La condesa, como reanimada por esta noticia, se levantó del sillón, elevó las manos y los ojos al cielo, y dijo con una voz llena de gratitud:

—¡Sed bendito, Dios mío, por no haber permitido que esa desgracia sucediese! Protejed, Señor, á mi inocente hija. Dejadme morir en expiación de mi falta..... ¡Oh, gracias, gracias, porque habéis salvado al hombre excelente de quien yo he envenenado la vida!..... Vuestro ángel bueno ha arrancado de su alma el horrible pensamiento que la dominaba; vos no habéis querido, oh Padre celestial, que una muerte pesara sobre vuestra infortunada esclava..... Ah! ¡bendito sea vuestro santo nombre!.....

La dueña exclamó entonces, presa de un invencible terror:

—El conde está aquí, y puede venir inmediatamente..... Decidme, pues, lo que vamos á hacer..... Estoy desesperada y en una inquietud mortal.

—Vé á encontrarle, Inés, vé pronto!.....

La dueña no pareció de ningún modo dispuesta á seguir este consejo; inclinó la cabeza y guardó silencio.

—¡Desdichada de mí!—exclamó la condesa.

—¡No te atreves, Inés!..... ¿Quieres, pues, que

sea yo quien vaya á encontrarle?..... Tú, que eres tan elocuente, que sabes hablar directamente al corazón, ¿me abandonarás en este instante supremo?

—¡Ah, mi querida señora!..... no me atrevo. —dijo la dueña. —Si lo hubiérais visto, con los ojos centellantes y el rostro descompuesto, cerrar violentamente la puerta tras de sí, y precipitarse en la casa blasfemando..... ah! vos estaríais salvada!..... parece que la muerte lo acompaña!.....

—¡Me niegas este último servicio!—dijo la condesa con voz débil é inclinando la cabeza con abatimiento. —¿No te atreves á poner en ejecución el buen pensamiento que tú misma me has indicado como última tabla de salvación?..... Y bien, sea!..... A Dios recomiendo mi alma; y tú, espera aquí con resignación el golpe que sin duda va á herirme.

La dueña, con la frente apoyada sobre el respaldo del sillón, lloraba en silencio. Después de algunos instantes, exclamó la condesa:

—¿Y sería yo ingrata y cobarde hasta este grado?..... El deber, mi corazón que sangra, mi conciencia desgarrada, todo me grita que debo arrancarle del infierno de desesperación en que está sumergido y donde sufre horribles tormentos..... ¿Y había yo de retroceder ahora?..... Oh!..... no!.....

—Quedaos, quedaos aquí, mi pobre señora, —dijo la dueña suplicante y juntando las manos: —Mirad que puede mataros!.....

Pero la condesa no escuchó, y continuó con una exaltación creciente:

—Yo he dejado la casa durante la noche, y él me cree culpable de la más horrible traición; durante diez años ha sacrificado el reposo y el bienestar de su vida por mí, por su adorada Catalina; ya no soy á sus ojos más que una despreciable, una infame criatura; el amor, el odio y la venganza luchan en este momento en su corazón y lo destrozán cruelmente..... ¿Y por vergüenza, por temor de la muerte, le he de

dejar luchar con tan horrible pensamiento?..... No, Inés: si hace falta una víctima, ésta debe ser la culpable..... Espérame aquí, voy á encontrarle.....

Al decir estas palabras se dirigió á la puerta; pero la dueña se le interpuso, cayendo de rodillas y exclamando:

—¡Perdonadme, señora, perdonadme!.....

—Nada tengo que perdonarte, —dijo la condesa levantando á la dueña y abrazándola: —Comprendo tus temores, mi buena Inés; pero tranquilízate, y déjame ir.

—¡Vos no iréis!—exclamó la dueña:—vuestra vista me colmaría de furor; en medio de los reproches que él os dirigiría, no podríais decirle lo que debíerais. Vuestra volerosa resolución me ha recordado mi deber..... Que la muerte me espere ó no, soy yo quien debe ir á él: no quiero que la que es mi ama y señora tenga que ruborizarse de sus propias palabras.... Mi partido está tomado: lo que os prometí esta mañana, lo cumpliré..... Id, volveos á vuestro sillón, y esperad.....

Sin dar tiempo á la condesa de hacer alguna observación, la dueña salió de la habitación precipitadamente, cerrando por fuera la puerta y llevándose la llave. Animada con el ejemplo de su señora, la dueña ya no tembló. Intrépida por naturaleza, se revistió, por el contrario, en su importante misión, de una energía extraordinaria, y resueltamente atravesó los corredores y se presentó sin premeditación ninguna en las habitaciones del conde de Almata. ®

El esposo infortunado estaba sentado junto á una mesita, con la frente apoyada sobre la mano y la mirada fija en el suelo. Las dos pistolas, cargadas aún, estaban á su lado.

Cuando apareció la dueña, sobrecogió al conde un estremecimiento y se descompuo su rostro.

—¡Vil serpiente, vives todavía!—exclamó con voz terrible, pero sin moverse. —Me traes

tu sangre en expiación..... ¡no la quiero!..... El verdugo y la hoguera harán justicia de tu infame traición.....

La dueña no se dejó intimidar por estas terribles palabras; guardó silencio un instante, y luego dijo con voz al parecer tranquila:

—Conde de Almata, sospecháis un crimen de vuestra esposa, y no tenéis razón!..... Mi señora ha guardado religiosamente la fe que os prometió delante de Dios, al pie del altar.....

—Ah! la impostura se añadirá á la traición!..... Retírate!..... no me provoques; mi cólera podría encenderse de nuevo.....

—Conde de Almata,—respondió la dueña con serenidad:—dignaos mirarme..... no tiemblo: el criminal no está tan tranquilo delante de su juez. Vos me escucharéis, porque os traigo la tranquilidad y la paz..... acaso la felicidad. Sufrís inexplicables torturas, vuestro corazón amenaza romperse en vuestro pecho. Si vuestras horribles sospechas estuvieran fundadas, seguramente tendríais razón, no sólo en sufrir el suplicio que os atormenta, sino también en saciar vuestra venganza en la sangre de los culpables..... Pero no es así, conde de Almata, y estáis haciendo una injuria á vuestra esposa!.....

El conde llevó la mano á su frente y se torció dolorosamente sobre el asiento, como si luchara contra un pensamiento que se obstinaba por penetrar en su alma.

—Y pensadlo bien, señor conde.—prosiguió la dueña:—si es cierto que la condesa nunca ha dejado de amaros, si es cierto que ha permanecido pura y fiel, considerad cuán injusto habéis sido torturando vuestro propio corazón y haciendo pesar sobre ella las más indignas sospechas. Y bien, todo esto es la verdad, conde de Almata: cualquiera otra idea que pudiérais tener de vuestra esposa, sería falsa!

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—exclamó el conde con voz llena de dolor y de cólera:—¿Cómo te

atreves á hablar así, Inés?..... Y esta noche..... esta noche.....?

—Estáis en un error, señor conde. Bien lo sé, hemos obrado mal, os hemos cometido una falta grave, y nada puede excusar nuestra conducta; pero si hemos obrado imprudentemente, nuestro objeto no tiene nada de común con lo que sospecháis. Perdonadme que os hable así..... Con respeto me humillo ante mi amo y señor; pero aquí defendiendo el honor ultrajado de mi señora. He venido para quitar de vuestro corazón las infernales torturas de la incertidumbre. Podéis hacer de mí lo que queráis, podéis aniquilarme; pero yo daré testimonio de que lo que os he dicho es la verdad pura, aun en presencia de la muerte!.....

—Mi corazón arde,—dijo el conde;—todo da vueltas delante de mis ojos; sufro horribilmente..... ¡Catalina sería pura!..... ¡Aún podría yo amarla!..... Inés, si vuestras palabras fuesen mentira, mil muertes no bastarían para castigar vuestra crueldad..... Ah! ¡tened piedad de mí, no me engañéis!.....

La dueña se aproximó lentamente al conde, cayó de rodillas á los pies de éste, le tomó una mano, y besándosela respetuosamente, le dijo:

—Mi buen señor, yo os ruego por vos mismo, por la condesa y por mí, que me dejéis hablar..... He venido á revelaros el secreto que desde hace tantos años pesa como un velo fúnebre en vuestra vida; y si es para vos un motivo de ira, vuestra bondad me hace esperar que perdonaréis lo que puede ser perdonado. ¿Me permitiréis, pues, hablar? ¿Me escucharéis sin interrumpirme?

—Levantaos,—le dijo el conde mostrándole un asiento;—y si lo que vais á decir es la verdad, que Dios os colme de bendiciones!.....

La dueña no se sentó; permaneció en pie al lado del conde, inclinó la cabeza, bajó los ojos, y comenzó así su narración:

—Conde de Almata: recordad la época en que encontrásteis en el castillo de Ghyseghem,



con vuestro hermano y su esposa, un asilo hospitalario contra la persecución de los enemigos de España. Allí se había retirado también un joven hidalgo que amábais como á vuestro mejor amigo, y que por su parte os mostró la más ardiente simpatía. Dolores y alegrías, temores y esperanzas, todo lo compartíais con él, y él era para vos como un hermano.....

—¡Pobre Lancelot!—murmuró el conde suspirando.

—Lancelot de Bisthoven amaba á la señorita Catalina,—prosiguió la dueña,—vos mismo, señor conde, parecíais tomar un vivo interés en aquel leal amor, y no desperdiciábais ninguna ocasión para ensalzar en presencia de la joven las virtudes, la bravura y la cortesía de Lancelot. Vos no érais, sin embargo, insensible á la seductora belleza de la señorita Catalina; pero el deber y la generosidad os obligaron á ahogar el amor en vuestro propio corazón, en pro de la felicidad de vuestro amigo. El bien que jamás cesásteis de decir de Lancelot, las ocasiones que vuestro espíritu inventivo procuraba para ayudarle y favorecer sus deseos, llegaron á despertar en el corazón de la joven un tierno afecto hacia vuestro amigo. Feliz fué el día para vos también, conde de Almata, en que se celebraron en el templo del Señor los desposorios de mi joven ama con Lancelot de Bisthoven. Todas las promesas recíprocas cambiadas en presencia de ambas familias, á todos parecieron indisolubles y que nada podía ya destruirlas. Algunos días después, el sagrado lazo del matrimonio debía unir para siempre á mi joven ama con vuestro amigo.....

—¡Ay!—exclamó el conde:—¿Para qué es el evocar tan tristes recuerdos? ¿Acaso no os parece bastante lo que padezco?

Sin parecer notar la emoción del conde, la dueña prosiguió:

—Una muerte espantosa vino á romper aquella unión, antes que la bendición del sacerdote la hubiera sancionado para siempre. El

anciano señor de Ghysegghem se vió precisado á partir para Gante con el fin de asistir á las conferencias sobre la paz. Yo permanecía sola con la señorita Catalina en la casa que habitábamos desde hacía algún tiempo en la calle Alta. Vos lo sabéis, señor conde: yo caí de repente con una enfermedad mortal, y largo tiempo permanecí en el lecho sin conocimiento, presa de una fiebre ardiente..... Un día,—día que la ciudad de Amberes ha escrito con lágrimas y sangre en sus anales,—los españoles, con la espada en una mano y una tea incendiaria en la otra, cayeron sobre la ciudad: la muerte y el incendio marcaron su paso por nuestras calles. Los habitantes corrieron á tomar las armas é hicieron una resistencia desesperada; todos los que encontraron fueron víctimas de su justa venganza. Todavía me parece oír los gritos furiosos de la multitud que sitiaba nuestra casa para mataros; aún escucho los gritos desesperados de Lancelot que con la espada en la mano y todo cubierto de sangre defendía vuestra vida contra la rabia de los sitiadores... Ay! cuando los españoles vertieron bastante sangre y el fuego había arrasado gran número de casas, el cadáver de Lancelot yacía traspasado por cinco estocadas; vuestro hermano y su mujer y sus hijos habían perecido en su casa, víctimas del incendio..... Perdonadme, conde de Almata, si os hago llorar; pero casi estoy forzada á hacerlo así..... Algún tiempo después, cuando á los queridos muertos ya sólo se lloraba en el fondo del corazón, un violento amor hacia Catalina se encendió de nuevo en vuestra alma. Creísteis que era un deber para vos el hacer feliz á la desposada de vuestro amigo, y pedísteis su mano. Mi ama á nadie estimaba en el mundo más que á vos; nadie era á sus ojos de más noble corazón y más digno de amor que vos, señor conde; y sin embargo, rehusó unir su vida á la vuestra con los lazos del matrimonio, y aun rechazó vuestra súplica con una especie de repulsión y de horror, co-

mo si le hubiérais ofrecido la vergüenza y la desdicha. Aun no habréis olvidado, conde de Almata, que fueron inútiles vuestros esfuerzos por vencer su resistencia y que muchas veces os suplicó de rodillas y l'orando que renunciárais á esa unión: superfluo será recordaros todo eso. En fin, dominado por una pasión que no podíais vencer, acudísteis al poder de su padre, y..... ¿qué hicísteis?..... Arrastrásteis al altar, como á una víctima, á nuestra pobre señorita, y allí le arrancásteis por la fuerza su consentimiento..... ¿Digo ó no la verdad?

—Ah! ¡yo amaba á Catalina más que á mi vida!

—Lo sé, y estoy muy lejos de decir lo contrario; pero vos, conde de Almata, ¿sabéis por qué mi señora ha luchado contra vos como contra un hombre de quien ella no debía esperar sino la desgracia y de quien ella misma tendría que envenenar la vida? ¿Conocéis el secreto que desde hace tantos años pesa sobre todos nosotros como una horrible pesadilla?.....

La dueña aproximó sus labios al oído del conde, y dijo con voz ahogada:

—El lazo que unía á Lancelot y Catalina no podía romperlo ningún poder sobre la tierra: la misma muerte era impotente para romperlo..... Una hija de Lancelot vive, señor conde, una pobre niña, prenda inocente de la fe eterna que unió, al que hoy ya no existe, con la pobre mujer que ha quedado sufriendo sobre la tierra!.....

El conde de Almata palideció de súbito y miró fijamente á la dueña que, bajo esta terrible mirada, dobló la cabeza, sufriendo la mayor ansiedad. Un suspiro ahogado y un grito ronco dieron á conocer que una profunda herida había hecho al conde la anterior revelación. Horribles ideas de deshonor y de afrenta se agolparon á su espíritu; pero hizo un violento esfuerzo para no sucumbir al dolor que lo torturaba, y permaneció mudo é inmóvil sobre su asiento.

La dueña continuó con voz triste y conmovida:

—Dios no ha querido concederos hijos, señor conde, y os es imposible comprender el irresistible poder del sentimiento maternal en el corazón de una mujer; y aunque fuérais padre, tampoco lo comprenderíais: jamás hombre ninguno sabrá conocer la pasión que, como un fuego divino, consume el corazón de una madre por su hijo, y que, hasta en el lecho de muerte, hasta en la hora del postrer suspiro, la hace clamar á Dios por el hijo que deja sobre la tierra!..... Ah! si se adora á un hijo cuando se le ve crecer y ser feliz en medio de todos los gozes de la vida, con cuánta más razón el amor de una madre puede exaltarse hasta la locura cuando el sér á quien ha dado la vida gime en la desgracia!..... Conde de Almata: mi señora ha vivido ocho años sin saber lo que ha sido de la pobre hija de Lancelot; durante ocho años ha gemido y llorado; durante ocho años su corazón sólo ha manado sangre, y á nadie más que á mí ha podido hablar de sus dolores y de sus amargos sufrimientos: se ha visto precisada á engañaros á vos, que os ama ardientemente, que os venera como á un modelo de bondad y generosidad, y os ha irritado con el misterio de sus palabras y de sus acciones; os ha herido en vuestros más profundos sentimientos y ha cambiado vuestra vida en un infierno de sospechas, de desesperación y de duda..... Ah! yo he visto á la pobre mártir desfallecer al peso del abatimiento; he visto marchitarse las rosas de sus mejillas y desaparecer al soplo devorador de los pesares; he visto aproximarse á ella lentamente la muerte. Vos mismo, señor conde, me habéis dicho con desesperación repetidas veces: «¡Ay de mí! ¡ella morirá!..... ¡un misterioso é incomprensible dolor la consume!.....»

Un sordo lamento, expresión de una cólera comprimida, fué la sola respuesta del conde. La dueña prosiguió:

—Habéis consentido, en fin, á emprender un viaje á los Países Bajos, y de esta manera habéis vuelto la vida á mi señora. Después de haber buscado por mucho tiempo en secreto, hemos encontrado á la niña en Amberes; está cerca de aquí, en la casa de las huérfanas. Esta noche, la infortunada madre ha querido abrazar por última vez á su hija, consolar su propio corazón y verter sobre la adorada niña las lágrimas de despedida antes de partir para España. La pobre señora ha dejado la casa durante la noche: es una culpable locura, lo reconozco; pero la señora condesa no tenía otro objeto que abrazar á su hija..... Y si podéis dudar de la verdad de todo lo que os he dicho, señor conde, en una casa de la calle del convento vive la pobre mujer de un soldado, llamada Ana Canteels, á quien fué confiada la niña en otro tiempo, y que lo sabe todo. La niña se halla cerca de aquí, donde ha sido colocada como huérfana; es muy pequeña aún, y se llama Houten Clara. Acaó querréis, señor conde, asegurarnos de la inocencia de vuestra esposa: estáis en vuestro derecho; pero yo os lo suplico: cualquiera que sea vuestra decisión, cuidad del honor de mi señora, honrad la memoria de vuestro amigo Lancelot, y salvad vuestra propia casa del escándalo y de la deshonra!..... Nada me resta ya que deciros: conocéis toda la verdad.

Ya hacía rato que había concluido de hablar la dueña, cuando el conde la dijo con una irritación mal contenida:

—Está bien, retiraos..... Ah! Habéis pretendido traerme la tranquilidad y la paz, y no habéis hecho más que cambiar la causa de mi desesperación!..... Junto á la herida que abrió en mi corazón una horrible sospecha, me habéis abierto otra no menos sangrienta..... Es necesario que yo consulte á mis parientes y amigos sobre lo que debo hacer; quiero borrar de mi escudo esta mancha..... Retiraos, de-

jadme solo; vuestra ama conocerá mi decisión antes de la noche.

La dueña salió de la habitación del conde, y se detuvo en los corredores con cierta alegría mezclada de tristeza: esperaba y temía á la vez, sin ánimo para prever cuál sería el resultado de su tentativa. Pensando, sin embargo, en que su revelación había calmado la cólera del conde y le había dejado en su corazón un dolor menos terrible, se aplaudió interiormente de lo que había hecho. Una sola duda, pero cruel, la martirizaba: ¿Se separaría el conde de Catalina? ¿La rechazaría como una esposa culpable? ¿Partiría él solo á España, cubriendo así de oprobio al último vástago de la noble familia de Ghyseghem? Agobiada con estos penosos pensamientos la dueña se dirigió al fin á la habitación de su señora, y después de haber entrado cerró la puerta con precaución.

El conde había permanecido inmóvil en su sillón, con la mirada fija y sin expresión, como sumergido en un abismo de pensamientos y reflexiones. Las contracciones que por momentos crispaban su rostro y la amarga sonrisa que vagaba por sus labios, revelaban la tempestad que se desataba en el fondo de su corazón. Esta lucha interior duró cerca de una media hora; pasó después la mano con desesperación por su frente y por sus ojos, como para rechazar las ideas que le martirizaban. De pronto se levantó, y cubriéndose con una capa oscura que á la mano tenía, se lanzó precipitadamente fuera de la casa. ®

## VII.

Sin duda el conde huía de su casa para buscar alguna calma al aire libre, porque pocos instantes después se paseaba detrás de las plantaciones del Hospital, no lejos de las fortificaciones de la ciudad. Quizás el dulce viento

—Habéis consentido, en fin, á emprender un viaje á los Países Bajos, y de esta manera habéis vuelto la vida á mi señora. Después de haber buscado por mucho tiempo en secreto, hemos encontrado á la niña en Amberes; está cerca de aquí, en la casa de las huérfanas. Esta noche, la infortunada madre ha querido abrazar por última vez á su hija, consolar su propio corazón y verter sobre la adorada niña las lágrimas de despedida antes de partir para España. La pobre señora ha dejado la casa durante la noche: es una culpable locura, lo reconozco; pero la señora condesa no tenía otro objeto que abrazar á su hija..... Y si podéis dudar de la verdad de todo lo que os he dicho, señor conde, en una casa de la calle del convento vive la pobre mujer de un soldado, llamada Ana Canteels, á quien fué confiada la niña en otro tiempo, y que lo sabe todo. La niña se halla cerca de aquí, donde ha sido colocada como huérfana; es muy pequeña aún, y se llama Houten Clara. Aca ó querréis, señor conde, aseguraros de la inocencia de vuestra esposa: estáis en vuestro derecho; pero yo os lo suplico: cualquiera que sea vuestra decisión, cuidad del honor de mi señora, honrad la memoria de vuestro amigo Lancelot, y salvad vuestra propia casa del escándalo y de la deshonra!..... Nada me resta ya que deciros: conocéis toda la verdad.

Ya hacía rato que había concluido de hablar la dueña, cuando el conde la dijo con una irritación mal contenida:

—Está bien, retiraos..... Ah! Habéis pretendido traerme la tranquilidad y la paz, y no habéis hecho más que cambiar la causa de mi desesperación!..... Junto á la herida que abrió en mi corazón una horrible sospecha, me habéis abierto otra no menos sangrienta..... Es necesario que yo consulte á mis parientes y amigos sobre lo que debo hacer; quiero borrar de mi escudo esta mancha..... Retiraos, de-

jadme solo; vuestra ama conocerá mi decisión antes de la noche.

La dueña salió de la habitación del conde, y se detuvo en los corredores con cierta alegría mezclada de tristeza: esperaba y temía á la vez, sin ánimo para prever cuál sería el resultado de su tentativa. Pensando, sin embargo, en que su revelación había calmado la cólera del conde y le había dejado en su corazón un dolor menos terrible, se aplaudió interiormente de lo que había hecho. Una sola duda, pero cruel, la martirizaba: ¿Se separaría el conde de Catalina? ¿La rechazaría como una esposa culpable? ¿Partiría él solo á España, cubriendo así de oprobio al último vástago de la noble familia de Ghyseghem? Agobiada con estos penosos pensamientos la dueña se dirigió al fin á la habitación de su señora, y después de haber entrado cerró la puerta con precaución.

El conde había permanecido inmóvil en su sillón, con la mirada fija y sin expresión, como sumergido en un abismo de pensamientos y reflexiones. Las contracciones que por momentos crispaban su rostro y la amarga sonrisa que vagaba por sus labios, revelaban la tempestad que se desataba en el fondo de su corazón. Esta lucha interior duró cerca de una media hora; pasó después la mano con desesperación por su frente y por sus ojos, como para rechazar las ideas que le martirizaban. De pronto se levantó, y cubriéndose con una capa oscura que á la mano tenía, se lanzó precipitadamente fuera de la casa. ®

## VII.

Sin duda el conde huía de su casa para buscar alguna calma al aire libre, porque pocos instantes después se paseaba detrás de las plantaciones del Hospital, no lejos de las fortificaciones de la ciudad. Quizás el dulce viento

que soplaba llegó á mitigar sus sufrimientos y á calmar su cólera, porque á pocos momentos volvió á tomar el camino que le conducía á su casa, como si tratara de volver al lugar donde acaba de herirle un golpe tan doloroso. Pero el conde pasó por delante de su casa sin entrar en ella; siguió adelante, y fué á llamar á la casa de las huérfanas. ¿Cuáles podrían ser sus intenciones?..... Al ver la sombría expresión de su rostro, se hubiera podido creer que quería desatar su cólera sobre Houten Clara; pero el carácter noble y generoso del conde no permitía semejante suposición. Acaso una ciega envidia le llevaba, á lo menos, á ver á la que era la causa de su desgracia y de sus sufrimientos; acaso también la duda que por tanto tiempo le había atormentado, se había apoderado otra vez de su alma y quería asegurarse por sus propios ojos si las palabras de la dueña no ocultaban alguna pérfida impostura.

Cuando la portera se presentó, la ordenó con tono imperioso ir á llamar á la Madre directora. La portera le condujo al locutorio y fué á llamar á la Madre, que en aquel momento se ocupaba en distribuir á las huérfanas los trabajos del día. Interrumpió su distribución y se dirigió al locutorio sin sospechar que allí la esperaban. Cuando reconoció al conde, se sintió vacilar, y una mortal palidez cubrió su rostro.

—Señora, —dijo el conde de Almata con acento brusco, —parece que mi presencia os sorprende y os hace temblar..... Id á buscar á la niña que se llama Houten Clara: quiero verla!

Inquieta la Madre empezó á temblar en efecto, y murmuró una respuesta ininteligible.

—Y bien, señora, —replicó el conde, —¿será necesario que los administradores de la casa conozcan del asunto? ¿Exigís una orden expresa de su parte?

—No!..... no!..... —exclamó la Madre con perplejidad.

—Daos prisa, pues, en satisfacer mi deseo.

La Madre murmuró llena de turbación:

—Sí..... sí, señor conde..... creo..... que ha salido; voy á ver.

—¿Queréis engañarme!—exclamó el conde con cólera.—Tened cuidado, porque podréis arrepentiros.....

La Madre salió de allí suspirando, y á pocos momentos volvió con Houten Clara, á quien había dicho antes de llegar:

—Clara, es el conde de Almata, el marido de vuestra protectora: tiene un semblante muy severo, y parece ser muy malo; es necesario ser muy amable con él, ¿me entiendes, hija mía?

—Sí, querida Madre; pero mi protectora me ha dicho que..... es muy bueno!.....

La Madre no tuvo tiempo de responder á esta observación, porque en ese momento llegaban al locutorio. Tomó de la mano á Houten Clara, la presentó al conde, y se situó junto á la puerta con la firme resolución de no ceder á los ruegos ni á la violencia si el conde la exigía dejarlo solo con la niña; la pobre mujer, llena de inquietud, temía que el caballero fuera á hacerle algún mal á la huérfana.

Houten Clara, sin pronunciar una sola palabra, fué á colocarse delante del conde, y le miró con la dulce sonrisa que le era habitual. La primera mirada del conde había sido llena de cólera; pero apenas recibió la impresión que aquella fisonomía angelical producía con su sola presencia, un cambio completo se verificó en su corazón y en su rostro. Temblando de emoción y poseído de un sentimiento misterioso, contempló fijamente aquellos hermosos ojos de un azul celestial, en los que resplandecía una alma dulce y amante, y la mágica sonrisa que prestaba á su boca encantadora una irrisistible seducción. El también, él, el esposo irritado, herido en sus más caras afecciones, cedia al poder de la mirada de una niña. No era, sin embargo, la belleza pura y encantadora de Clara la que obraba este milagro, no: era otro sentimiento el que hacía latir el corazón del conde.

y le arrancaba lágrimas de los ojos. La niña se parecía mucho á su padre: en este rostro dulce y encantador, Lancelot muerto pedía piedad para su hija, gracia para su desposada!..... El conde miraba delante de él á su mejor amigo; le parecía oír su voz querida; le era imposible apartar los ojos de aquellas facciones tan puras, en las que él leía, como en un libro abierto, la historia de las horas más felices de su vida. No pudiendo resistir al sentimiento que inflamaba su corazón, hizo una seña á la Madre para que se retirase. Habiendo notado ésta la emoción del conde, comprendió que todo peligro había pasado, y regocijándose interiormente del feliz milagro que sólo atribuía á la dulce gentileza de Clara, se inclinó respetuosamente y salió de allí. Luego que el conde de Almata se vió solo con la niña, dió libre curso á las emociones que lo agitaban; con una mano se cubrió los ojos, estrechó con la otra las de Clara, y vertió silenciosamente un torrente de lágrimas que parecieron aliviar su corazón del peso que lo oprimía. La niña, entre tanto, lo acariciaba en la mano, con la evidente intención de consolarlo..... Pronto se calmó la tempestad en el corazón del conde; volvió de nuevo á contemplar á la niña: pero esta vez la alegría iluminaba su rostro, y parecía buscar la sonrisa en los labios de Clara.

—¡Ah, querida niña! —exclamó en flamenco bastante claro:—¿Me conocéis, pues, para mirarme tan afectuosamente?

—¿No sois el conde Almata?—respondió la niña.—Mi protectora os ama, me ha dicho que sois muy bueno, y es necesario que yo también os ame mucho.....

El conde de Almata puso á la niña sobre sus rodillas, y acariciándola con ternura le preguntó:

—¿Conocéis á vuestro padre?

—Mi padre está en el cielo,—respondió Clara suspirando,—y allí ruega á Dios por mí..... Yo, no lo he visto nunca!.....

—Yo sí lo he visto,—dijo el conde con melancólico acento;—ah! sí..... yo lo he visto, lo he conocido! Era él para mí un excelente amigo, un hermano..... ¡Cuánto lo amaba!..... Las lágrimas que acabo de derramar, sois vos quien las habéis arrancado de mis ojos, porque os parecíeis á él admirablemente!.....

Gracias á las caricias del conde, Houten Clara, según su costumbre, pronto había pasado del temor á una dulce familiaridad. Al saber que el conde había amado á su padre, perdió toda timidez, y rodeó con sus bracitos el cuello del que ya era para ella un amigo; dándole luego un beso en la mejilla, le dijo con una vocecita dulcísima:

—Que Dios os recompense lo mucho que habéis amado á mi padre..... Oh! sólo por eso, os amo mucho ya!.....

El conde sintió henchido su corazón de ternura y felicidad, y preguntó á la huérfana:

—¿Conocéis siquiera á vuestra madre?

Houten Clara bajó la cabeza y no respondió.

—¡Adorable niña! —exclamó el conde con emoción:—no queréis hacer traición á vuestro secreto, pero vuestro corazón tan puro no sabe mentir. No, no lo digáis á nadie en el mundo.... Ah!¿y habría yo de dejaros sufrir?¿podría desconocer la voz de vuestro padre y desoir sus ruegos, llenando de ese modo mi vida de crueles remordimientos?..... ¡Qué ingrato fuera si pagara el amor con el odio!..... Hija mía, mi querida hija, dad gracias al buen Dios en vuestras inocentes oraciones: vuestra dulce sonrisa ha salvado de la muerte á dos personas, una de las cuales os es muy querida, y la otra quizás llegue á serlo también por sus beneficios..... ¿Os sentís dispuesta sinceramente á amarme, Clara?

—Ah! no me preguntéis eso, señor conde: ¿no sois el mejor amigo de mi protectora?..... Dice que sois tan bueno y tan cariñoso con ella,

que yo también quiero amaros mucho toda mi vida.....

El conde contempló silenciosamente á la niña. Una indefinible sonrisa de felicidad iluminó su rostro, y acarició á la huérfana no solamente con cariño, sino también con gratitud. El consuelo que experimentaba con el cambio completo de sus ideas, la dicha embriagadora que sentía en formar proyectos que podían transformar su vida en un paraíso de paz y de amor, todos estos sentimientos confundidos, inundaban su corazón como de bienhechores effuvios, y miraba con una especie de admiración á la inocente niña que había vertido este bálsamo saludable en su corazón.

Como si una voz interior le hubiera hablado de súbito, se levantó, y dijo á Houten Clara:

— Con vos se olvidaría todo, mi encantadora niña..... Vamos, venid, que os beso yo otra vez: acaso os deberé la paz y la felicidad..... No vayáis á decir lo que ha pasado entre nosotros, os lo ruego..... Abrazadme otra vez, que espero no será la última; volved ahora, y no digáis nada: vos, Clara, seréis muy feliz!...

El conde salió del locutorio y dirigió misteriosamente algunas palabras á la Madre, que llena de ansiedad esperaba junto á la puerta. Una grande alegría debió causarle lo que la dijo el conde, porque, después de hacerle una reverencia de despedida, resplandeciente de gozo corrió hacia Clara, la levantó en sus brazos y la besó repetidas veces.

El conde de Almata se dirigió con paso rápido al centro de la ciudad; algún tiempo después se encontraba en la calle del convento; más tarde se le vió subir las escaleras del Palacio Municipal. Seguramente ese día tuvo el conde muchos negocios urgentes que arreglar, porque después de haber estado en diversos pajes, se dirigió por segunda vez á la casa de las huérfanas, sin haber podido volver á su casa.....

Serán las cuatro de la tarde.

La condesa, profundamente abatida, estaba sentada en su sillón; á alguna distancia, la dueña rezaba silenciosamente.

Los terrores de la condesa habían disminuido, ó quizás una amargura más profunda oprimía su corazón. Por lo que la había dicho Inés, había comprendido que su marido había dado crédito á las palabras de la dueña y había desechado ya el cruel pensamiento de que ella le había sido infiel; pero también había comprendido que él quería abandonarla y partir solo para Esraña. Como amaba ardientemente á su marido y se hallaba ligada á él por el doble lazo de la gratitud y del amor, esta convicción le preparaba un golpe terrible, que esperaba con esa santa resignación que se doblega bajo la inevitable ley del destino..... En tanto que gemía por la pérdida de todo lo que le era más querido, su honor y su esposo; en tanto que temblaba al pensar que éste, llevado por la cólera, hubiera quizás hablado de tal modo que pudiera haber atraído el oprobio público sobre ella y sobre su hija; en tanto que estaba abismada en estas abrumadoras reflexiones, la puerta de la habitación se abrió, y apareció el conde de Almata.

La condesa se levantó violentamente sin poder contener un grito que se escapó de su pecho, y sin atreverse á mirar á su marido, se arrojó á sus piés, tendiendo hacia él sus manos suplicantes.

— ¡Gracia..... gracia, conde de Almata!— exclamó. — He cometido una falta, soy culpable, merezco vuestra venganza, vuestro desprecio, vuestro odio..... Ah! haced de mí lo que queráis; pero en nombre de la dolorosa pasión de Jesucristo, no me alejéis de vuestro lado, no me castigéis con esta muerte cruel!..... Permitidme ser vuestra criada, vuestra esclava; á lo menos, que pueda yo seguiros siempre á donde vayáis..... ¡Calixto, no me rechacéis!... ¡yo os sacrificaré á mi hija!..... Y si Dios me

da fuerzas, sabré luego olvidarlo todo para poder expiar mi falta!.....

El conde no la dió tiempo de continuar, la levantó y la dió un beso en la frente. Esta prueba de amor conmovió de tal modo á la condesa, que se apoyó casi desfallecida sobre el pecho de su marido. Después de un corto momento alzó los ojos, y mirándolo con estupefacción é incredulidad, exclamó:

—Ah! tened piedad de mí!..... Yo me vuelvo loca!..... Pero no!..... ¡sois vos, Calixto!..... ¡y no me odiáis!..... ¡me sonreís!...

Respirando arenas, embriagada de felicidad, se suspendió del cuello de su esposo, que seguía contemplándola afectuosamente, y exclamó:

—¡Gracias!..... ¡gracias!..... ¿Es que ya me habéis perdonado?..... ¿Aún me creéis digna de vuestro amor?..... ¿Podré amaros aún, adoraros como á la imagen de la bondad divina?..... ¡Calixto, bendito seas!.....

El conde se desprendió del brazo de su esposa, y la llevó hacia la ventana, sonriéndole con ternura; allí, la hizo sentar en un sillón, se sentó él en otro, y tomando cariñosamente una de las manos de su esposa, le dijo:

—Mucho he sufrido, es verdad; una horrible sospecha ha destrozado mi corazón: nadie podrá decir cuánto he sufrido!..... Pero no tenía razón; no hablemos más de eso, mientras que Dios nos deje estar siempre unidos sobre la tierra. Hoy he tenido una dicha que me hubiera colmado de alegría, si no me bastara para esto vuestra presencia!.....

—¿Una dicha?—dijo la condesa interrumpiendo.—Oh! doy gracias á Dios con todo mi corazón.

—Escuchad,—dijo el conde con voz conmovida:—Sabéis, Catalina, que mi pobre hermano pereció con su mujer cuando se incendió nuestra casa el día sangriento en que los Españoles cayeron sobre nosotros. Algunos vecinos dijeron que el hijo de mi hermano tam-

bién había encontrado la muerte entre las llamas; pero debéis acordaros también que otros aseguraban haber visto un soldado español salvar al niño del fuego que iba á devorarlo.

La condesa movió la cabeza como si hubiera querido decir:

—No, yo no lo recuerdo.

—Quizás lo hayáis olvidado,—prosiguió el conde.—Vos sabéis, Catalina, cuán vivo era el afecto que yo profesaba á mi hermano; por consiguiente, comprenderéis la alegría que he sentido cuando una casualidad inesperada me ha hecho descubrir hoy á ese niño.

—¡Al hijo de vuestro hermano!—exclamó con admiración la condesa, como dudando de la verdad de lo que oía.

—¿Al hijo del señor Alonso?—repitió la dueña estupefacta.

—Sí, dijo el conde,—al hijo del señor Alonso, mi difunto hermano, y no queda ya la menor duda: ya he hecho legalizar por el Regidor y los escribanos el testimonio del soldado español, y estoy en posesión de otras pruebas irrefragables. Y ahora, escuchad atentamente lo que me resta que deciros, Catalina!..... El cielo no ha bendecido nuestra unión, no ha querido concedernos un hijo; así, la hija de mi hermano!.....

—Ah! ¿es una niña?—preguntó la condesa.

—Una encantadora niña, cariñosa y bella como un ángel,—respondió el conde de Almata.—Ella es, según la ley, mi única heredera: como hasta hoy no ha recibido todas las atenciones que reclama el último vástago de los de Almata, tengo la intención de hacerla educar en mi casa, á mis propios ojos. Ya he hecho extender una acta de adopción: así, ella viene á ser mi hija, mi legítima heredera. Yo la introduciré públicamente y con el mayor lucimiento en la familia, de la que la había separado una deplorable desgracia; de esta manera todos la honrarán como conviene, como lo merece su elevado nacimiento. Espero, mi que-



rída Catalina, que la permitiréis amaros como á su madre; en cuanto á mí, quiero que me dé desde ahora el nombre de padre. Por el amor que yo os profeso, vos amaréis también á la pobre niña, ¿no es verdad?

La condesa respondió con abatimiento:

—Ah! que venga!..... la amaré, porque es de vuestra sangre.

—Catalina,—dijo el conde con calma,—bien sé cuál pensamiento os entristece: os prometo mi ayuda, y unidos trabajaremos por la felicidad de todos los que nos son queridos. Estáis contenta, ¿no es cierto?

—Oh! ¡gracias!..... ¡gracia!—dijo la condesa con los ojos radiantes de alegría.

—Y bien,—dijo el conde tomando una solemne entonación:—que esto sea la señal de nuestra reconciliación y dé más firmeza á nuestro amor. Os doy la hija de mi hermano: sed su madre, como yo quiero ser su padre: ella será un dulce lazo de unión que nos estrechará más tiernamente, Catalina.

Al acabar de decir estas palabras, tendió á la condesa un pergamino sellado, y añadió:

—Es conveniente que la madre sepa el nombre de la hija.

La condesa desdobló el pergamino con desaliento, y llevada más bien por la curiosidad que por el deseo de conocer el nombre de la niña. Pero apenas sus ojos se fijaron en las primeras líneas, un grito agudo se escapó de su pecho, y exclamó profundamente conmovida:

—¡Clara!..... ¡mi Clara será vuestra hija!.... ¡Dios mío!..... ¡esto es demasiado!.....

No pudo decir más, y cayó desvanecida en los brazos de su marido, que la sostuvo amorosamente sobre su pecho.

La dueña, entre tanto, había caído de rodillas, y derramando un torrente de lágrimas, besaba con respetuosa efusión las manos del conde de Almata.....

FIN.

CO

HC

PI  
Q5